
POLE
POSITION
Irene Balboa

Irene Balboa

Pole Position

Copyright © 2025 by Irene Balboa

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos descritos son producto de la imaginación de la autora o utilizados de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El uso no autorizado de esta obra constituye una infracción de los derechos de propiedad intelectual y está penado por la ley.

Safe Creative: 2505281905283

Contents

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Chapter 18

Chapter 19

Chapter 20

Capítulo 1

Valeria León no creía en celebraciones. Ganar era su trabajo, y a nadie le aplauden por hacer lo que se espera de ellos.

Pero, ¡oh, sorpresa! Hacerlo mejor que nadie, eso sí que es digno de un aplauso.

Salió del paddock como si estuviera en una pasarela: casco en mano, mono abierto (un poco, todo hay que decirlo) y esa expresión de "me importa un pepino" que parecía sacada de una pasarela de moda. No sonreía. No daba autógrafos. Caminaba directa al box como una máquina que ha calculado cada paso.

Y, sin embargo, había algo que le chirriaba. No era el coche, ni la prensa, era… esa sensación de que algo no encajaba.

Lo descubrió en cuanto abrió la puerta de la sala de fisioterapia.

Allí estaba, la intrusa. De pie. Ordenando botellitas de agua como si el mundo no acabara de presenciar su victoria aplastante.

No llevaba el uniforme del equipo, pero sí esa actitud que Val detestaba: una mezcla de seguridad y desinterés que solo tenían quienes no sabían con quién estaban hablando.

—¿Tú quién eres? —preguntó Val, con un tono que dejaba claro que no estaba para juegos.

La mujer levantó la mirada, tranquila como si estuviera en un spa de lujo.

—Elena Torres. Nueva fisio del equipo —respondió, sin titubear.

Val la miró como si hubiera visto un OVNI. Y luego repitió, más despacio, como si le estuviera explicando a un niño de cinco años:

—¿Nueva?

—Recién aterrizada, sí. ¿Te duele algo? —preguntó, con esa sonrisa traviesa que gritaba "estoy bromeando, pero no me importa".

Val no sonreía, pero por dentro sentía un revoltijo. Fastidio, o quizás interés. A veces, la línea era tan fina que se podía romper con un estornudo.

—No —respondió, secamente—. Solo venía a que me dejaran en paz.

—Eso puedo intentarlo, aunque no prometo milagros —dijo Elena, dándole una palmadita a la camilla como si fuera la reina del lugar.

Y ahí estaba Val, con diez segundos de ventaja en la carrera, un podio más en su lista, y lo único que no podía controlar… era a la mujer que acababa de invadir su espacio personal con una simple frase y una coleta mal hecha.

El circuito había dejado de rugir. Pero algo —algo con manos y voz templada— había arrancado sin permiso.

Val dudó un segundo antes de sentarse en la camilla. No porque le doliera algo —jamás lo admitiría—, sino porque había algo en esa mujer que la hacía sentir incómodamente… disruptiva.

No hablaba como el resto del equipo. No la miraba como el resto del mundo. Y, definitivamente, no parecía impresionada.

—Boca abajo —ordenó Elena, ya enfundándose los guantes de látex como si fuera a hacer una cirugía de corazón.

Val la fulminó con la mirada, pero obedeció. Porque el control también era saber cuándo ceder para mantener el equilibrio.

—¿Te han pasado mis informes? —preguntó, sin girar la cabeza.

—Todos. Tensión cervical crónica, sobrecarga lumbar, rigidez escapular. En resumen: estás hecha polvo —dijo Elena, con una sonrisa que desafiaba a la lógica.

Val apretó los dientes. No por el comentario, sino por las manos de Elena, que ahora estaban sobre sus trapecios y eran… otra cosa. Firmes, técnicas. Como si ya supieran cómo funcionaba su cuerpo mejor que ella.

El primer movimiento fue casi quirúrgico. Elena presionó justo donde tenía que presionar, y Val dejó escapar un pequeño suspiro. Le molestó que se le escapara.

—Relájate —indicó la fisio, con ese tono que no dejaba lugar a réplica.

—No sé hacer eso —murmuró Val, contra la camilla.

Elena sonrió. No lo vio, pero lo sintió en el aire.

—Ya lo aprenderás.

Era una amenaza. O una promesa. Y a Val le dolían cosas que no tenían nombre.

Elena continuó con la descarga como si el cuerpo de Val no fuera la máquina de precisión más vigilada del paddock, sino simplemente un lienzo en blanco. Eso, curiosamente, era lo que más le molestaba.

—Tienes un punto aquí que parece cemento armado —comentó, hundiendo los pulgares entre los omóplatos de Val con una precisión que haría que un cirujano se sintiera celoso.

Val dejó escapar otro suspiro, más parecido a un gruñido.

—¿Siempre hablas tanto?

—¿Siempre eres tan borde?

Val abrió los ojos. No por la falta de respeto, sino por el descaro. Nadie —nadie— le hablaba así. No desde que firmó su primer podio con dieciocho años.

—Solo con quien se lo merece —añadió Elena, con un tono casi divertido, como si disfrutara del crujido de los nervios ajenos.

Y claro, tuvo que pasar. Justo cuando Val empezaba a pensar en formas creativas de ponerle una denuncia interna por "provocación indebida", la puerta se abrió sin llamar.

—¿Molesto? —preguntó uno de los mecánicos, asomando la cabeza con la sutileza de un elefante en una cristalería.

—Sí —dijeron ambas al mismo tiempo.

El mecánico se fue, incómodo. Elena no detuvo sus manos ni un segundo.

Val apretó los labios. No por el intruso. Por lo mucho que le molestaba haber dicho "sí" al mismo tiempo que ella. Sin querer. Sin pensarlo.

Val se incorporó con lentitud, como si cada vértebra que crujía al hacerlo fuera parte de un manifiesto silencioso: hasta aquí. Sus piernas colgaron del borde de la camilla y sus ojos, afilados, fueron directamente a los de Elena.

—¿Te divierte esto?

Elena se quitó los guantes con calma, uno a uno, como si tuviera todo el tiempo del mundo y no estuviera en la misma habitación que una leyenda viva a punto de estallar.

—¿El qué? ¿Hacer mi trabajo?

—No. Provocar.

La fisio alzó una ceja. Ni un paso atrás.

—Solo si respondes.

Val apretó la mandíbula. Elena cruzó los brazos.

Dos mujeres. Una camilla en medio. Y un silencio espeso que casi parecía parte del mobiliario del equipo.

—Supongo que crees que todo esto es un juego —dijo Val al fin, con voz baja pero cargada.

—Al contrario —respondió Elena—. Me lo tomo muy en serio. Por eso estoy aquí. Para que sigas ganando. Para que no te rompas. Aunque, sinceramente, no pareces muy lejos de hacerlo.

Eso fue todo.

Val se puso de pie. Casi de golpe.

Estaban tan cerca que podían olerse. La campeona y la recién llegada. Las dos hechas de fuego, arrogancia y algo que aún no sabían nombrar.

Pero que ya ardía.

Val salió de la sala con paso firme, pero cada músculo gritaba algo distinto a su expresión inquebrantable. Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Lo justo para que no sonara a portazo, pero sí a advertencia.

En el pasillo, todo seguía su curso: ingenieros revisando datos, técnicos con cafés en mano, alguna felicitación lanzada desde lejos.

Ella no respondió a ninguna. Iba envuelta en una especie de burbuja tensa, como si su propia piel no terminara de quedarle bien.

Y todo por una fisioterapeuta con voz tranquila, manos insolentes y una sonrisa que parecía saber más de lo que decía.

Al llegar al vestuario, se detuvo frente al espejo. Se observó como si buscara una explicación. Pero lo único que encontró fue esa extraña sensación de no haber terminado algo. De haber empezado una conversación con el cuerpo que aún no se había dicho en voz alta.

Mientras tanto, en la sala de fisio, Elena recogía la sala. Ni una palabra. Ni un gesto innecesario. Pero cuando se sentó a apuntar notas en la tablet, escribió: "zona lumbar más rígida de lo esperado".

Y justo después, sin pensarlo, añadió una línea más: "No responde bien a la presión. Reacciona."

Luego borró la última palabra.

Y sonrió.

—¿Primera sesión con la reina del hielo?

La voz llegó desde la puerta. Elena levantó la vista. Era Álex, uno de los kinesiólogos del equipo, con una sonrisa ladeada y un café en cada mano.

—Sí. —Respondió sin adornos.

—¿Y qué tal? —preguntó él, como quien lanza una granada y espera ver qué explota.

Elena le dio un sorbo al café. Pensó en las manos tensas bajo su palma, en los ojos clavados en los suyos, en esa energía extraña que no se explica con músculos.

—Intensa —dijo al fin.

Álex soltó una risa.

—Esa es una forma suave de decir "un grano en el culo".

—No necesito que me caigan bien —respondió Elena—. Solo que no se rompan.

—Ya, bueno… con Val no se trata solo de que no se rompa. Se trata de que no te lleve por delante mientras lo intenta.

Elena no contestó. Pero tampoco pareció intimidada.

Álex se fue. Y ella se quedó sola con su café, su tablet, y una sensación bajo la piel que no sabía bien cómo nombrar.

A unos metros de distancia, Val revisaba datos con su ingeniero jefe. No escuchaba. No procesaba. Estaba allí, sí. Pero su mente estaba en otra sala. Con unas manos concretas. Y una voz que se le había quedado pegada a los huesos.

A la mañana siguiente, Val apareció en la sala de fisioterapia veinte minutos antes de lo previsto.

—No tenía cita contigo hoy —dijo Elena, sin levantar la vista de su tablet.

—Lo sé —respondió Val, apoyándose contra la pared con los brazos cruzados—. Pero tengo una molestia en el cuello.

Mentira. O, al menos, una media verdad estirada como un neumático al límite.

Elena alzó la mirada, la recorrió de arriba abajo como quien revisa una ficha técnica y volvió a lo suyo.

—Tienes cara de dormir con los puños cerrados. Eso también tensa los trapecios.

Val arqueó una ceja. ¿Eso era una observación médica o una provocación encubierta?

—¿Me vas a tratar o vas a seguir haciendo chistes?

—¿Y si puedo hacer ambas cosas a la vez?

Val se acercó a la camilla. Elena preparó el material sin prisas, como si fuera un lunes cualquiera. Pero en cuanto apoyó las manos sobre los hombros de Val, ambas lo supieron: no había absolutamente nada normal en aquello.

El cuerpo de Val reaccionó antes que su voluntad. Y Elena lo sintió, claro que lo sintió. Pero no dijo nada.

Solo empezó a trabajar en silencio, con una profesionalidad tan medida que dolía.

La sesión duró exactamente dieciocho minutos. Ni uno más. Elena fue eficiente, precisa, casi quirúrgica. Pero a Val cada movimiento le pareció una provocación. Una caricia disfrazada de técnica. Un reto.

Al terminar, Elena se quitó los guantes con su ya habitual parsimonia.

—Tienes menos tensión en la zona cervical. Deberías dormir mejor esta noche —dijo, mientras apuntaba en la tablet sin mirarla.

Val se subió la cremallera del mono sin contestar.

—¿Eso es todo? —preguntó, de pie junto a la camilla.

—Por hoy, sí. Aunque si necesitas otra sesión urgente sin razón aparente, estaré aquí —añadió Elena, con esa media sonrisa que bordeaba la ironía y la insolencia con absoluta elegancia.

Val no se movió. La miró. Largo.

Podría haberle dicho muchas cosas. Que no estaba jugando. Que no le gustaban las bromas. Que no se dejaba llevar.

Pero lo único que salió fue:

—Tú no sabes en qué te estás metiendo.

Elena levantó la vista. No parecía asustada. Ni sorprendida. Solo sostuvo la mirada, firme.

—No. Pero me gusta averiguarlo por mí misma.

Y en ese instante, Val supo dos cosas: Una, que esa mujer no tenía miedo. Y dos… que ese era exactamente el problema.

Capítulo 2

Elena Torres se despertó dos horas antes de lo necesario. No porque la ansiedad la estuviera devorando, nada de eso. Esos eran problemas de gente que se preocupa. Ella solo quería tiempo para desayunar, ducharse, revisar la planificación del día y preparar su actitud de "ni me impresiona, ni me arrastra".

Era su tercer día oficial como fisioterapeuta del equipo. Camiseta con el logo, tablet en mano y nombre en la puerta. Sencillo, pero efectivo.

Entró al box temprano, antes de que el ruido lo invadiera todo. Preparó su espacio con la eficiencia de una ninja de la fisioterapia: aceites, toallas limpias, camilla en su sitio, guantes bien colocados. Todo en orden. Porque si algo había aprendido en su trabajo anterior era que los deportistas de élite podían soportar el dolor, pero no el caos. Y vaya que el caos era un arte.

Afuera ya se escuchaban voces, pasos y el zumbido de motores. Cuando revisaba sus notas, escuchó una serie de pisadas inconfundibles. Lentas. Controladas. De alguien que no pisa, sino que irrumpe como si fuera la estrella del espectáculo.

Elena no necesitó mirar para saber quién era.

—¿Otra vez tú? —preguntó con tono de desafío, como si realmente la sorprendiera.

Se giró despacio. Sin rastro de una sonrisa, solo un gesto que decía "te veo, pero no me impresionas".

—Buenos días, León. Encantada de volver a verte tan pronto. ¿Te molesta algo o solo has venido a intimidar? —dijo con una mezcla de sarcasmo y curiosidad.

Val no se tomó la molestia de responder de inmediato. En su lugar, se dejó caer sobre la camilla como si eso fuera un gesto de rendición. El arte del drama, ¿no?

—Molesta, no. Solo noto cierta rigidez —se limitó a decir, como si estuviera leyendo el menú del día.

Silencio. Ese tipo de silencio que decía: esto no ha terminado.

Elena apoyó las manos en la espalda de la campeona, aplicando la presión justa. Ni blanda, ni agresiva. Profesional. Como quien desactiva una bomba sin mirar el temporizador. Y ahí estaba: el cuerpo perfecto. No en el sentido estético —que, seamos honestos, también lo era—, sino en esa perfección funcional que solo tiene quien ha hecho de su físico una máquina.

Val no se movía, no opinaba, no respiraba más de lo necesario. Estaba tensa. Pero no solo en los músculos.

—Tienes una sobrecarga en el dorsal izquierdo —comentó, como quien lanza un anzuelo al agua esperando que pique.

Val no respondió.

Elena insistió, porque ¿quién podría resistirse a la tentación de hacerla hablar?

—Podrías mejorar si ajustas el descanso después de cada carrera. Estás recuperando mal.

Nada. Silencio de nuevo. La tensión en el aire era palpable, como un chicle que no termina de despegarse de la suela del zapato.

—No sirve de nada correr bien si luego te desmontas en los días de descanso —añadió con un tono que combinaba firmeza y un toque de diversión.

Esta vez, Val sí habló.

—¿Siempre opinas tanto sobre lo que no te piden?

—Solo cuando sé que tengo razón —replicó Elena, sin dejar de masajear el cuello con firmeza, como si estuviera destapando una lata de refresco a la que no le habían quitado la tapa.

Silencio. Un silencio tan pesado que podría haberlo puesto en una balanza y habría ganado.

Elena no esperaba agradecimientos. Pero sí algo. Un suspiro. Un gesto. Un insulto, incluso. Cualquier reacción que la sacara de esa frialdad que Val llevaba como una segunda piel.

Pero no llegó nada. Solo tensión. Sus manos se desplazaron por la espalda de Val como si leyeran un mapa que ya conocían. Cada músculo le contaba algo. Y, por alguna razón inexplicable, quería conocer todas sus historias.

—Tienes un nudo aquí —dijo, presionando justo por debajo de la escápula izquierda—. De los serios.

Val soltó un leve "ajá", sin emoción. Pero no se apartó. Era como si le hubiera dicho que tenía un pajarito en la cabeza y ella solo hiciera "ajá" con la cabeza.

Elena no esperaba cooperación, pero tampoco desinterés. Esa mujer era un muro con mono de carreras.

—¿Te molesta cuando giras el cuello?

—No.

—¿Mentira o negación?

El silencio fue tan sonoro que Elena casi sonrió. Pero no lo hizo. Solo se inclinó un poco más. Cambió el ángulo de sus pulgares, como si estuviera buscando el lugar perfecto para hacer que Val se rindiera.

—Podrías evitar esto si incluyes estiramientos de calidad en tus rutinas postcarrera. ¿Los haces?

—Sí.

—¿En serio?

—Cuando me acuerdo.

—Ah, claro. Qué alivio. Yo solo soy la que tiene que recomponerte después —dijo Elena, dejando claro que no estaba ahí para hacerle la vida más fácil.

Val giró un poco la cabeza, lo justo para mirar por encima del hombro. Su expresión era un enigma. Pero el leve arco en la ceja izquierda traicionó la neutralidad.

—¿Así tratas a todos los pilotos?

—No. Solo a los que creen que pueden con todo —dijo Elena, sin pestañear—. Y a los que no soportan que alguien les diga lo que no quieren oír.

Val volvió a mirar al frente. Y no dijo nada más. Pero la forma en que su cuerpo se aflojó, apenas un centímetro, fue una rendición silenciosa.

Elena no ganó. Pero tampoco perdió. Y, por alguna razón que no quería analizar aún, eso le bastaba.

La sesión seguía, pero algo había cambiado. El cuerpo de Val, aunque aún rígido, ya no era una fortaleza cerrada. Se parecía más a una muralla que ha empezado a ceder por grietas invisibles. No se quejaba, no hablaba, no agradecía. Pero tampoco tensaba cada centímetro de piel bajo las manos de Elena. Eso, en su idioma, ya era mucho.

Elena, por su parte, intentaba mantener la cabeza fría. Pero era difícil cuando cada centímetro que tocaba parecía gritarle que ahí había más de lo que cualquiera imaginaba. Valeria León era un mito, una figura mediática. Pero tumbada boca abajo, en silencio, con la respiración contenida, era humana.

—Vas a tener agujetas —comentó, mientras trabajaba la zona lumbar con los codos, buscando profundidad.

—Estoy acostumbrada —respondió Val, con voz algo más baja de lo habitual.

—No a este tipo de agujetas.

Silencio.

—¿Qué tipo es este?

—Del que viene cuando te tocan donde no sabías que te dolía.

Val no contestó. Pero su respiración cambió. Solo un poco. Un leve temblor en el abdomen. Como si algo se hubiese desordenado muy dentro.

Elena fingió que no lo notaba. Cambió de posición. Se centró en los isquiosurales. Técnica pura. Rutina.

Pero su mente ya no estaba limpia. Ni tranquila.

Ella no adoraba a Valeria León. Pero empezaba a mirarla con demasiada atención.

—Hemos terminado —anunció con voz neutra, mientras se alejaba medio paso, como si necesitara recuperar su propio espacio, pero no lo lograba.

Val se incorporó con calma. Nada en ella parecía alterado. Ni el gesto, ni el tono. Ni siquiera el peinado, que seguía recogido con la misma precisión milimétrica que al entrar.

—Mejor de lo que esperaba —dijo al fin, como si eso contara como un elogio.

Elena no se inmutó.

—Gracias. Me entrené años para alcanzar ese "mejor de lo que esperaba".

Val la miró por primera vez de frente. Sin filtros. Sin defensa.

—Solo para que lo sepas, no necesito que me traten diferente.

—Perfecto, porque no pensaba hacerlo.

Una pausa. Un latido largo, mudo, incómodo.

—Y tampoco necesito admiración —añadió Val, bajando de la camilla.

Elena dio un paso hacia la encimera, dejó la tablet en su sitio, y sin mirarla, murmuró:

—Tranquila. No estoy aquí para adorarte.

Val no respondió. Pero la puerta tardó dos segundos más en cerrarse de lo normal. Y en el aire, quedó algo que no era tensión ni deseo. Era otra cosa. Una grieta. La primera.

Val salió de la sala como si no pasara nada. Como si no sintiera nada. Pero esa noche, tumbada en su cama del hotel, con la

televisión encendida sin volumen y los ojos fijos en el techo, se tocó el cuello por inercia. La misma zona que Elena había trabajado con tanta exactitud. El músculo ya no dolía. O dolía distinto. Como si, en vez de haberlo aliviado, lo hubiese activado para algo que no sabía identificar.

Pocas personas le habían hablado así. Y mucho menos, después de tocarla durante casi media hora con esas manos firmes y seguras. No había temblor. No había deseo evidente. Y sin embargo… ahí estaba. El cosquilleo detrás de la nuca. La tensión que no era cervical.

Al otro lado del hotel, Elena tampoco dormía. Estaba tumbada boca arriba, con las sábanas revueltas y el pelo suelto. Su tablet descansaba en la mesilla, sin que la hubiera tocado desde que anotó los datos del día.

Valeria León no era solo otra deportista complicada. Era algo más.

No por su fama. No por sus récords. Por su manera de resistirse incluso cuando se entregaba. Por cómo su cuerpo decía "no me toques" al mismo tiempo que se aflojaba bajo sus manos.

Elena cerró los ojos. Pensó en el silencio entre ambas. En ese momento exacto en el que Val no respondió, pero tampoco se fue.

Elena llegó al box temprano, otra vez. Cuarta jornada oficial. Cuarta oportunidad para fingir que todo estaba bajo control. Y lo estaba. Más o menos.

Preparó su material como siempre, saludó con ese tono neutral que usaba para sobrevivir entre veinte hombres con complejos de piloto frustrado, y se sentó frente a su tablet a revisar horarios.

Val no aparecía. Aún.

Y eso estaba bien.

No la esperaba. No la necesitaba. No estaba pensando en ella.

Mentira.

La sintió antes de verla.

Las puertas automáticas del garaje se abrieron y, como si el aire cambiara de temperatura, Elena supo que había entrado.

Val caminaba con su típica mezcla de elegancia y amenaza. No buscó a nadie con la mirada. Fue directa a la sala de control físico. No habló. No saludó. Pero se quedó un segundo más en la entrada. Solo uno.

Elena, desde su sitio, no levantó la vista.

Pero lo supo.

Sabía que la estaba mirando.

No porque pudiera verla.

Sino porque lo sentía en la nuca.

Val no dijo nada. Siguió de largo. Como si no importara. Como si la sesión del día anterior no hubiese ocurrido. Como si sus cuerpos no recordaran exactamente lo que se habían dicho sin hablar.

Pero ambas sabían que lo peor no era lo que había pasado.

Sino todo lo que no había pasado todavía.

Y que empezaba a pesar más de lo que ninguna estaba preparada para admitir.

Val terminó su jornada sin errores. Técnica impecable. Tiempos sólidos. Ninguna queja. El tipo de día que el resto del mundo consideraría perfecto.

Y, sin embargo, había algo que no encajaba. Un runrún que no tenía que ver con el coche ni con la pista.

Tenía que ver con una frase. Una mano. Una mirada sin adorno.

Por la noche, en su habitación, se sentó frente al ventanal con una botella de agua sin abrir y la televisión encendida solo para no escuchar su propio silencio.

Le dolía el cuello otra vez. Una punzada leve, como si el cuerpo estuviera exigiendo repetir lo que la mente había decidido ignorar.

"No estoy aquí para adorarte."

Val había oído miles de frases en su vida. De rivales, de fans, de técnicos, de periodistas. Elogios vacíos. Críticas envueltas en celofán. Pero esa… esa había sido distinta.

La honestidad tiene filo. Y esa frase la había cortado más de lo que quería admitir.

Mientras tanto, al otro lado del hotel, Elena repasaba su jornada en su cabeza. Pero siempre volvía al mismo instante. Al momento exacto en que Val se giró y la miró sin escudo. Como si en lugar de estar evaluándola… la estuviera pidiendo.

No ayuda. No admiración. Solo verdad.

Y por algún motivo que aún no tenía claro, Elena estaba dispuesta a dársela.

Aunque doliera.
Aunque complicara todo.
Aunque quemara.

Capítulo 3

El día comenzó con un brillo casi sospechoso. En el mundo de Valeria León, eso ya era un problema. Cuando las cosas brillan demasiado, es como si el universo estuviera a punto de arrojarle un rayo en la cara.

La mañana fue un desfile de perfección. Simulaciones que parecían sacadas de un sueño, tiempos que se escurrieron como mantequilla caliente, y feedback técnico tan limpio que podría haber sido un anuncio de detergente. Los ingenieros estaban tan felices que uno casi se animó a bailar. El jefe de equipo sonreía como si estuviera en una película de Disney. Y el clima, oh, el clima, incluso decidió cooperar.

Pero Val, por dentro, era un volcán a punto de erupcionar.

Cada vuelta se sentía como un rompecabezas con piezas que no encajaban. Cada decisión le costaba más que decidir entre pizza y sushi en un viernes por la noche. Y lo peor: empezaba a sentirse incómoda. Como si el casco, el cinturón y el silencio en la radio le estuvieran gritando: "¡Tómate un respiro!". Como si su cuerpo estuviera en huelga y ella no hubiera recibido el memo.

Al final de la jornada, con el mono empapado y los músculos gritando en varios idiomas, entró al box como si hubiera competido en una maratón… de tortugas. Ignoró a los mecánicos, a los datos, a todo. Excepto a una mirada.

La mirada de Elena.

Apoyada contra la puerta de la sala de recuperación, con los brazos cruzados y un polo que podría haber sido diseñado por un dios de la moda. Y esa expresión en su rostro que decía: "Te estoy observando. Y no creo que me engañes".

—Tienes los hombros más altos que las expectativas de este equipo —dijo Elena, sin moverse del marco de la puerta, como si estuviera esperando que Val se desmoronara.

Val se detuvo. La miró. Y no dijo nada. ¿Qué se supone que debía decir? "Sí, estoy a punto de explotar, gracias por preguntar."

Elena tampoco esperaba una respuesta. Dio un paso atrás, dejando la puerta abierta, como si dijera: "Vamos, entra. No muerdo… mucho".

—Cinco minutos. No más. Te los puedes permitir —añadió, con un tono que desafiaba a Val a ignorarla.

Val debería haberla ignorado. Subir a su habitación, darse una ducha y pretender que todo estaba bajo control. Pero algo en esa frase, el "te los puedes permitir", le dolió donde no tenía nombre. Así que, en un acto de locura, entró.

Sin hablar. Sin mirarla, como si eso la hiciera menos obvia. Se sentó en la camilla como si fuera a recibir un diagnóstico de un médico que no le gustaba.

—No te acostumbres —murmuró, con un tono que pretendía ser desafiante.

—Demasiado tarde —respondió Elena, su voz tan suave como un guante de terciopelo.

No hubo sonrisas. Solo ese aire de profesionalidad mezclado con tensión. El tipo de tensión que podría hacer que un helado se derritiera.

Elena comenzó a trabajar en su espalda, con movimientos firmes y seguros. Val no se quejaba, pero su respiración se volvió un poco más errática. Había algo en esa sala —en esa mujer— que la hacía sentir más expuesta que en un desfile de moda. Y, sin embargo, no se movía. No se iba. Se dejaba hacer. Y eso, para Val, era algo más que un simple masaje.

Las manos de Elena se movían con la precisión de alguien que conocía el mapa… pero que también sabía detenerse justo en los bordes, donde otros no se atrevían a ir.

No hablaban. No hacía falta. Sus cuerpos estaban en una conversación que ni siquiera sabían que estaban teniendo.

Elena siguió presionando, y Val sintió un leve temblor. No físico. Más bien emocional. Como si su cuerpo, tan acostumbrado a cargar con todo, finalmente decidiera soltar un poco de esa carga.

—Relájate —murmuró Elena, como si supiera que el mundo se detendría si Val lo hacía.

Y entonces ocurrió. Un suspiro. No forzado. Uno real. Uno que salió de su pecho como si hubiera estado atrapado allí durante eones.

Elena no dijo nada. Solo ajustó su ritmo, como si entendiera que el momento no era para bromas. Era un instante donde lo físico y lo emocional se entrelazaban, donde el cuerpo confesaba lo que la boca se negaba a pronunciar.

Val seguía sin hablar. Pero sus ojos estaban cerrados y su respiración, por fin, comenzaba a parecer la de alguien que había dejado de correr por un instante.

El silencio entre ellas era denso, pero no incómodo. Era el tipo de silencio que se forma cuando dos cuerpos se entienden sin necesidad de instrucciones.

Elena trabajaba con los codos ahora, liberando los músculos más profundos de Val, esos que solo se tocan cuando hay confianza… o cuando el dolor obliga a dejarse en manos de alguien.

Val no protestaba. Pero Elena sentía cada pequeño ajuste, cada leve rendición. La tensión había bajado, no del todo, pero lo suficiente para saber que había logrado entrar.

No en el músculo. En otra parte.

Lo supo cuando apoyó una mano en la zona lumbar y notó un leve temblor. No físico. Era más bien un susurro emocional. Como si aquel cuerpo, tan acostumbrado a soportar todo, por fin admitiera que estaba cansado.

Y Elena, en lugar de aprovecharlo, simplemente suavizó el ritmo. Acarició la línea de los omóplatos con una delicadeza que decía: “Sé que estás a punto de romperte, y no pienso empujarte”.

Val tragó saliva. No por el masaje.

Sino por lo que ese gesto había provocado.

Quiso romper la tensión, cualquier cosa. Pero no pudo.

Así que se quedó allí, tumbada. Respirando hondo.

Y por primera vez en mucho tiempo, sintió miedo. No del dolor. Ni del fracaso.

Miedo de necesitar a alguien más.

Elena retiró lentamente las manos. No porque hubiera terminado, sino porque cualquier segundo más sobre ese cuerpo sería cruzar una línea que, honestamente, ya sentía pisada.

—Eso es todo por hoy —murmuró, con una voz más estable de lo que realmente se sentía.

Val no se movió al principio. Como si su cuerpo necesitara unos segundos extra para volver a cerrarse. Se bajó de la camilla sin decir palabra, y caminó hasta el perchero donde había dejado la parte superior del mono de competición. Se lo puso sin prisa, como si necesitara un escudo antes de salir al campo de batalla.

Elena, mientras tanto, organizaba las cosas con esa calma que ya le salía automática. Pero por dentro, sabía que algo se había movido. Que lo que acababan de compartir —aunque nadie lo dijera— no era solo una sesión de descarga muscular.

Fue otra cosa.

Algo más físico que un roce.

Más emocional que una confesión.

Val se ajustó las mangas, se colocó bien la cremallera y se acercó a la puerta sin mirarla. Pero justo antes de salir, Elena habló.

—Cuida la zona lumbar. Está más débil de lo que crees.

Val se detuvo un segundo. Solo uno.

Y luego, sin girarse, abrió la puerta y salió. Pero no con su paso habitual. Esta vez lo hizo con algo más contenido. Como si no

supiera exactamente en qué dirección debía ir.

Elena se quedó sola. Respirando con el mismo ritmo que había llevado durante toda la sesión.

Hasta que exhaló de verdad.

Y, por primera vez desde que la conoció, sintió que había tocado algo en Val que nadie más había rozado.

Ni siquiera ella misma.

El pasillo estaba vacío.

Val caminó despacio, sin la firmeza habitual en sus pasos. Su expresión era la de siempre —serena, fría, impermeable—, pero por dentro el ruido era otra historia.

Cada zancada la alejaba físicamente de Elena… pero no emocionalmente.

Porque el cuerpo recordaba. Y el suyo estaba en plena rebelión.

No era solo el alivio muscular, ni el trabajo impecable. Era algo más. La manera en que Elena la había tocado sin invadir. En que la había leído sin preguntar. En que, con una mano firme y un silencio exacto, había logrado que se sintiera… expuesta. Vulnerable.

Humana.

Val nunca había tolerado bien la humanidad. Ni la propia, ni la ajena.

Se detuvo a mitad del pasillo, junto a una columna. Apoyó la espalda contra la pared. Cerró los ojos.

Solo un segundo.

Uno.

Como si ese gesto bastara para contener lo que acababa de pasar. Como si el hormigueo en la base del cuello fuera una

sobrecarga cualquiera. Como si ese suspiro que se le escapó tumbada no significara nada.

Mentira.

Lo sabía.

Elena no era una amenaza. No exactamente.

Pero sí una variable incontrolable. Y Val no sabía competir en circuitos que no entendía.

Se incorporó. Se recolocó la cremallera del mono.

Y volvió a caminar.

Más recta. Más fría.

Como si nada.

Pero con el cuerpo marcado.

No por el dolor. Sino por el tacto.

Elena no se movió durante varios minutos.

La puerta seguía cerrada, la camilla desordenada, el aire caliente por todo lo que no se había dicho. Respiraba hondo, como si su propio cuerpo hubiera absorbido parte de la tensión que acababa de liberar en Val.

Lo que había pasado no era técnico.

Tampoco era físico.

Era otra cosa. Una conexión que ni siquiera había buscado. Pero que ahora la habitaba entera.

Recogió las toallas, organizó los aceites, cerró la aplicación de registros sin añadir nada. Esa sesión no iba a quedar escrita. No como había sido.

Porque no se trataba de datos.

Se trataba de saber reconocer cuándo el dolor que estás tocando no viene del músculo, sino de un lugar más profundo. Uno que la mayoría evita. Uno al que Valeria León había dejado entrar, por unos segundos, sin querer… o quizás queriendo más de lo que se atrevía a admitir.

Elena no se hacía ilusiones.

Sabía lo que era Val. Una atleta perfecta. Una muralla vestida de monos ignífugos. Una campeona acostumbrada a tenerlo todo bajo control.

Pero también sabía algo más.

Que por unos minutos, esa mujer no había sido campeona, ni mito, ni máquina.

Solo una persona tumbada en una camilla, respirando hondo, como si necesitara que alguien —al fin— la tocara sin pedirle nada a cambio.

Y ese alguien había sido ella.

Y eso… ya no podía deshacerse.

Capítulo 4

El nuevo circuito tenía el aroma del asfalto caliente y de egos que competían en un juego de monos ajustados. Europa central, verano tardío, y la humedad te abrazaba como un viejo amigo que no sabes si quieres ver de nuevo. Otro país, mismo objetivo: ganar, y que nadie se entere de que tienes un corazón latiendo.

Val llegó puntual, como siempre. Con sus gafas de sol que decían "no me hables" y una expresión tan neutra que podrías usarla como fondo de pantalla. Los auriculares, aunque no sonaran, eran su barrera anti-charlas.

Todo en orden.

Salvo por un pequeño detalle: Elena ya estaba allí.

Con su polo de equipo, coleta a prueba de viento, y tablet en mano. Hablaba con un técnico, pero su mirada no estaba en ninguna parte… hasta que sí. Hasta que la vio.

Y esa mirada duró un segundo más de lo que se consideraba socialmente aceptable.

No fue un gesto romántico, ni una sonrisa, ni un parpadeo insinuante. Fue sólo eso: una mirada. Directa, intensa. Y suficiente para que una cámara la captara desde la distancia como si estuvieran en una película de acción.

Una entre cientos.

Pero bastó.

Horas después, mientras Val se preparaba para las entrevistas previas a la clasificación, uno de los chicos de prensa le mostró el titular en su móvil: "¿Solo fisioterapia? La campeona del mundo y su misteriosa conexión con la nueva del equipo."

Y la imagen: ella, de pie junto al monoplaza. Elena, a unos metros. Y entre ambas, esa mirada que, aunque inocente, no era precisamente una declaración de independencia.

Val apretó la mandíbula.

No por lo que insinuaban.

Sino porque por una vez, no tenía una buena excusa para negarlo.

Las miradas empezaron primero. Luego, las sonrisas disimuladas. Después, los susurros a medio metro. Y finalmente, las preguntas disfrazadas de chistes:

—¿Todo bien con el equipo médico, León?

—Dicen que la nueva fisio tiene manos mágicas…

—¿Tú también te relajas con ella?

Val contestó con silencios. Con cejas arqueadas. Con miradas que harían temblar al mismísimo director del equipo. Pero el rumor ya había nacido. Y no se puede matar lo que ha hecho su debut en redes sociales como un influencer.

Durante la rueda de prensa, alguien se atrevió:

—¿Qué hay de cierto en los comentarios sobre una posible relación personal con un miembro nuevo del staff?

Val sonrió. Fría. Letal.

—No hablo de mi vida privada. Siguiente.

Y así, con una sola frase, intentó cerrar la puerta.

O al menos lo intentó.

Porque cuando regresó al box, Elena pasó a su lado sin mirarla. Y eso —precisamente eso— fue lo que más la jodió.

No los rumores. No las preguntas. Sino que Elena actuara como si nada.

Como si ese cruce de miradas no le hubiera dolido también a ella.

La tarde avanzó entre simulaciones, entrevistas y reuniones técnicas. Val hizo todo con precisión milimétrica. Respondía sin pestañear, asentía en los momentos exactos, corregía al ingeniero jefe sin levantar la voz.

Desde fuera, era la Val de siempre.

Desde dentro, era otra historia.

La imagen seguía allí, impresa en su retina: ella de pie, el coche detrás, y Elena al fondo, mirándola como si ya supiera lo que Val se empeñaba en negar.

No había sido un gesto intencionado. Ni íntimo. Ni vulnerable.

Y aun así, era demasiado.

En su mundo, una mirada era una grieta. Y las grietas se convertían en filtraciones. Y las filtraciones, en debilidad.

Val no podía permitirse ninguna de las tres.

Así que fingía.

Y en ese fingir, no vio venir lo peor: la distancia.

Elena no se acercó en todo el día. Ni una revisión. Ni una consulta. Ni siquiera un cruce casual en el comedor del equipo.

La evitaba.

No por miedo.

Y eso, en el fondo, era lo que más le dolía a Val. Que Elena pudiera sostenerle la mirada en silencio… pero también fuera capaz de girar la cara cuando todo empezaba a arder.

Porque esa era la verdadera diferencia entre ellas.

Val sabía competir.

Elena sabía retirarse.

El hotel era uno de esos cinco estrellas donde los pasillos son tan silenciosos que podrías oír a tus pensamientos gritar. Val entró al ascensor sin pensarlo. Piso siete. Habitación 718. El día había sido largo, repleto de cámaras, preguntas sin disimulo y gente que creía saber más de lo que debía.

Se apoyó en la pared del fondo. Cerró los ojos un instante.

Y entonces, la puerta volvió a abrirse.

Elena.

Sin dudarlo. Entró, pulsó el botón del piso seis y se colocó justo frente a ella.

No se dijeron nada.

No había música. No había gente. Solo ellas. A menos de un metro. El aire denso. El silencio ensordecedor.

Val no podía dejar de mirarla. La coleta alta. El uniforme impecable. Esa expresión contenida que no decía “me molestas”,

pero tampoco “me importas”.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Las puertas seguían cerradas, como si el ascensor supiera que aún no era momento de llegar.

Elena levantó la vista. Se encontraron.

La mirada fue breve. Precisa. Cargada de todo lo que no podían permitirse decir.

Entonces el ascensor se detuvo. Piso cinco.

La puerta se abrió.

Un mecánico entró, sin prestar demasiada atención, mascando chicle y hablando por teléfono.

Y como por reflejo, ambas se separaron. Medio paso. Un respiro.

Elena miró al frente. Val, al suelo.

Cuando el ascensor volvió a moverse, ninguna volvió a respirar del todo.

Y cuando se detuvo otra vez, Elena salió primero.

Ni una palabra.

Pero al cerrar la puerta, Val supo que esa no-conversación le había calado más que cualquier entrevista del día.

Y lo peor: no quería que terminara ahí.

Elena entró en su habitación, dejó la tablet en la mesilla y se sentó al borde de la cama sin encender la luz. Aún llevaba el polo del equipo puesto. Aún sentía el ascensor en la piel.

La respiración de Val. Su presencia a medio metro. Ese maldito silencio lleno de palabras que ninguna había dicho.

La pantalla de su móvil vibró una vez.

Lo ignoró.

Vibró otra vez.

Suspiró y lo desbloqueó.

Era un mensaje de Paula, su amiga desde la universidad.

"¿Tú y Val?"

Solo eso.

Tres palabras.

Elena se quedó mirando la pantalla, debatiéndose entre reír o lanzar el móvil por la ventana. No había forma de ocultar lo evidente cuando lo que no existía ya había generado teorías en redes, susurros en el paddock y ahora… preguntas en su círculo más cercano.

No contestó.

No porque no supiera qué decir, sino porque no quería mentir. Y decir la verdad… tampoco era una opción.

Porque la verdad no era "sí" ni "no".

La verdad era que había una conexión.

Y que esa conexión estaba empezando a doler.

No por lo que era.

Sino por todo lo que no podía ser.

Elena dejó el móvil boca abajo, se quitó la camiseta y se metió en la ducha con el agua tan caliente como la tensión que aún le quemaba en la nuca.

Porque aunque no hubiera tocado a Val en ese ascensor, había algo en ese espacio compartido que le había recorrido la espalda como una caricia sin permiso.

Y eso era más peligroso que cualquier rumor.

Porque lo sentía. Porque lo deseaba. Y porque, por primera vez en mucho tiempo, no sabía cómo alejarse.

Val no dormía. Tampoco descansaba.

Estaba sentada en la cama, la espalda apoyada contra el cabecero, la televisión encendida sin volumen y el móvil en modo avión. Había entrenado. Había respondido a la prensa. Había soportado los rumores con la frialdad habitual.

Pero ahora, sin cámaras ni monos ignífugos, estaba sola con lo único que no podía controlar: su cabeza.

Y ahí estaba Elena. Otra vez.

El ascensor había durado menos de un minuto. Pero su cuerpo aún recordaba el silencio. La distancia. La forma en que el aire se tensó cuando quedaron frente a frente. Sin escapatoria. Sin testigos.

Repasaba mentalmente la escena con la precisión de una vuelta perfecta. El ángulo de su cuerpo. La respiración de Elena. El segundo exacto en que casi se inclinó hacia ella sin darse cuenta.

Y se odiaba un poco por ello.

Porque si cruzaba esa línea, no habría vuelta atrás.

Elena no era un error de una noche. No era un capricho. Era una mujer que veía a través de sus muros como si fueran de cristal. Que la tocaba como si supiera exactamente dónde dolía, y dónde no.

Y Val… Val no sabía lidiar con eso.

Podía controlar una carrera a 300 km/h. Pero no podía controlar ese maldito ascensor. Esa mirada. Esa cercanía.

Se giró. Se tumbó boca abajo, como si esconder la cara bastara para apagar el incendio.

Pero no lo apagaba.

Porque el deseo no grita. El deseo susurra.

Y esta vez, no se callaba.

El reloj marcaba las 03:12.

Val seguía despierta.

El cielo, más allá de la ventana del hotel, era una mancha oscura sin estrellas. Pero en su cabeza, todo era movimiento. Como si el motor de su mente no encontrara neutral ni aunque lo intentara.

Volvió a sentarse. Abrió la botella de agua. No bebió.

Pensó en llamar a alguien. A su hermano. A su entrenador personal. A quien fuera. Pero no quería preguntas. No quería consejos.

Quería… silencio. Y el único silencio que le importaba ahora mismo era el del ascensor.

Volvió a él mentalmente sin esfuerzo.

A los pocos segundos de estar encerradas con ese aire denso, supo que estaba jodida. Porque su cuerpo no había entendido que no podía moverse. Que no debía moverse. Que un paso más, una

respiración más profunda, un roce sin querer, habrían cambiado todo.

Y Val no sabía si eso era lo que más deseaba o lo que más temía.

Se levantó. Caminó descalza por la habitación como si necesitara quemar energía. Como si al moverse pudiera dejar atrás esa idea que se repetía sin cesar:

Si la toco, no podré parar.

No era físico. O no solo.

Era la forma en que Elena no la miraba como todos. No con idolatría. No con miedo. Ni siquiera con deseo puro. La miraba con algo más jodido: conocimiento.

Y eso sí que no se lo podía permitir.

Porque para alguien como Val, que lleva toda la vida escondiéndose detrás del casco y la perfección… ser vista de verdad, duele más que perder.

Elena abrió los ojos sin haber dormido.

El cuarto estaba en penumbra, solo iluminado por el leve resplandor del cargador del móvil. El mensaje seguía ahí, sin respuesta. "¿Tú y Val?" Tres palabras que se habían repetido toda la noche en su cabeza como un mantra.

No había "tú y Val". No oficialmente. No físicamente. Pero sí algo. Algo que crecía, que ocupaba espacio, que rozaba los bordes de todo lo que no debía tocarse.

Se giró en la cama.

Pensó en el ascensor. En la forma en que Val se quedó quieta, firme contra la pared. En cómo ninguna se movió hasta que alguien

más entró. Como si el mundo exterior fuera la única fuerza capaz de separarlas.

Y entonces lo entendió.

Lo que pasaba entre ellas no era solo deseo.

Era tensión con historia. Con piel. Con miedo. Con retención.

Elena se sentó, apoyó los codos en las rodillas y respiró hondo.

Sabía lo que venía si seguían cruzando miradas. Sabía lo que arriesgaba. Pero también sabía algo más: Val no se escondía del escándalo. Se escondía de sí misma.

Y ella ya había estado con mujeres así. Mujeres que no podían entregarse sin romperse. Mujeres que querían sentir… sin ser vistas.

Se prometió una cosa mientras se ponía de pie para ducharse.

No sería ella quien forzara nada.

Pero si Val daba un solo paso…

No pensaba retroceder. Ni un milímetro.

Capítulo 5

El día no había empezado bien. Y en el mundo de Valeria León, eso significaba que todo estaba a punto de volar por los aires.

Primero, había pasado la noche en blanco, contando ovejas que decidieron hacer huelga. Luego, el desayuno había sido más bien una exhibición de su estómago gritando en protesta. Y el briefing técnico… bueno, eso fue como escuchar a un loro hablando en klingon. Todo un ruido.

Y, como si el universo tuviera un sentido del humor extremadamente retorcido, todo era culpa de una sola persona.

Elena.

No la había visto desde el ascensor, pero eso no significaba que no la sintiera. Era como ese sudor pegajoso que se aferra a ti después de hacer ejercicio: incómodo, pero imposible de ignorar.

Cuando entró en la sala de fisioterapia, no saludó. Era como si la estuviera desafiando a un duelo.

Se quitó la parte superior del mono, se subió a la camilla de espaldas y lanzó:

—Rápido. Tengo una reunión en veinte minutos.

Elena, que estaba organizando unas botellas de aceite como si estuviera en un concurso de orden, apenas giró el rostro.

—Buenos días, Valeria.

Seco. Cortante. Como un cuchillo en un concurso de cocina.

Val apretó los dientes. Esa respuesta le supo a bofetada.

Elena empezó a trabajar en su espalda con movimientos tan precisos que parecían sacados de un libro de instrucciones. Pero hoy, todo le molestaba a Val. La presión. El silencio. Y especialmente, la forma en que no la miraba.

—Más arriba —ordenó de repente—. Ahí no es.

Elena se detuvo un segundo. Luego obedeció, pero no sin un toque de sarcasmo.

—¿Así?

—No. Más hacia el centro. ¿No tienes claro dónde está el dorsal?

Silencio.

Y luego, muy despacio, la voz de Elena cortó el aire como un cuchillo afilado:

—Sí. Pero hoy parece que tú no tienes claro dónde está el límite.

Y ahí fue donde el aire se volvió denso, como si alguien hubiera dejado caer un bulto de plomo.

Elena no levantó la voz. Ni siquiera dejó de tocarla. Pero sus palabras entraron como un puñetazo bajo la piel.

—Si no quieres que te trate, dilo. Pero no me hables como si fueras dueña de este equipo.

Val se quedó helada.

No porque no se lo mereciera. Sino porque nadie —absolutamente nadie— le hablaba así desde hacía años.

Los mecánicos bajaban la cabeza ante su presencia. Los ingenieros medían cada palabra. Los directivos la trataban como si

fuera un diamante en bruto.

Y entonces estaba Elena.

Que no pedía permiso. Que no tragaba saliva antes de responder. Que, con las manos aún calientes sobre su espalda, acababa de ponerle un límite.

Val se incorporó de golpe, con los músculos tensos y la expresión dura como el acero. Se bajó de la camilla sin decir nada, la miró desde arriba como si estuviera evaluando el riesgo de cruzar otra línea.

Pero no dijo nada.

Ni una palabra.

Solo esa mirada afilada, cargada de rabia contenida y algo más peligroso aún: respeto.

Y luego se fue. Sin cerrar la puerta del todo.

Elena se quedó sola, los dedos aún con el calor de su piel.

Sabía lo que acababa de hacer. Sabía que tal vez había puesto en peligro su lugar en el equipo. Pero no se arrepintió ni un segundo.

Porque había una cosa más insoportable que la tensión: dejar que te hablen como si no fueras nadie.

La puerta quedó entreabierta. Un gesto sin intención, pero lleno de significado. Como si Val se hubiera ido rápido… pero no del todo.

Elena no se movió.

Sus manos seguían en el aire, como si aún pudieran atrapar el eco de la piel que acababan de soltar. Y lo peor no era la tensión. Ni la incomodidad. Era lo que venía después.

El silencio.

Ese silencio que no suena a alivio, sino a consecuencias.

Recogió los aceites sin prisa. Dobló una toalla con más precisión de la necesaria. Todo para no pensar. Para no analizar cada palabra, cada gesto, cada mirada que había cruzado con Val.

Pero el cuerpo no miente.

Y el suyo temblaba.

No de miedo.

De algo más peligroso.

Había hecho lo que tenía que hacer. Se había defendido. Había puesto un límite que nadie más se había atrevido a marcar.

Y, sin embargo, ahí estaba: sola en una sala con olor a menta y tensión no resuelta, preguntándose si Val iba a volver.

Pasaron horas.

No días. No semanas. Solo unas horas.

Pero en la cabeza de Elena, se sintieron como una eternidad.

Hasta que escuchó los pasos.

Los mismos. Firmes. Reconocibles. Con el ritmo exacto de quien no necesita apresurarse para hacerse notar.

Val entró sin llamar.

La misma expresión. El mismo porte. Como si el incidente de la mañana no hubiera ocurrido. Como si no le hubiera escupido órdenes con los dientes apretados. Como si Elena no le hubiese dicho, con palabras quirúrgicas, que bajara del pedestal.

Y sin embargo, todo era distinto.

Porque esta vez, Val no habló.

Solo se quitó la parte superior del mono, la dejó doblada con cuidado inusual en la silla y se sentó en la camilla.

No se tumbó. No exigió nada. Solo esperó.

Elena, en silencio, se acercó.

Y ahí estaban otra vez. En ese espacio cargado de lo no dicho.

Ella, con las manos listas. Val, con los músculos tensos como cables eléctricos.

No se miraron.

No hicieron comentarios.

Pero cuando los dedos de Elena tocaron la piel de Val, ambas supieron que ya no estaban en la misma sala de siempre.

Era la misma camilla.

Pero otra historia.

Una donde el cuerpo hablaba más que la boca.

Y donde rendirse ya no era una opción.

Era un impulso.

Uno que ninguna de las dos se atrevía a detener.

Elena empezó con la parte alta de la espalda. Nada fuera de lo habitual. Presión firme. Técnica limpia. Movimiento controlado. Lo que no podía controlar era otra cosa: la electricidad.

El cuerpo de Val no mentía. Estaba rígido, sí. Pero no por fatiga.

Era otra cosa. Una tensión que no venía de los músculos. Venía de dentro.

No protestó por la presión. No corrigió nada. Dejó que Elena trabajara en silencio, como si aceptar sus manos fuera la única forma que tenía de pedir perdón sin tener que pronunciarlo.

Y Elena… lo entendió.

No respondió con dulzura. No cambió el ritmo. Pero algo en ella se ablandó. Una mínima compasión. Un rastro de cuidado que se coló en la yema de sus dedos.

En un momento, cuando cambió de posición para tratar la zona lumbar, rozó con el dorso de la mano el costado de Val. Un roce accidental. Inofensivo.

Pero el cuerpo reaccionó.

Un leve espasmo. Un temblor casi imperceptible. Y una respiración contenida.

Elena no dijo nada.

Solo bajó la mirada. Y pensó: No es el cuerpo el que tiembla. Es otra cosa.

Val tragó saliva.

No era débil. No era frágil. Pero algo en esa habitación la desarmaba. Y no eran las manos. Era la forma en que Elena la tocaba como si ya supiera que había algo dentro… a punto de romperse.

Elena terminó la sesión con la misma calma con la que la había empezado. Pero era una calma falsa. Una coreografía de control que escondía lo que hervía por debajo.

Retiró las manos con lentitud. Dio un paso atrás. Se quitó los guantes como si no fueran el único escudo que le quedaba. Y esperó.

Val no se movió al instante.

Permaneció sentada, con la mirada baja, como si el suelo tuviera más respuestas que su propia cabeza. Las manos sobre los muslos. El cuerpo entero cargado de algo que ni siquiera el mejor masaje del mundo podía aflojar.

Finalmente, se incorporó. Se puso el mono con movimientos lentos, medidos. Se ajustó la cremallera sin mirar a Elena.

Y cuando por fin lo hizo, no hubo rabia. Solo una especie de cansancio antiguo.

De esos que no vienen del cuerpo. Vienen de no saber cómo sostenerse frente a alguien que ya te ha visto caer.

Elena no dijo nada. Pero lo sintió.

Sabía que Val estaba rota en sitios donde ni siquiera ella podía llegar. Y que dejarla entrar había sido un gesto brutal disfrazado de rutina.

Val se acercó a la puerta. Abrió.

Se detuvo un segundo. No se giró. No se despidió.

Solo dijo, sin tono, sin emoción:

—Gracias.

Y se fue.

Elena se quedó ahí. De pie. Sola.

Con las manos aún tibias. Y una certeza ardiendo en el pecho:

Lo que acababan de vivir no era una tregua.

Era una declaración. Y ninguna de las dos estaba lista para entenderla. Pero ya era demasiado tarde para ignorarla.

Val no estaba hecha para agradecer. Tampoco para callarse.

Pero esa noche, lo había hecho todo al revés.

El "gracias" que había soltado al salir de la sala no había sido planificado. No venía de la estrategia ni del control. Había salido solo. Y eso era lo peor.

Porque cuando algo salía de ella sin pasar por el filtro, significaba que había dejado entrar a alguien demasiado hondo.

Estaba sentada en el sofá de su habitación, con el mono a medio quitar, el pelo recogido y las manos entrelazadas sobre la nuca. Había intentado leer. Mirar el móvil. Escuchar música. Pero nada servía.

Seguía pensando en Elena.

En la firmeza con la que le había hablado. En cómo la había tocado después, como si ese enfrentamiento no le hubiera dolido.

Como si aún así… eligiera quedarse.

Eso era lo que más le jodía. Que Elena no jugaba a humillarla. Ni a ganarle. Solo la veía.

Y Val no sabía qué hacer con alguien que no quería nada de ella, salvo lo que ya estaba intentando esconder.

La frase de Elena seguía retumbando como un eco en sus huesos.

No por el reproche. Sino por lo que desató.

Porque desde entonces, ya no podía volver a hablarle de otra manera.

Elena despertó a las 03:47 sin haber dormido de verdad.

La habitación estaba en silencio, pero dentro de su pecho había ruido. Palabras, gestos, respiraciones contenidas. Y ese "gracias" inesperado, dicho por Val con una voz que no parecía suya.

Estaba acostada de lado, con la almohada abrazada y la mente dando vueltas.

No sabía si seguía enfadada o si, en realidad, todo eso le había afectado más de lo que quería admitir. No por el tono. No por la falta de disculpa. Sino porque había algo en Val que descolocaba.

Una dureza aprendida. Un lenguaje sin palabras. Un orgullo que se agrietaba solo cuando nadie miraba.

Elena había tocado cientos de cuerpos.

Pero con Val… no tocaba músculo.

Tocaba otra cosa. Algo que estaba debajo. Y que, cuando temblaba, no lo hacía por dolor físico, sino por miedo a dejarse sentir.

Ese temblor, el de la sesión, no se le borraba.

Tampoco la forma en que Val se había quedado un segundo de más en la puerta.

Ni la manera en que no se defendió.

Elena giró sobre la cama. Cerró los ojos. Y por primera vez, sintió que había entrado en un espacio peligroso.

Porque había cruzado la línea profesional. Pero no con sus manos.

Con su presencia.

Y ahora lo que le quemaba no era la piel. Era la espera.

La sensación insoportable de que algo estaba por estallar… Y que ninguna de las dos pensaba rendirse antes.

Capítulo 6

El día había sido largo. Demasiado largo. Como una cinta de correr en la que Val no solo había olvidado el botón de "stop", sino también cómo se respiraba.

Simulaciones. Pruebas. Reuniones. Y un calor pegajoso que hacía que incluso las carpas del paddock parecieran querer pedir vacaciones. Todo parecía en orden sobre el papel, pero cualquiera que conociera a Val sabía leer las señales.

No sonreía. No hablaba. Y cuando lo hacía, era como si estuviera cortando un filete en lugar de tener una conversación. Las respuestas eran más secas que el asfalto después de un día de sol.

Los técnicos mantenían la distancia, como si Val tuviera un letrero de "¡Peligro! No te acerques". Su jefe de pista, que tuvo la brillante idea de acercarse, recibió un "no ahora" que le hizo entender que era mejor regresar a su lugar a contar ovejas.

Val no necesitaba espacio. Lo exigía, como una diva en una fiesta llena de plebeyos.

Esa tarde, encerrada en su box vacío, lo ocupaba todo con su silencio. Se había convertido en la reina del drama mudo.

Estaba sentada en el banco de la esquina, con los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha y los nudillos blancos de tanto apretar

las manos. No estaba lesionada. No físicamente. Pero había algo dentro que no encajaba. Era como un rompecabezas que se negaba a completarse, aunque ella seguía buscando la pieza perdida.

Entonces, en el momento más inesperado —justo cuando pensó que estaba sola y que podía hacer una exitosa carrera en el arte de la contemplación silenciosa— escuchó pasos.

No ruidosos. No apresurados.

Pasos tranquilos. Seguros. Como si supieran que estaban a punto de interrumpir un drama de alto voltaje.

Sin necesidad de girarse, supo quién era. Porque su cuerpo se tensó. Y, al mismo tiempo… se aflojó. Un verdadero acto de malabarismo emocional.

Elena no dijo nada al principio. Solo se acercó con una botella de agua en la mano, como si fuera un elixir mágico que pudiera resolver todos los problemas del mundo. Se detuvo a un par de metros, no quería asustar a la bestia enjaulada. Pero había algo en la forma en que Val estaba sentada, como si llevara el peso de una galaxia entera, que le hizo imposible seguir caminando sin detenerse.

La campeona del mundo.

La mujer de hielo.

La que siempre tenía una respuesta afilada y un muro bien construido.

Y, sin embargo, ahí estaba, en silencio, como una pequeña ruina de lo que solía ser.

Elena dio un paso más. Y luego otro. Cuando llegó junto a ella, extendió la botella. No la ofreció con dramatismo —no había

melodrama en su entrega— solo la dejó caer con cuidado sobre el banco, junto a la pierna de Val, como si fuera un regalo de cumpleaños anticipado.

Val no la miró.

Pero tampoco se movió.

Y eso, ya era una grieta en la armadura.

Porque en otro momento, en otro día, en otra Val… habría volado en dirección opuesta, cortando el aire con una frase afilada. Habría huido antes de ser vista así. Pero hoy no. Hoy se quedó.

Elena se sentó a su lado.

No cerca. No lejos.

A la distancia exacta en la que la presencia se siente sin tocar. Como el aroma del café recién hecho que te despierta sin que te des cuenta.

Ambas miraron al frente.

Nada se dijo.

Pero el silencio compartido era más honesto que cualquier conversación de café.

Los segundos pasaban lentos. El aire, espeso. El box vacío amplificaba el silencio. No había motores. No había radios. Solo el leve zumbido de las luces de emergencia y la respiración contenida de Val, que sonaba como un motor de carreras que se preparaba para arrancar.

Elena no la miraba.

La observaba de reojo, sí. Pero sin invadir. Como si estuviera estudiando un cuadro en una galería, sin querer tocarlo, pero deseando entenderlo.

Notaba la forma en que su espalda se curvaba más de lo habitual, cómo los hombros parecían cargar algo más pesado que un volante, cómo sus manos no dejaban de apretar las rodillas, como si fuera una competición de quién podía hacerse daño emocional primero.

No era dolor físico. Era agotamiento emocional.

Y entonces lo dijo. Sin preámbulo. Sin suavidad. Como quien lanza una bomba de humo en un show de magia.

—No tienes que estar bien todo el tiempo.

Val no reaccionó de inmediato.

Fue como lanzar una piedra en un lago congelado. El sonido fue suave, pero la grieta fue inmediata.

La vio cerrar los ojos un instante. Apenas un parpadeo más largo de lo normal. Luego, una inhalación profunda. Como si el aire se le hubiera quedado atascado en algún sitio entre la garganta y el pecho.

No contestó.

Pero su cuerpo… cambió.

No de forma escandalosa. No se desmoronó. Pero la tensión bajó. Un milímetro. Un músculo. Una rendija. Un pequeño triunfo que ni ella sabía que estaba buscando.

Elena no necesitaba más.

Porque sabía lo que era eso. Sostenerse con tanto esfuerzo que un simple "no tienes que" puede sonar a salvavidas. O a una invitación a dejarse caer.

Val no la miró.

Pero en ese silencio, por primera vez, Elena sintió que la dejaba quedarse. De verdad. Sin que hubiera una salida de emergencia.

Pasaron varios segundos. Tal vez un minuto.

Val seguía sin decir nada, pero su cuerpo había dejado de fingir que todo estaba bajo control. Ya no apretaba los puños. Ya no tenía la espalda tan rígida. Solo respiraba. Hondo. Irregular. Como si por primera vez en mucho tiempo… le doliera respirar.

Y entonces levantó la cabeza.

Despacio. Como si le pesara el cuello. Como si no lo hiciera para mirar a Elena, sino simplemente porque ya no podía seguir escondiéndose en el suelo.

Sus ojos estaban diferentes.

No había brillo. No había frialdad.

Solo cansancio. Cansancio real. De ese que no te quita el sueño, sino las ganas de pelear. O de llamar a un amigo y pedirle que te lleve un helado.

Elena no sonrió. No hizo ningún gesto. Solo la sostuvo con la mirada, sin intentar aliviar nada. Porque a veces, lo único que se puede ofrecer es estar. Y eso fue exactamente lo que hizo.

No se acercó.

No habló.

No intentó cubrir el hueco que Val mostraba por primera vez.

Solo se quedó. Con ella. Ahí. En un momento que bien podría haber sido una escena de una película de culto.

Hasta que Val bajó la vista otra vez. Y Elena entendió que eso, en su idioma, significaba más que un gracias.

Era un permiso.

Uno que no se da con palabras. Sino con presencia. Y con un temblor que nadie más tiene permitido ver.

Elena no preguntó nada.

Tampoco buscó una respuesta.

Después de unos minutos, se levantó con cuidado. Sin hacer ruido. Como si cualquier movimiento brusco pudiera borrar lo que había ocurrido. O, peor, cerrarlo antes de tiempo.

Val no se movió. Pero la sintió.

Sintió su sombra al alzarse. El leve crujido de la suela contra el suelo del box. El roce de la botella al ser recogida.

Elena no se despidió.

Solo la miró una última vez, desde arriba, como si quisiera memorizarla justo así: sin armadura, sin casco, sin esa expresión afilada que usaba como escudo.

Val no levantó la cabeza, pero sí los ojos.

Y la vio.

Y por un segundo, solo uno, deseó que no se fuera.

No por necesidad. No por debilidad. Sino porque, en ese silencio compartido, había encontrado algo que ni en la mejor vuelta al circuito podía sentir: paz. O al menos, una idea de lo que podría ser.

Elena se fue.

Pero Val siguió mirando hacia ella, incluso cuando ya no había nadie. Como si el mundo se hubiera detenido, y ella estuviera atrapada en una burbuja de tiempo.

Y en esa quietud, lo entendió:

La frase no era solo un consuelo.

Era una concesión. Un permiso.

Y si Elena podía verla así… Tal vez ella podía empezar a dejarse ver.

La habitación era la misma de siempre: minimalista, ordenada, impecable. Pero esa noche, Val no era la misma.

Estaba sentada en la cama, con una camiseta blanca pegada al cuerpo por el calor. Tenía el pelo aún húmedo de la ducha, los pies descalzos sobre la moqueta y la espalda encorvada como si le pesara más el pecho que los hombros.

No tenía hambre. No tenía sueño. Y por primera vez desde que empezó la temporada… no pensaba en la carrera del día siguiente.

Pensaba en una frase. En siete palabras que le habían tocado el corazón.

"No tienes que estar bien todo el tiempo."

Unas simples palabras. Y, sin embargo, era como si le hubieran quitado una placa de metal del pecho. O un peso que ni ella sabía que estaba cargando.

No estaba acostumbrada a que la vieran así. Mucho menos a que alguien se quedara.

La mayoría huía en cuanto el silencio se volvía incómodo. En cuanto el escudo se agrietaba. En cuanto dejaba de ser campeona y se volvía solo Val.

Pero Elena no se fue.

Y eso… eso cambiaba las reglas del juego. Como si de repente hubiera una nueva pista en el circuito.

No sabía si estaba lista para lo que vendría después. No sabía si quería estarlo.

Pero sí sabía una cosa: Esa noche, cuando cerró los ojos, no soñó con curvas ni con pódiums. Soñó con una voz suave. Y unas manos que no la tocaron, pero la sostuvieron igual.

Elena estaba sentada en el suelo de su habitación, con la espalda apoyada en la cama y una botella de agua medio vacía entre las manos. Llevaba una camiseta vieja, el pelo mojado y la sensación de haber cruzado una línea invisible que no sabía si volvería a encontrar.

No había sido una conversación. Ni siquiera un contacto.

Pero lo que había pasado en el box… había sido íntimo. Más que cualquier caricia. Más que cualquier frase bonita.

Porque lo que había visto en Val no era debilidad. Era humanidad. Cruda, sin adornos. Y eso, en alguien como ella, valía más que todas las confesiones del mundo.

Elena se conocía bien. Sabía cuándo se estaba involucrando. Sabía cuándo una situación dejaba de ser parte de su trabajo y empezaba a ser otra cosa.

Y esta vez, lo sabía.

Val no era solo una paciente difícil.

Era alguien que había empezado a importarle de verdad. Y eso complicaba todo.

No por miedo al equipo. Ni a los rumores. Sino porque, si Val se dejaba caer de verdad… Elena no sabía si tendría el valor de no ir detrás.

Cerró los ojos. Respiró hondo.

Y pensó en su voz. En su silencio. En sus ojos cansados.

No la había tocado. Pero la había sentido entera. Y eso —joder— la estaba cambiando por dentro.

Capítulo 7

El calendario se burlaba de Val como un niño travieso en un parque de diversiones.

Después de una carrera en Europa que había dejado más adrenalina que sudor, la gira por Asia se cernía sobre ella como una tormenta tropical. Cambios de horario, vuelos interminables, y climas que podían hacer que un cactus se sintiera incómodo. Todo para mantener a Val en la cima. La imbatible. La leyenda viva.

Aunque esa leyenda tenía un par de ojeras que ni las gafas de sol más oscuras podían ocultar.

En el aeropuerto, Val se movía como un ninja en misión secreta. Auriculares puestos, mochila ligera, y ese paso firme que decía "no me hables, no me mires, no me interrumpas". Pero… por supuesto, no podía evitar a Elena.

Cuando subieron al avión privado del equipo, Val ya estaba en su asiento junto a la ventana, como si el mundo exterior fuera un reality show del que no quería ser parte. El asiento libre a su lado era un espacio que normalmente se llenaba con técnicos o ingenieros, pero esta vez, cuando Elena se plantó a su lado, Val decidió hacer algo que nadie esperaba: no decir nada.

Solo levantó la vista, bajó un poco los auriculares y señaló el asiento vacío con un gesto de barbilla, como si dijera: "Siéntate, pero no te emociones".

Elena, al interpretar eso como una invitación (¿quién le iba a decir que Val tenía un lado generoso?), se sentó. No cruzaron palabras, pero el aire se llenó de una tensión que ni la turbulencia más feroz podría igualar.

Una cercanía que gritaba "esto no debería estar pasando", pero que ambas fingían ignorar.

El vuelo fue un auténtico maratón de catorce horas. Val estaba al lado, con su brazo desnudo apoyado en el reposabrazos, los ojos cerrados, y una respiración que no era de sueño, sino de "no quiero que me mires". Pero, claro, Elena no podía evitarlo.

A mitad del vuelo, Val decidió que quería más comodidad. Se quitó la chaqueta del equipo, la dobló y la usó como almohada. Y voilà, ahí estaba: camiseta de tirantes gris, pegada al cuerpo, sudorosa y todo. Un espectáculo digno de un museo de arte contemporáneo.

Elena trató de no mirar. Pero era imposible. Su cuerpo estaba ahí, expuesto, como si Val estuviera diciendo "mira, pero no me toques".

Elena contuvo la respiración.

"Esto no está pasando", se dijo, pero su cuerpo no estaba de acuerdo.

El resto del vuelo fue un tira y afloja de miradas furtivas y sonrisas contenidas, hasta que finalmente aterrizaron en Asia.

El primer día en el nuevo circuito comenzó antes del amanecer, porque, claro, ¿quién necesita dormir cuando se puede correr a toda velocidad? Entrenamientos a puerta cerrada. Clima húmedo, y una Val que decidió que era hora de lucir su mejor actitud, pero solo para Elena.

Después de la primera tanda, Val entró en la sala de recuperación como un tornado. Se quitó la camiseta sudada de un tirón y se tumbó boca abajo sobre la camilla. Elena, que estaba en modo "profesional al rescate", se giró justo a tiempo para ver el espectáculo.

El cuerpo de Val era una obra de arte, y Elena no estaba preparada para la explosión de sensaciones que eso le provocó. Se acercó con la confianza de quien ya ha recorrido ese camino. Pero, en este caso, era un camino lleno de baches.

Mientras Elena preparaba el gel de descarga, Val giró la cabeza un poco y soltó, sin emoción, pero con una intención que podría haber incendiado una ciudad:

—Haz lo que tengas que hacer.

Oh, vaya. Esa era la forma más cercana a "confío en ti" que Val había estado dispuesta a soltar. Sus dedos se movieron con más confianza, y cada toque se convirtió en una danza entre lo profesional y lo personal.

Val no se movió, pero su respiración se volvió un poco más errática, como si finalmente estuviera dejando salir algo de esa tensión que había estado acumulando. Elena lo notó y decidió que

no iba a ser la que rompiera el hechizo. Así que siguió trabajando en silencio, mientras su corazón hacía una fiesta rave.

Cuando terminó, cubrió los hombros de Val con una toalla, sin mirarla, como si eso pudiera protegerla de lo que acababan de compartir. Y se fue, dejando la puerta cerrada tras de sí.

Val se quedó ahí, en la camilla, sintiendo cómo la piel aún recordaba el roce de las manos de Elena.

No había palabras. No había instrucciones. Solo un vacío que resonaba más fuerte que cualquier motor de carreras.

En la habitación de al lado, Elena se lavó las manos, tratando de borrar la sensación de haber cruzado una línea. Pero sabía que esa línea era más como una cuerda floja, inestable y peligrosa.

La madrugada llegó, y Val se revolvió en la cama de hotel, pensando en cómo había sido un día más… Se duchó y se vistió, sintiendo el peso de algo que no podía ignorar.

Durante el desayuno, cuando se cruzaron en la sala del equipo, el aire estaba cargado de algo que no se podía nombrar. No fue un saludo, ni una mirada profunda. Fue un simple gesto: Elena le pasó una taza de café, y Val la aceptó

Capítulo 8

La vida es una serie de errores, y en este caso, el error de reservas fue un auténtico espectáculo. Un pequeño malentendido entre el equipo logístico y el hotel. Nada que no se pudiera resolver… excepto que solo quedaba una habitación. Y adivina qué, solo una cama.

—Es temporal, unas horas —dijo el asistente, sin levantar la vista de su pantalla como si fuera un mago que acaba de hacer desaparecer la varita—. A la tarde os reubicamos.

Val no dijo nada.

Elena tampoco.

Pero cuando cruzaron el umbral de la habitación, el aire se volvió tan espeso que se podía cortar con un cuchillo de mantequilla.

Ambas miraron a la cama. Era grande y, sin embargo, era como una trampa.

—Así que… —comenzó Val, pero se detuvo. Era como intentar iniciar una conversación sobre la lluvia cuando hay un huracán a punto de desatarse.

—Sí, así que… —replicó Elena, arrojando su mochila al extremo opuesto de la habitación, como si estuviera marcando territorio. La convivencia forzada no era nada nuevo para ellas, habían

compartido vuelos, box, y hasta silencios incómodos. Pero eso era diferente. Había una cama. Una sola cama.

Elena encendió la lámpara de la mesilla, y Val se dejó caer de lado sobre la cama, como si el colchón fuera un refugio.

—¿Me das agua? —preguntó Elena, mientras rebuscaba en su mochila como si estuviera buscando el Santo Grial.

Val, sin mirarla, le lanzó la botella como si estuviera en un partido de baloncesto. La entregó sin pronunciar una palabra.

Elena atrapó la botella. Bebió un sorbo y, justo cuando iba a devolverla, soltó:

—Podrías haber dicho "sí", al menos.

Val giró la cabeza, sus ojos disparando dagas.

—¿Perdona?

Y ahí empezó todo.

Una pelea sin gritos. Sin razón real. Pero con un subtexto que podría haber incendiado el lugar:

—No cuesta tanto decir "sí". O "toma". O cualquier cosa que no suene a piedra.

Elena dejó la botella sobre la mesilla con un golpe seco que resonó como un tambor. Val la miró de frente, sin moverse de su posición privilegiada en la cama.

—¿Y ahora te molesta cómo te paso el agua?

—Me molesta cómo haces que todo sea una guerra —respondió Elena, quitándose los zapatos con la gracia de una diva de la ópera —. Como si ser amable fuera una derrota.

—No soy amable. No me pagan por eso.

—Tampoco te pagan por ser una imbécil.

Silencio.

Val parpadeó lentamente, como si estuviera pensando en la mejor manera de lanzarle una broma mordaz.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—No —dijo Elena, y se detuvo un segundo para hacer que Val se sintiera incómoda—. Eso es lo que piensas tú de ti misma. Yo solo te lo recuerdo.

No hubo respuesta. Solo esa tensión antigua y conocida, que ya no era rabia ni ironía. Era algo más cercano a un susurro: Por favor, no sigas. O no voy a poder contenerlo.

Elena tomó su neceser y se metió en el baño sin mirar atrás, como si estuviera huyendo de un volcán a punto de explotar.

Val se quedó sentada en el borde de la cama, con la mandíbula tensa y las manos cerradas sobre las rodillas.

No estaba enfadada. Estaba… al límite.

El agua del grifo corría. No era una ducha. Solo un lavado de cara, pero para Val, cada sonido tras la puerta cerrada del baño sonaba como un metrónomo afilado. Rítmico. Insoportable. Sabía lo que Elena estaba haciendo. Cambiándose, desmaquillándose. Y lo sabía porque podía imaginarlo sin esfuerzo. Cada prenda cayendo. Cada gesto automático.

Apoyó los codos en las rodillas. Se pasó las manos por la cara. Respiró hondo.

No era la situación lo que la desquiciaba. Era la conciencia de su propio cuerpo. El control que se le escapaba. El pulso que no bajaba.

La puerta del baño se abrió sin ruido. Val no giró la cabeza, pero lo sintió.

Elena salió en una camiseta blanca, amplia, de esas que no marcan pero insinúan. Y unos pantalones cortos que, aunque no eran provocativos, de algún modo lo eran todo.

Val apartó la mirada, como si eso sirviera de algo.

Elena no dijo nada. Caminó hasta el otro lado de la cama, se sentó, y apagó la lámpara. La habitación quedó en penumbra, con solo lo suficiente de luz para que Val pudiera seguir evitando el contacto visual.

Elena se tumbó de lado, de espaldas a Val, respirando hondo como si intentara relajarse. Pero era inútil. La cama era cómoda, sí, pero demasiado pequeña para fingir que no la sentía.

Val seguía con la camiseta del equipo puesta. No se había quitado nada. Ni la tensión.

Elena cerró los ojos, pero no podía dormir. Cada sonido la mantenía alerta. Estaban tan cerca que, si una estiraba la mano, podía tocar a la otra. Pero ninguna lo hacía. Y ese autocontrol… dolía.

Val, por su parte, seguía despierta. Boca arriba. La vista clavada en el techo que no podía ver. Sabía que Elena no dormía. Podía sentirlo en el modo en que respiraba.

¿Por qué no te giras? ¿Por qué no me miras? ¿Por qué no me tocas?

Val no era de pedir. Nunca lo había sido. Pero en esa cama compartida, con el deseo trepando bajo la piel como una fiebre que no bajaba, el silencio no era castigo. Era un ruego.

Elena no se movió. Ni un milímetro. Sus ojos, abiertos en la penumbra, estaban fijos en los de Val.

Val tampoco se movía. Pero lo pensaba. Cada célula de su cuerpo gritaba por hacerlo. Por acortar el espacio. Por cruzar el maldito centímetro que las separaba.

Elena abrió la boca. Casi dijo algo. Pero se contuvo. Porque cualquier palabra, incluso la más inocente, habría sonado a confesión.

Val notó el movimiento. El temblor apenas perceptible del labio inferior. Y pensó: Si habla, la beso. Así de claro. Así de simple. Y por eso… agradeció que no dijera nada.

El tiempo pasó. Las miradas no se rompieron. Solo se ralentizaron. Hasta que, de forma casi sincronizada, ambas cerraron los ojos. No por sueño. Por cobardía.

Las horas pasaron lentas. Val no durmió. Al menos, no profundamente. Cada vez que cerraba los ojos, volvía al mismo sitio: esa mirada fija a veinte centímetros, ese calor silencioso bajo las sábanas, esa maldita sensación de que si respiraba un poco más fuerte, Elena lo iba a notar.

Y lo que la inquietaba no era eso. Era querer que lo notara.

Se mantuvo quieta. Demasiado. Como si moverse implicara retroceder, o peor, asumir que había deseado algo que no se atrevía a pedir.

A su lado, Elena no se giró de nuevo. Tampoco se alejó. Pero su cuerpo seguía orientado hacia ella. Podía sentir su calor.

Era una noche larga. Llena de todo lo que no hicieron, pero pensaron. Y en algún momento, sin saber exactamente cuándo, Val abrió los ojos otra vez.

Elena seguía dormida. O fingía estarlo. Y durante unos segundos —los únicos de toda la noche en que no hubo defensas— Val la miró como si pudiera tocarla solo con los ojos. Después, sin pensar, se giró de espaldas.

No por desinterés. Por protección. Porque si se quedaba frente a ella un segundo más… iba a cometer un error. Uno que, en ese momento, aún no estaba dispuesta a cometer.

Elena despertó con la sensación de haber dormido solo a medias. Parpadeó despacio, sin moverse aún, consciente del calor que quedaba en el lado derecho de la cama.

Val ya no estaba. Ni su mochila, ni su camiseta, ni su perfume apenas perceptible. Solo quedaba la sábana arrugada. Y una nota.

Pequeña, doblada, apoyada sobre la almohada. Elena la tomó con cuidado, como si pudiera deshacerse al tocarla. La abrió. Reconoció la letra rápida, angulosa. Ese trazo que decía todo lo que la voz de Val se negaba a pronunciar.

Solo cuatro palabras: "Gracias por no hablar."

No había firma. No hacía falta.

Elena se quedó sentada en la cama, con la nota entre los dedos y el pulso acelerado por algo que no sabía cómo clasificar.

No era una despedida. No era una disculpa. Tampoco una invitación.

Y, por alguna razón que no quiso analizar, Elena guardó la nota. La dobló con cuidado. La metió en un bolsillo de su neceser. Cerró la cremallera. Y cuando se levantó para comenzar el día, lo hizo con una sonrisa breve, mínima… pero real.

No por lo que pasó. Sino por lo que casi.

Capítulo 9

El impacto fue como un golpe en la cara, pero sin el drama de una película de acción. Más bien, fue como cuando te caes de la silla en plena reunión y todos te miran. Eso fue el box en ese momento: un silencio tenso que podría cortarse con un cuchillo… o con un chiste muy malo.

Una curva mal calculada. Una rueda que decidió tomar un paseo por la línea prohibida. Un desliz mínimo que, en el piloto equivocado, habría sido solo una anécdota para contar en la próxima barbacoa. Pero no en el caso de Val. Val no cometía ese tipo de errores.

Su coche se fue de cola, derrapó y se salió de la pista, como un adolescente rebelde en una fiesta. Pero cuando las pantallas mostraron a Val sentada en el habitáculo, el mundo se congeló.

Elena estaba al otro lado del paddock, haciendo su trabajo, revisando los últimos materiales y sin tener ni idea de que el drama se estaba desarrollando justo a la vuelta de la esquina. No escuchó nada. No vio la repetición. Pero en el fondo de su estómago, algo le dijo que las cosas no estaban bien.

Y, como un rayo, corrió.

Sin preguntar. Sin esperar que alguien le diera la señal. Entró al box como una superheroína en busca de su compañera caótica.

Y ahí estaba Val.

Sentada en una silla de fibra, el mono abierto hasta la cintura, los brazos colgando como si le hubieran quitado la energía de un ventilador. Miraba al suelo, y no a cualquier lugar; parecía estar intentando encontrar la respuesta al universo en el suelo de hormigón.

No había sangre. No había gritos. Pero había algo mucho más preocupante.

Silencio.

Ese silencio que grita más fuerte que un coche de carreras en plena pista. Elena se detuvo a un metro de distancia, como si se acercara a un animal salvaje. Y por primera vez, sintió miedo. No como profesional. No como terapeuta. Miedo real, como el que sientes cuando te das cuenta de que has olvidado pagar la renta.

Miedo de perder a esa mujer —tan dura, tan feroz, tan jodidamente indestructible— que ahora parecía estar a un paso de rendirse.

Val no levantó la vista cuando Elena entró. Pero la sintió. No necesitaba mirarla para saber que estaba allí. Esa presencia se siente en el aire, como un perfume demasiado fuerte en una reunión.

Elena se acercó con calma, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper algo que no se veía. Se agachó frente a ella, sin tocarla, y esperó.

Val finalmente alzó los ojos, y aunque estaban secos, parecían gritar "¡Ayuda!" sin pronunciar una palabra.

—No me toques si no puedes arreglarlo —murmuró.

No fue un reto. Ni una barrera. Fue una súplica disfrazada de desafío. Elena no respondió con palabras; eso sería demasiado fácil. En su lugar, estiró la mano y le apoyó la palma sobre el muslo. Firme, silenciosa, cálida.

No era un gesto técnico. Era un ancla. Y Val no se movió. Solo cerró los ojos, como si ese simple toque pudiera hacer que el mundo se detuviera y empezara a girar de nuevo.

Elena no sabía si Val tenía dolor físico. Tampoco si la salida de pista había sido un error, agotamiento o simplemente el destino haciendo de las suyas. Pero sabía una cosa: Val necesitaba que alguien la viera realmente.

La sesión no fue inmediata. Val necesitó un rato más en el box, en silencio, antes de decidir moverse. Sin una sola palabra, se levantó como si estuviera en una película épica, recogió el mono hasta la cintura y salió, dejando a Elena atrás, que la siguió sin preguntar, como un perro fiel.

Cuando llegaron a la sala de fisioterapia, Val se tumbó en la camilla y Elena se puso a trabajar. La camiseta negra pegada al cuerpo, sudor frío de un susto que no quería recordar.

Elena empezó con los hombros, sin prisa. Sabía exactamente cómo debía hacerlo. Pero ese día no era un masaje cualquiera. Era como un baile, un tango que no requería música.

Las manos de Elena bajaron lentamente, evitando zonas sensibles, pero sin tratarla como una muñeca de porcelana. Val no se quejó. No corrigió. No habló. Y ese silencio, por extraño que fuera, no pesaba como otras veces. Era… íntimo. Doloroso. Necesario.

Las manos de Elena recorrieron tensiones viejas y nudos nuevos. Sabía exactamente dónde pulsar para no romperla. Con cada toque, Val parecía dejar ir algo que no era dolor, sino una carga que llevaba sobre sus hombros.

No necesitaban hablar. Porque en ese momento, las únicas frases posibles estaban en las manos. Y Val, por fin, estaba escuchando.

Elena bajó la intensidad, no porque Val lo pidiera, sino porque lo sintió. El cuerpo de Val estaba exhausto, no solo por la salida de pista, sino por todo lo que había acumulado. La presión, el miedo, el silencio.

Val no decía "me duele". Pero cada fibra bajo sus dedos gritaba lo que la boca no podía expresar. Elena presionó sobre el trapecio izquierdo, justo donde se concentraba la tensión. Sintió el leve espasmo, como si el músculo estuviera teniendo una crisis existencial.

Pero no retrocedió. Se quedó ahí, presente. El silencio seguía, pero no era incómodo. Era necesario.

Val no era mujer de llorar, ni de desmoronarse. Pero ahí, en esa camilla, con la cabeza apoyada sobre sus propios brazos, estaba más desarmada que nunca. Y Elena lo supo. Por eso no buscó más. No preguntó. Solo le acarició la nuca una vez, al final. Un gesto suave, directo, sin intenciones ocultas.

Solo un: estás bien, aunque no lo creas.

Y cuando Val no respondió con palabras, pero no se apartó, Elena entendió. Ese pequeño consentimiento lo era todo. Más que cualquier confesión. Más que cualquier beso. Porque en esa quietud

temblorosa, Val estaba pidiendo lo que siempre había negado: quedarse.

Elena retiró las manos con suavidad. El masaje había terminado. Pero la sesión seguía ahí, sostenida en el aire, en los espacios sin palabras.

Val no se movió, no abrió los ojos, no dijo "gracias". Tampoco "vete". Y eso, viniendo de ella, era una rendición gloriosa.

Elena se acercó al lateral de la camilla y, con un movimiento casi imperceptible, le apartó un mechón de pelo que había caído sobre su frente. Con voz baja, firme, casi un susurro, dijo:

—Estás bien.

Val no respondió. Pero su garganta se movió, como si tragara algo más que saliva. Elena se quedó un segundo más. Solo uno. Y luego se alejó despacio, apagando la luz de la sala sin hacer ruido y dejando la puerta entreabierta.

Porque a veces, estar no significa quedarse al lado. Significa dejar un espacio abierto. Para que la otra pueda salir cuando esté lista.

Por primera vez, Val no se sintió sola. Solo cansada. Solo rota. Pero también… acompañada. Estaba tumbada. El cuerpo ya no dolía. No de esa manera. Pero había otra tensión, más honda, más difícil de clasificar. Una que no se soltaba con masajes. Era una que solo se aflojaba cuando alguien te miraba sin miedo.

"Estás bien", había dicho Elena. Como si al pronunciarlo lo volviera verdad. Como si confiar en esa frase fuera un acto de fe. Y Val… quería creerlo.

Aunque no lo sintiera del todo. Aunque su mente le dijera lo contrario. Porque había algo en la forma en que Elena lo había dicho. En la manera en que había sostenido el contacto, el silencio, el cuidado. Sin esperar nada. Sin exigencias. Sin explicaciones. Solo sigo aquí.

Val abrió los ojos. La sala estaba casi a oscuras. Solo entraba una línea de luz tenue desde el pasillo. La puerta seguía entreabierta. No era casual. Era una forma de decir: Puedes salir cuando quieras. No estás encerrada. No te estoy vigilando. Pero si vuelves a necesitarme… no tendré que abrirte. Ya está abierto.

Val respiró hondo. Por primera vez en horas, el aire no le dolió al entrar. No estaba bien. Pero no estaba sola. Y esa, para alguien como ella… era la mejor forma de estarlo.

Elena no volvió a su habitación. No enseguida. Se sentó en el pasillo, con el portátil sobre las rodillas y la espalda apoyada en la pared. No estaba trabajando. Solo necesitaba estar cerca. No por vigilar. Por estar disponible. Por si Val… necesitaba no estar sola sin tener que decirlo.

Sabía que había cruzado una línea. Que esa noche ya no era solo parte del equipo médico. Pero no se arrepentía. Porque no había fingido. Y Val tampoco. A su alrededor, el pasillo estaba en silencio. La mayoría del equipo dormía. Pero ella seguía ahí, quieta, atenta a nada y a todo.

Sabía que Val aún estaba despierta. Sabía que esa rendija de luz era ahora una cuerda tendida. Y que bastaba con un gesto para volver a entrar. O para que Val saliera. Pero no lo forzó. A veces, lo

más importante no es ir. Es quedarse cerca. Hasta que la otra esté lista.

Y Elena, sin darse cuenta, estaba lista para eso. Para quedarse. Para esperar. Para no huir. Aunque no supiera aún qué nombre tenía todo esto.

Val no se levantó. No hizo ningún gesto. No dijo "ven". Tampoco "vete". Pero supo que Elena seguía ahí. No podía verla desde la camilla, pero la sentía. Como una vibración en el aire. Como una certeza muda que, por alguna razón, le calmaba más que cualquier medicación.

Pensó en cerrar la puerta. Solo por costumbre. Por volver al control. Pero no lo hizo. Y ese simple gesto fue su mayor acto de confianza en mucho tiempo. Porque dejar la puerta abierta, aunque fuera un poco, significaba algo. Significaba: No me cierro. No del todo.

Estoy herida, pero no huyas. No sé cómo pedir ayuda, pero no quiero estar sola.

Val giró el rostro hacia la línea de luz. Estaba ahí, delgada, constante, cortando la oscuridad con una suavidad insoportable. Cerró los ojos. No estaba bien. Ni fuerte. Ni lista para lo que viniera después.

Pero esa noche, por primera vez, no se sentía a la intemperie. Porque alguien había visto el desastre. Y no se había ido. Ni había intentado arreglarla. Solo se había quedado. Y en ese gesto —silencioso, simple, absolutamente humano— Val encontró algo que no sabía que necesitaba.

Una pausa. Y, quizás, una promesa.

Capítulo 10

La carrera había sido un espectáculo. Una obra maestra de velocidad y estrategia. Val había cruzado la línea de meta como una auténtica reina del asfalto.

Bajó del monoplaza, pero en lugar de levantar los brazos como si hubiera ganado el Oscar, se hizo la dura. Ignoró los vítores, las cámaras y a todos esos mecánicos que la miraban con cara de "¿qué le pasa a esta?". No, no era el equipo. Era algo más profundo. Algo que hervía por dentro, como un café mal hecho.

—Mierda —murmuró mientras se quitaba el casco, dejando que su rabia fluyera como un mal vino.

Tenía un solo destino en mente: la sala de recuperación. Y un solo nombre en la lengua: Elena. La omnipresente, la que siempre estaba allí con su libreta, tomando notas como si fuera la profesora de una clase que nunca quería terminar.

Cuando abrió la puerta, se encontró con la mirada de Elena, que al instante supo que Val no era la misma de siempre. Había un aire de tormenta que hacía que el espacio se llenara de electricidad.

Val no se detuvo. Cerró la puerta con un golpe que resonó como un tambor de guerra.

—Cierra con llave —dijo, con una voz que prometía más que un simple "hola".

Elena no se molestó en preguntar. Sabía que lo que venía no era una consulta médica. Sin más, giró la llave y el sonido del clic resonó como un acorde de guitarra en un concierto de rock.

Val se sentó en la camilla, con el mono abierto hasta la cintura, luciendo más como una estrella de rock que como una piloto. Su top negro acentuaba cada respiración agitada, cada latido descontrolado.

Elena se acercó, como si cada paso fuera un pequeño acto de rebeldía. La tensión en el aire era palpable. Val levantó la vista, y sus ojos parecían gritar "hazlo", pero su boca solo dijo una palabra:

—Ven.

Elena se plantó frente a ella, y antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, Val la besó. Fue un choque de cuerpos y de emociones, un torrente de frustración y deseo. La primera vez fue un poco como chocar con un camión. Pero la segunda… ah, la segunda fue otra historia.

Las bocas se encontraron de nuevo, esta vez con más hambre, como si fueran dos gladiadoras en un coliseo de pasión. Las manos de Val buscaban la camiseta de Elena, como si intentara arrancársela.

Las dos se dejaron llevar, cada roce era una súplica, cada empuje una respuesta. No había espacio para el pudor, solo un deseo que desbordaba.

Val mordió el cuello de Elena, y esta no pudo evitar el jadeo que escapó de sus labios. Un movimiento aquí, un roce allá, y pronto

estaban enredadas, casi como dos bailarinas en un tango salvaje.

Las cosas se pusieron serias. La camilla crujió bajo su peso, pero era el tipo de crujido que decía "más, por favor". Elena estaba a horcajadas sobre Val, con la camiseta subida y un brillo en los ojos que decía que esto era más que un simple encuentro físico.

Val la sostenía, como si estuviera anclándose a la única cosa que tenía sentido en ese caos. Y cuando al fin se encontraron en un clímax de susurros y gemidos, no era solo un acto físico. Era una explosión de todo lo que habían estado reprimiendo.

Después, el silencio se asentó entre ellas. Val estaba tumbada, con un brazo cubriéndose los ojos como si el mundo le pesara. Elena, aún de pie, se vestía con calma, como si no acabaran de romper las reglas del universo.

Val rompió el silencio, con una frase que sonó más a una condena que a una promesa:

—Esto no vuelve a pasar.

Y se marchó. El clic de la puerta cerrándose fue como un disparo en la oscuridad.

Elena se quedó allí, sola y un poco aturdida, con las manos aún calientes y el corazón latiendo como un tambor de guerra.

—¿En serio? —murmuró para sí misma. —¿Así es como termina esto?

Se quedó mirando el desorden a su alrededor: una toalla caída, una botella de agua derrapada, su propia camiseta arrugada. Todo seguía allí, menos Val.

Elena recogió su ropa, se puso la camiseta y se sentó en la silla más cercana, respirando hondo. Necesitaba ese momento de

soledad. Porque sabía que la verdadera batalla no había sido en la pista, sino en la sala de recuperación.

Apagó la luz, salió al pasillo y, al cerrar la puerta, supo que lo que había empezado no tenía marcha atrás. Solo caída libre. Con el cuerpo aún temblando y el corazón dispuesto a seguir.

Capítulo 11

La mañana llegó como un café frío. Elena se despertó temprano, no porque fuera una persona matutina, sino porque su cuerpo decidió que ya había tenido suficiente de la almohada. Se duchó con agua fría, como si eso pudiera borrar la imagen de Val de su mente. Se vistió sin pensarlo demasiado, intentando que el mantra "actúa normal" no sonara como una broma de mal gusto.

La cuestión era que su cuerpo no estaba en la misma página.

Todavía llevaba el aroma de Val en su piel. Ese sudor, esa piel, esos labios…

Entró a la sala de recuperación con la única intención de cumplir con su trabajo. "Nada de drama", se dijo. Pero, ¡oh sorpresa! Allí estaba Val.

De pie junto al coche, hablando con dos ingenieros, y luciendo una sonrisa que era más arte que sinceridad.

Y claro, Val no la miró. Ni una sola vez. Como si Elena no fuera más que un mueble en la habitación.

Elena tragó saliva con la misma elegancia que un pez fuera del agua. No dijo nada. Siguió su camino, pero el estómago se le encogió con la misma fuerza que la última vez que se subió a un coche de carreras.

“Esto no vuelve a pasar”, se había dicho, pero el juego estaba lejos de terminar. Esa mañana, por primera vez desde que se conocieron, Val parecía estar ganando.

Mientras se sentaba en el comedor del paddock, su móvil vibró. Miró la pantalla con un interés que no era más que un acto de supervivencia.

Un mensaje de Carla, una antigua compañera del equipo anterior. “¿Qué ha pasado ahí?”

Elena frunció el ceño y abrió la imagen adjunta. Era una foto borrosa, pero ahí estaban: ella y Val, entrando juntas en la sala de recuperación la noche anterior. Sin contacto, sin caricias, pero suficiente para que el internet se volviera loco.

“¿Solo fisioterapia?” “La campeona más fría de la F1… ¿con un secreto?” “La nueva fisio, demasiado cerca de Val León.”

Elena sintió que el aire se le helaba en los pulmones. No por la foto, sino por lo que podría desatar.

Buscó a Val con la mirada y cuando la encontró, estaba claro que tampoco había sido un buen día para ella. En la esquina del box, con el teléfono en mano, mandíbula tensa y ojos que podrían lanzar rayos.

Y cuando sus miradas se cruzaron, en lugar de un gesto de complicidad, Val le dio la espalda. Genial. Perfecto.

Elena no pensó, simplemente actuó. Se lanzó al box, esquivando cables y mecánicos como si estuviera en una especie de videojuego de acción. Todo se sentía distante, como si hubiera entrado en una cápsula de aislamiento.

“Val,” dijo Elena, acercándose más de lo que cualquier profesional debería.

Val se giró, y su expresión era de piedra. Como si estuviera en un concurso de quién puede mirar más serio.

“No aquí,” murmuró Val, antes de marcharse a la sala técnica.

Elena la siguió. Privacidad, frialdad y un montón de tensión en el aire.

“¿Has visto lo de la foto?” preguntó Elena, sin rodeos.

Val se cruzó de brazos. “Sí, lo he visto.”

“¿Y?”

“¿Y qué?” La frialdad en su tono era digna de una película de terror. “No pasa nada. Solo una foto. Borrosa. Sin contexto.”

“Pero está circulando. La gente está hablando. Ya sabes cómo funciona esto.”

Finalmente, Val la miró, y lo que había en sus ojos no era miedo, era rabia. Y un poco de vergüenza.

“No me mezcles con esto.”

Esa frase fue como un balde de agua fría en medio de un incendio. Elena retrocedió un paso, como si esas cinco palabras le hubieran dado una patada en el estómago.

“¿Perdona?”

“Lo que pasó no tiene que ver con nada más. No fue… esto. No fue nosotras. Fue lo que fue.”

Elena no pudo contestar. Solo asintió, con la sensación de que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Salió de allí. Porque si se quedaba un segundo más, iba a hacer algo de lo que se arrepentiría.

Caminó hasta el baño más cercano, ignorando los saludos y las sonrisas. Se encerró en un cubículo, con el cuerpo rígido y la mandíbula apretada.

No lloró. No, no aún.

Repasó cada palabra, cada tono. "No me mezcles con esto." Como si ella fuera un error que Val quisiera borrar.

Se llevó las manos al rostro, y entonces, sí, lloró. No con escándalo. Solo lágrimas silenciosas, como si cada gota fuera un recordatorio de que Val había cerrado la puerta antes de que la conversación siquiera comenzara.

Esa tarde, el box era un desierto helado. No por falta de movimiento, sino por la ausencia de algo que solía calentar el ambiente: las miradas de Val y Elena.

Val pasaba junto a Elena como si fuera una sombra. Ni un gesto, ni un roce. Y Elena lo soportaba con la cabeza alta, haciendo su trabajo y sonriendo. Pero por dentro, era un caos. Cada paso cerca de Val le robaba un poco más de dignidad.

Los mecánicos lo notaban. Las ingenieras lo intuían. Incluso los periodistas empezaban a olfatear el cambio en la dinámica. Pero nadie decía nada. En la Fórmula 1, igual que en el amor, hay reglas no escritas.

A última hora del día, la sala de recuperación estaba más vacía que nunca. Elena había dejado instrucciones para que los pilotos fueran en horarios escalonados. Evitar encuentros incómodos. Val no se presentó. No pidió sesión. Y aunque Elena intentó convencerse de que eso era lo mejor, no lo era.

Cada minuto sin esa presencia tensa y eléctrica era peor. Colocó las toallas, revisó las bandejas. Todo mecánico, todo limpio, todo perfecto. Pero el eco de lo que había pasado en esa camilla no se borraba.

Se sentó un momento, mirando la camilla como si pudiera hablarle. Quería odiarla. Por haberla apartado. Por haber hecho como si ella fuera solo un accidente. Pero no podía. Porque, aunque lo intentara, aún esperaba que Val entrara y dijera cualquier cosa.

Esa noche, Elena no cenó. La ensalada que alguien le dejó sobre la mesa se quedó intacta. Se dio una ducha rápida, sin mirarse en el espejo. Luego, se tiró en la cama con el móvil en la mano, esperando una señal.

Nada. Ni un mensaje. Solo notificaciones de aquella imagen que se negaba a desaparecer.

Se dio la vuelta en la cama. Cerró los ojos y se prometió que al día siguiente se centraría solo en su trabajo. Sin buscarla. Sin esperarla. Pero, por dentro, sabía que eso era tan real como un unicornio en el paddock.

En otra habitación del hotel, Val tampoco dormía. Sentada al borde de la cama con el móvil en las manos, la misma foto abierta desde hacía casi una hora. Ella abriendo la puerta, Elena entrando detrás. Una decisión. Y lo que más le jodía… era que había sido ella quien la tomó.

No volvió a abrir la conversación de WhatsApp. Solo se quedó ahí, mirando la pantalla, como si pudiera revertir lo que había pasado. Pero no se puede volver atrás. Lo que duele de verdad no se arregla con silencio. Y lo de anoche había dolido.

Por dentro. Donde no hay casco que proteja.

Capítulo 12

El paddock olía a caucho quemado, estrés contenido y café recalentado. En resumen, el aroma perfecto para un día de locura.

La tormenta no era por la lluvia, sino por la atmósfera cargada que se podía cortar con un cuchillo. Y no, no era algo nuevo, pero esta vez había un extra: una rabia que hacía que hasta los mecánicos temieran acercarse.

"¿El briefing con la prensa? No, gracias. ¿Alguien quiere ser mi próximo enemigo?"

Nadie se atrevía a decirle que no. Excepto Elena, que como siempre, llegó a la sala de fisioterapia con la puntualidad de un reloj suizo y una carpeta que parecía más pesada que su paciencia.

El pelo recogido, los ojos como dagas y las emociones bien enterradas, como si estuvieran de vacaciones en un lugar remoto.

Val estaba ahí, mirando el suelo con la intensidad de una niña que espera que su madre le devuelva su juguete favorito.

—Ven a la sala—dijo Elena, con la voz que no admitía discusión.

Val no se movió.

—Hoy no.

—Ven a la sala, Val.

Val se levantó y la siguió a la sala.

El silencio se instaló como un invitado no deseado. Tenso. Denso. Como un abrigo de piel en pleno agosto.

Las veces anteriores había rabia. Deseo. Juego. Pero hoy… hoy había un orgullo herido y un miedo que podía hacer temblar hasta el más valiente de los guerreros.

Val levantó la mirada. Cuando habló, no fue suave ni profesional. Para nada.

—No puedo fiarme de alguien que mezcla lo personal con lo profesional.

Elena tragó saliva. Se quedó ahí, de pie, como si estuviera sosteniendo un bombón en una fiesta de dietas.

—Yo no mezclé nada. Fuiste tú quien cerró la puerta.

Y ahí lo tenía: un puñetazo directo al corazón de Val. Porque, por supuesto, tenía razón. Las verdades dichas en voz baja son las que más duelen.

Elena seguía ahí, como un soldado con la mirada fija, brazos cruzados y respiración controlada. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Val apretó la mandíbula.

—No empieces, Elena.

—¿Yo? —respondió, con una sonrisa que no era más que un disfraz de alegría—. ¿Tú me hablas de mezclar cosas?

—Esto no es parte del trabajo.

—Tú me pediste que cerrara la puerta, ¿recuerdas?

Silencio. Val miró hacia la camilla. Luego, a las manos de Elena. Y finalmente, a sus ojos. En ese cruce de miradas había deseo, culpa,

miedo y un orgullo que estaba más roto que un jarrón en una pelea de gatos.

—No puedo con esto —susurró Val, casi como si le hablara a su reflejo.

—Pues acostúmbrate —dijo Elena, dando un paso atrás—. Porque yo tampoco.

Y así, cada una tomó su camino. Val se fue al fondo del box, mientras que Elena se deslizaba por el pasillo, ambas con la espalda tan recta que podrían haber sido dos espadas.

Nadie gritó. Nadie lloró. Pero era, sin duda, el duelo más doloroso que habían tenido.

El resto del día se convirtió en un espectáculo de esquivar miradas. Val repasó datos, dio entrevistas y ajustó configuraciones. Todo con una eficiencia que podría haber hecho que los robots se sintieran celosos. Cero sonrisas. Cero bromas. Cero "hola, ¿qué tal?" hacia el rincón donde sabía que Elena estaba.

Elena, por su parte, se dedicó a atender a los demás. Dos pilotos, reorganización de turnos, limpieza de material que ni siquiera estaba sucio. Todo para no pensar. Todo para no mirar hacia la puerta cada vez que escuchaba pasos.

El equipo lo notaba. Nadie se atrevía a comentar nada. La tensión era tan palpable que hasta el café parecía temer.

Cuando Val entraba en el box, Elena ya se había ido. Cuando Elena volvía, Val estaba ocupada con alguien más.

Ambas esquivándose como si fueran dos imanes con polaridad contraria. Y lo peor de todo: no funcionaba. Porque el cuerpo recuerda. Porque el deseo no desaparece con un enfado. Y porque lo

que había entre ellas —la conexión, la herida, el incendio— seguía ahí, vibrando como un teléfono que nunca dejaba de sonar.

A última hora de la tarde, Val cruzó el pasillo y la vio. Una mirada fugaz. Un segundo.

Elena levantó la vista y fue como si se hubiera encendido un rayo en medio de la tormenta. Breve. Eléctrico. Doloroso. Y luego… nada. Val siguió caminando y Elena se quedó ahí, como si el mundo se hubiera detenido.

La revisión previa a la carrera era un trámite. O al menos, solía serlo. Pero Val se sentó en la camilla, más tensa que un gato en una convención de perros.

Elena entró, guantes puestos, mirada neutra.

—Quítate la parte superior del mono —dijo, sin mirar.

Val no respondió. Elena decidió no repetir la orden. Se quedó ahí, en ese juego de "quién se rinde primero".

Val cruzó los brazos, los labios apretados, como si estuviera en una competencia de "quién puede parecer más enfadado".

—No hace falta hoy. Estoy bien.

—No te he preguntado eso —replicó Elena, con una calma que desafiaba la gravedad.

Val bajó la mirada, respiró hondo y fue entonces cuando soltó la bomba.

—No puedo trabajar contigo así —escupió—. No si no sé dónde empieza tu trabajo y dónde empiezas tú.

Elena dio un paso atrás, como si la frase tuviera filo. Y vaya que lo tenía.

—¿Y yo qué soy, Val? ¿Una amenaza para tu imagen? ¿Un error que no puedes digerir?

Silencio. El mismo silencio que había estado allí desde el comienzo.

—No te preocupes —añadió Elena—. Yo sí sé dónde empieza mi trabajo.

Y se giró para irse, pero entonces se detuvo.

—Y por cierto… tú también lo sabías. Hasta que te asustaste.

Elena salió de la sala con pasos firmes, tratando de demostrar que no le dolía. Pero por dentro, estaba hecha un lío.

Porque discutir con Val no era como discutir con nadie más. Con Val, todo dolía más. Hasta el orgullo.

Se refugió en la sala técnica, reorganizando instrumental que no necesitaba tocar y revisando correos que no recordaba haber abierto. Mientras tanto, las palabras seguían repitiéndose en su cabeza.

"No puedo trabajar contigo así." "No sé dónde empieza tu trabajo y dónde empiezas tú."

Como si fuera culpa suya. Como si haberla querido tocar fuera un crimen.

En el box, Val estaba sentada en su rincón. Sin casco. Sin monosílabos. Solo ella. La misma de siempre… pero un poco más rota.

Miraba al frente como si la pista fuera irrelevante. Como si todo lo importante estuviera ocurriendo justo al otro lado de una puerta que no sabía si podía abrir.

El equipo seguía en marcha, pero entre ellas… nada. Solo una distancia tan precisa como cruel.

La noche cayó sin alivio. Elena estaba tumbada en la cama, con el brazo sobre los ojos y el estómago revuelto. No por hambre. Por impotencia.

En una habitación cercana, Val tampoco dormía. Se había duchado sin ganas y ahora estaba sentada al borde de la cama, con una camiseta vieja del equipo y las manos entrelazadas. La frase de Elena seguía vibrando en su cabeza. Fría. Verdadera. Merecida.

No sabía cómo arreglarlo. No sabía si podía. Solo sabía que no quería que esto terminara en ese punto.

A las tres de la madrugada, Val seguía despierta, mirando al techo. No pensaba en cosas técnicas. Solo en Elena. Su voz. Su mirada. Esa maldita frase.

A las cuatro y veinte de la mañana, Elena se levantó de la cama. Sin encender la luz, fue a la mesa y tomó una botella de agua.

No sabía qué esperaba. Un mensaje. Una disculpa. Un "¿estás bien?" aunque fuera mentira.

Nada llegó. Y aun así, no podía odiarla.

Mientras tanto, Val abría la galería de su móvil. De nuevo. Y ahí estaba la misma foto. La borrosa. La que lo había cambiado todo.

No era la imagen lo que le dolía. Era el instante. La decisión. El después.

Se tumbó boca arriba. Miró al techo, como si pudiera encontrar la respuesta en la oscuridad. Y por primera vez en semanas, se permitió pensar algo sin huir de ello:

No quiero perderla.

No lo dijo. No lo escribió. Pero lo sintió. A veces, el primer paso hacia arreglar algo es dejar de negarlo.

Y a veces, solo a veces, la verdad duele un poco… pero también libera.

Capítulo 13

Lo primero que Val notó al llegar al box esa mañana fue que las miradas ya no eran solo profesionales. Oh, no. Eran miradas con un toque de "¿qué demonios está pasando aquí?" y un chorro de "me muero de curiosidad". Como si todos tuvieran un buffet de chismes y ella fuera el plato principal.

No eran miradas acusadoras, tampoco descaradas, pero había un brillo en sus ojos que decía más que cualquier titular sensacionalista. La foto, que supuestamente no decía nada, había dicho TODO. Y ahora lo que faltaba era un banner luminoso que dijera "¡Atención, drama en el paddock!"

Llevaban varios días desde que esa imagen se había publicado y, aunque no había una declaración oficial ni un escándalo a la vista, el ambiente era más tenso que un chiste malo en una cena familiar. Val lo notaba en las preguntas de los periodistas, en las sonrisas forzadas de sus compañeros y en los correos que parecían escritos por un robot diplomático que había olvidado cómo ser humano.

Y esa mañana, la gota que colmó el vaso fue cuando la llamaron a una sala de reuniones improvisada, donde la sonrisa de la jefa de comunicación era tan falsa que podría haber competido con una máscara de Halloween. Ellos hablaban del futuro, de la imagen

pública, de cómo sus decisiones podían repercutir más allá de las pistas. Todo con un ritmo de "por favor, no nos hagas pasar vergüenza".

Le pidieron, con todo el tacto del mundo, que considerara hacer una declaración sobre su "vida personal". ¿En serio? ¿Desde cuándo su vida personal era un tema de conversación?

—No tengo que justificarme por nada —dijo, con la misma calma que alguien que acaba de recibir un mensaje de texto de su ex.

La jefa de comunicación asintió con una media sonrisa, como si hubiera logrado exactamente lo que quería.

Elena, por su parte, no necesitaba una reunión para darse cuenta de que todo había cambiado. Lo notó en los murmullos, en las miradas furtivas que la seguían a su paso y en las conversaciones que se cortaban en seco cuando entraba al paddock. Era como si hubiera entrado en un club donde todos conocían el chisme, menos ella.

No tardó en recibir la advertencia. No fue una amenaza. Fue un "te lo digo por tu bien". Una de las responsables del área médica, con quien Elena tenía una relación cordial pero superficial, se le acercó al final del día, justo cuando estaba guardando el material.

—Off the record —dijo, como si eso hiciera que sonara menos amenazante—. Ten cuidado con lo que haces. Ya sabes cómo es esto.

Elena no respondió. Solo sostuvo la mirada un segundo más de lo conveniente, antes de asentir y seguir con su vida. No tenía tiempo para juegos de palabras llenos de hipocresía.

Sin embargo, el golpe había sido certero. Porque se sentía más expuesta que un pez en una pecera. Sin Val. Sin explicaciones. Sin un simple "¿Estás bien?". ¿Y lo peor? Val parecía no darse cuenta de que su silencio la dejaba librando una batalla sola.

Elena empezó a evitarla. No por falta de ganas, sino por pura necesidad. Y Val… se lo permitió, como si ignorarla fuera menos doloroso que intentar acercarse de nuevo. Como si todo lo que habían sido pudiera ser archivado en una carpeta de "no importa".

Las carreras seguían, como siempre, en un ritmo frenético que hacía que cada fin de semana pareciera un episodio de una serie de acción. Pero esta vez, ni la velocidad le ofrecía a Val el consuelo que solía encontrar detrás del volante.

Durante los entrenamientos libres, cometía errores que harían que su instructor se tirara de los pelos. Trazaba curvas demasiado abiertas, frenaba medio segundo más tarde de lo necesario y salía de boxes como si hubiera olvidado cómo conducir. En clasificación, una mala decisión le costó tiempo valioso. Señaló al coche. Luego al clima. Cualquier excusa que no apuntara al verdadero problema: que tenía la cabeza en otra parte, y esa parte se llamaba Elena.

Porque, por mucho que la evitara, por mucho que intentara fingir que la distancia entre ellas era una elección y no una derrota, Elena estaba en cada rincón del circuito, como si su ausencia pesara más que cualquier presencia.

Elena, mientras tanto, hacía exactamente lo mismo. Fingía. Mantenía la compostura. Se aferraba a la rutina como si fuera un salvavidas.

No hablaban. No se miraban. No existían.

Y, sin embargo, la tensión era tan evidente que empezaba a afectar a todos a su alrededor. Compañeros más tensos de lo normal. Jefes que medían cada palabra. Un equipo que no se atrevía a preguntar nada, pero que notaba que algo —algo importante— se había roto.

Y lo peor de todo era que ninguna de las dos hacía nada para arreglarlo. Porque arreglarlo significaba hablar. Y hablar… significaba abrir la herida. Otra vez.

El detonante no llegó con un grito ni un gesto fuera de lugar, sino con un comentario estúpido, uno de esos que parecen inofensivos hasta que alguien los dice en voz alta, sin filtro, creyendo que nadie está escuchando.

Val estaba en el box, sentada junto al muro, revisando los datos de vuelta con uno de los técnicos. Todo aparentemente normal, hasta que dos miembros del equipo —jóvenes y con esa actitud de "soy el rey del mundo"— empezaron a comentar, en voz baja pero no lo suficiente, lo bien que le quedaban a Elena sus camisetas ajustadas y lo que darían por tenerla "cinco minutos a solas".

Val se levantó sin pensarlo. Se plantó frente a ellos, con la cara completamente seria y los ojos que parecían lanzar rayos.

—¿Te parece gracioso hablar así de una compañera de equipo? —dijo, sin subir el tono, pero con una frialdad que podría haber congelado el clima tropical de la pista.

El primero intentó justificarse con una risa nerviosa. El segundo se encogió de hombros. Pero Val no se movió. Solo repitió:

—La próxima vez que abráis la boca para decir algo de ella, más os vale que sea con respeto.

Y se fue. No porque hubiera terminado, sino porque sabía que, si se quedaba, iba a romper algo. Y no quería que fuera la cara de nadie.

Elena se enteró antes de que nadie le dijera nada. En el paddock las noticias vuelan más rápido que un coche de F1, y bastó una mirada incómoda para que entendiera que algo había pasado. Algo que, como casi todo últimamente, tenía que ver con ella.

No tardó en confirmar los detalles. Dos técnicos, un comentario fuera de lugar, Val interrumpiendo la conversación, y una amenaza más contenida que real… pero con el efecto justo para que todo el mundo lo supiera antes de que llegara la hora de comer.

Y lo peor no fue la escena. Fue el gesto. Que Val creyera que podía salir al rescate como si Elena necesitara protección. Como si fuera una cría a la que había que defender.

Así que cuando la vio —en el pasillo trasero, justo cuando salía de una reunión—, no esperó a respirar hondo ni a elegir bien las palabras.

—No necesito que me defiendas —soltó, seca, sin rodeos.

Val se detuvo. No respondió al instante. La miró. Y después, con un tono más bajo, más cargado que cualquier grito, respondió:

—Pues yo necesitaba hacerlo.

No hubo réplica. Solo una pausa. Una de esas pausas donde todo podría cambiar… pero no cambia. Porque ninguna de las dos sabe todavía cómo bajar la guardia sin desangrarse.

Elena no dijo nada más. Ni un reproche, ni una frase punzante, ni siquiera una mirada de las que cortan. Solo se quedó quieta un

segundo más, como si no supiera si avanzar o darse la vuelta. Y finalmente se fue. Sin girarse, sin mirar atrás.

Val la observó alejarse con una sensación que no terminaba de encajar. No era culpa. No era rabia. Era algo más complicado de nombrar. Algo parecido a… impotencia.

Porque había querido hacer lo correcto, había sentido que no podía quedarse callada mientras dos imbéciles reducían a Elena a un comentario de vestuario. Y, sin embargo, ahí estaba el resultado: otro muro más entre ellas, otra conversación que no llegaba a ninguna parte.

Volvió al box sin decir una palabra. Nadie se atrevió a preguntarle nada. Todo el mundo lo había visto, lo había oído o lo había intuido. Y eso era lo peor de todo: que su relación con Elena, que nunca había sido pública ni oficial, ya se había convertido en un tema de conversación.

Eran un tema. Un conflicto. Un secreto a voces.

Y eso dolía más que cualquier derrota en pista.

Elena, por su parte, pasó el resto del día encerrada en su propio control. Se limitó a trabajar. A mantenerse ocupada. A no mirar el móvil. Pero por dentro, la frase seguía ahí.

Yo necesitaba hacerlo.

Y no sabía qué era peor: que Val lo hubiera dicho en serio… o que lo hubiera dicho sabiendo que ella no iba a saber qué hacer con eso.

Elena cerró la camilla y apagó la luz de la sala de recuperación con más fuerza de la necesaria, como si bajar un interruptor pudiera cortar también la corriente que todavía le recorría el pecho desde

aquella frase. Esa frase. Tan simple. Tan jodidamente directa. Yo necesitaba hacerlo.

No sabía si la enfadaba, la conmovía o la desgastaba. Quizá las tres cosas a la vez.

Se había pasado el día convenciéndose de que lo mejor era mantenerse al margen, guardar las distancias y dejar que el tiempo hiciera su trabajo. Pero lo cierto era que el tiempo, hasta ahora, solo había servido para separar, para enfriar, para añadir capas de incomodidad a una historia que ni siquiera sabían si había empezado.

Y en medio de todo eso, Val. Siempre Val. Cortante, orgullosa, cerrada. Pero también valiente, aunque solo a ratos. Como cuando se plantó delante de dos compañeros que la triplicaban en inconsciencia y dijo lo que ninguno había tenido las agallas de decir.

Elena no necesitaba que la defendieran. Lo sabía. Se bastaba sola.

Pero que Val lo hiciera, sin pedir permiso, sin explicarse, sin esperar agradecimiento, le había movido algo que no quería mirar demasiado de cerca.

Porque no era una disculpa. No era un paso adelante. Pero tampoco era nada.

Y entre todo lo que se rompía, ese "no nada" seguía latiendo con fuerza.

Esa noche, ninguna de las dos intentó dormir temprano. Val se quedó sola en su habitación con los auriculares puestos, la televisión encendida sin sonido y el teléfono boca abajo sobre la mesita, como si eso fuera a evitar que lo mirara cada cinco minutos.

No escribió. No llamó. No buscó excusas.

Pero no podía dejar de pensar en ella. En Elena. En la forma en que lo había dicho, con esa mezcla de rabia y decepción que dolía más que cualquier reproche: No necesito que me defiendas.

Y tenía razón. Claro que tenía razón. Pero eso no lo hacía más fácil.

Había cosas que no sabía cómo explicar. Cómo decirle que no lo había hecho para quedar bien. Que no era un gesto heroico, ni un intento de redención. Que simplemente no podía quedarse callada mientras alguien la convertía en un objeto. Que le había salido del cuerpo, como cuando frena en el último segundo sin pensarlo, como cuando arriesga en una curva cerrada sabiendo que podría estrellarse.

Porque eso era Elena para ella ahora. Una decisión sin margen. Un riesgo sin plan B. Un salto sin red.

Elena, en su habitación, leía sin leer. Pasaba páginas de un libro que no recordaría después. Y pensaba en lo mismo.

En lo fácil que sería odiarla, si no la sintiera tanto. En lo cómodo que sería alejarse, si no doliera tanto estar lejos. En lo estúpido que era seguir recordando el roce de sus dedos en la espalda, cuando lo único que tenían ahora era distancia.

Yo necesitaba hacerlo.

La frase volvía una y otra vez. Y ambas sabían que había cosas que no se podían deshacer. Ni borrar. Ni fingir.

Y esta, precisamente, era una de ellas.

Capítulo 14

A veces, el silencio no tiene tanto de dramático como de tortura lenta. Es como un mal chiste que se cuenta una y otra vez hasta que ya no sabe si reírse o llorar. Y eso es exactamente lo que estaba pasando entre Val y Elena. Una vez fue electricidad, y ahora era más bien como un ventilador que funciona con una bombilla fundida: sopla aire, pero no hay nada que ilumine.

Cada sesión era como caminar por un campo minado. Las manos de Elena se movían por la espalda de Val con una precisión que haría sonrojar a un cirujano, pero ahora había un nuevo giro en la trama: no se quedaban un segundo más del necesario. No había roce, ni titubeos, ni esa tensión que antes hacía que el aire se cortara. Era solo trabajo, y Val se decía que estaba bien. Que era lo profesional. Pero, en realidad, se sentía como una bomba a punto de estallar, con el temporizador marcando un tiempo que nunca parecía llegar a cero.

Val trató de convencerse de que todo estaba bajo control. El silencio era solo una forma de ser profesional. Pero en el fondo, sabía que se estaba engañando a sí misma. Cada vez que Elena la tocaba, incluso con guantes, Val recordaba cómo le había temblado

el cuerpo la primera vez que las cosas se pusieron… digamos, un poco más emocionantes.

La sesión terminó como las últimas cinco: tensa, milimétrica, un juego de ajedrez donde ambas eran las reinas y nadie quería perder. Elena hablaba lo justo, anotaba lo necesario y corregía posturas como si Val fuera un mueble a reubicar. Val, en cambio, no decía nada. Se dejaba hacer. Pero su silencio no era profesional. Era defensivo; el tipo de silencio que construye muros en lugar de puentes.

Cuando terminó, Val saltó de la camilla como si hubiera visto una araña. Elena le ofreció una botella de agua, como siempre. Val la aceptó con un gesto breve, casi automático. Y ahí debería haber terminado todo. Una sesión más. Un roce menos. Una distancia mantenida con éxito.

Pero cuando Elena pasó junto a ella en el pasillo, Val dejó de jugar a ser profesional.

—No me gusta en lo que nos hemos convertido —dijo, y el tono de su voz sonó más como un desafío que como una súplica.

Elena se detuvo, cerrando los ojos como si hubiera sido golpeada por una revelación. Porque, claro, Val tenía un talento especial para hacer que las palabras sonaran como si fueran balas.

—A mí tampoco, Val. Pero es lo que tú has querido—respondió, y su voz tembló como un gelatina en un terremoto.

Y se fue. Sin más explicaciones. Sin dramatismo. Solo una verdad que pesaba más que mil palabras. Val se quedó quieta en el pasillo, como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo y moverse

significara aceptar que Elena ya no estaba frente a ella. O peor, que nunca había estado realmente ahí.

Pero es lo que tú has querido. Las palabras flotaban en su cabeza, escritas con neón en un cartel que no podía ignorar. No había gritos, ni reproches, solo esa verdad tan honesta que le dolía como un golpe de realidad.

Porque entendía perfectamente por qué Elena estaba dolida. Porque ella misma tampoco podía seguir así. El autocontrol, el profesionalismo, esa distancia elegante que ambas se esforzaban por mantener, ya no era una solución. Era una tortura, y Val se dio cuenta de que tanto silencio no era más que un ruido ensordecedor.

Volvió a la sala sin decir nada. Cerró la puerta y se apoyó en la pared. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué hacer con todo lo que sentía. Y eso la asustaba un poco.

Horas más tarde, cuando el paddock dormía con la calma artificial de los hoteles de paso, Val encendió su coche y salió sin rumbo. Conducía como si el volante fuera un terapeuta, y el asfalto, un confidente. Pero el ruido del motor no podía ahogar el eco de la voz de Elena. Las palabras de Elena resonaban en su cabeza como un mantra.

Mientras tanto, en su habitación, Elena permanecía sentada frente a la pantalla de su portátil, como un gato esperando que el ratón se asomara. La carta de salida estaba a medio escribir, y la frase “por motivos personales” parecía un chiste de mal gusto. Se sentía atrapada entre la certeza de que había algo real entre ellas y la idea de que podría ser más fácil salir corriendo.

Decidió que debía hacer algo. Cualquier cosa. Pero nada salió. Así que se sentó a comer algo, sola y con un café que sabía a despedida. Nadie la molestó. Nadie la miró. Pero ella seguía sintiendo el peso de una mirada que no estaba ahí. La de Val.

Por su parte, Val regresó al paddock y subió a su habitación sin que nadie la viera. Se duchó, tratando de limpiar la noche de pensamientos oscuros, pero el cansancio que sentía no era físico. Era esa fatiga que viene de ocultar lo que realmente duele. No habló con nadie, pero en el fondo, estaba esperando algo: un gesto, una señal, un motivo para cruzar ese puente roto.

Pero nada llegó.

Y esa mañana, por primera vez, ambas comenzaron a aceptar que si seguían sosteniendo esta distancia con tanto empeño, al final no quedaría nada a lo que volver. Que no se puede mirar así a alguien y pretender que no pase nada. Que una frase no arregla nada, pero a veces lo cambia todo.

Así que, si no se atrevían a hacer algo, a decir algo, lo único que iba a pasar era lo inevitable: irse. Separarse. Y arrepentirse.

Cuando ya fuese tarde.

Capítulo 15

¡Y ahí estaba! Val había ganado de nuevo. Como si tuviera una especie de acuerdo con la victoria, donde ella siempre salía con el trofeo y la gloria, mientras que el resto de la humanidad se quedaba en el backstage aplaudiendo como si fueran marionetas. La bandera a cuadros ondeaba con la elegancia de una diva en su mejor momento, y Val, desde su impresionante cockpit, levantó un puño en alto, más por inercia que por emoción. Vamos, que ya ni le daba sabor a la victoria.

Subió al podio con paso firme, como si llevara en su interior un huracán de emociones que había decidido ignorar. El oro brillaba, el himno sonaba y el champán le caía en la cara como si fuera una ducha fría sin previo aviso. Todo el mundo celebraba, menos ella. Porque, claro, la única persona que realmente quería ver no estaba.

Su mente, que normalmente parecía un motor bien engrasado, estaba ahora más descompuesta que un coche de carrera después de un choque. "¿Y Elena?" había soltado en un comentario casual a uno de los fisios, como si realmente le importara lo que hiciera su equipo de trabajo. La respuesta fue tan emocionante como un papel en blanco: había pedido el día libre.

El silencio de Elena resonaba más fuerte que el estruendo de la multitud. Era como un eco que le hacía sentir que la victoria era tan real como un unicornio en un desfile de moda. Y ahí estaba, en medio del podio, con su medalla de oro y un vacío que hacía que el aire a su alrededor se volviera denso.

En la sala de prensa, mientras los periodistas le lanzaban preguntas como si fueran pelotas de tenis, Val respondió con frases vacías y sonrisas de cartón. "Sí, todo es genial, gracias." No podía dejar de pensar en el vacío que había dejado Elena, como un agujero negro en su corazón, devorando todas las emociones.

Y cuando finalmente se refugió en el vestuario, se vio en el espejo, empapada de sudor y gloria ajena. Miró su reflejo y pensó que se veía como una versión fallida de ella misma. Encendió la televisión por inercia, y allí estaba, su versión de años atrás, hablando de control y estrategia.

"¡El secreto está en el control!" se escuchaba en la pantalla. Val se preguntó cuándo había empezado a confundir el control con la soledad. Porque Elena no había sido un obstáculo, ni una distracción. Había sido la chispa que encendía su motor, y ella había decidido apagarlo.

Esa noche, mientras el eco de sus propias palabras resonaba en su mente, Val se dio cuenta de que había ganado todo, menos lo que realmente importaba. Y esa sensación de vacío era como una mala broma que se negaba a desaparecer.

A la mañana siguiente, cuando el reloj marcó la hora en la que debería haber estado en el circuito, Val decidió que no podía. Así que, en lugar de eso, escribió a Elena, se puso unos vaqueros y una

camiseta blanca, se calzó unas enormes gafas de sol y salió de su habitación como si fuera una estrella de rock en busca de un nuevo escenario.

Condujo lejos del circuito, lejos del ruido, de las cámaras y del protocolo. No necesitaba la adrenalina de la velocidad, al menos no esta vez. El coche que manejaba no era un Ferrari, sino un vulgar auto de calle, y eso le bastaba. Porque por primera vez en su vida no iba a correr para ganar, sino para buscar. A alguien. A algo. Aunque aún no sabía qué iba a decir.

Y cuando llegó a la playa, que no era una obra maestra de la naturaleza, sino un lugar tranquilo y solitario, se sintió un poco más ligera. Allí, encontró a Elena sentada al borde del agua, con los pies en la arena mojada y el cabello alborotado. No miraba el mar, sino sus manos. Como si allí estuvieran todas las respuestas.

Val se detuvo un momento, como si acercarse demasiado pudiera romper la magia del momento. Pero Elena levantó la mirada y no se sorprendió en absoluto. Como si hubiera estado esperando ese instante con una paciencia digna de una santa.

—Hola —dijo Val, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—¿Hola? ¿Eso es todo? —replicó Elena, con una ceja arqueada y una sonrisa que desafiaba la gravedad.

Val se sentó a su lado, sin prisa, como si el tiempo no existiera. Las palabras flotaban entre ellas, como flores en el agua. Y cuando finalmente Val rompió el silencio, lo hizo con un tono que no era ni de súplica ni de orden, sino una mezcla de vulnerabilidad y desafío.

—No sé hacer esto. Pero no quiero que te vayas.

Elena, que había estado guardando sus propias palabras como si fueran un tesoro, respiró hondo. No se giró, pero Val podía sentir que algo dentro de ella se aflojaba.

—Yo tampoco sé hacerlo —dijo finalmente Elena, rompiendo la barrera de la distancia emocional. —Estar cerca de ti me desordena. Pero alejarme me rompe.

Val asintió, sintiendo cómo las palabras de Elena encajaban en su corazón como piezas de un rompecabezas que había estado buscando.

—No quiero que te rompas por mi culpa —respondió Val, con voz grave, casi inaudible.

—Entonces no desaparezcas —dijo Elena, desafiando el aire. —Pero tampoco te encierres. No puedo con esa versión tuya que me empuja fuera cada vez que algo duele.

Era un diálogo sin guion, pero lleno de significado. No necesitaban un plan, ni un mapa. Solo estaban allí, sentadas en la orilla del mar, con el sol cayendo detrás de ellas como un telón de fondo perfecto.

Val giró la cabeza y se perdió en la mirada de Elena. Era un momento en el que todo parecía posible.

—¿Quieres que conduzca de vuelta? —preguntó Val, con una sonrisa que desafiaba a la gravedad.

Elena la miró, esbozando una sonrisa apenas perceptible.

—No. Quiero quedarme un rato más.

Y así, con el sonido de las olas y la brisa suave, el silencio se volvió cómodo. No había motores, ni cámaras, ni cronómetros. Solo

ellas. Y ese instante, que aunque no sabían cómo continuar, ya había decidido que no huirían.

Val se pasó una mano por la nuca, y Elena, sintiendo la conexión que había entre ellas, se sintió un poco menos perdida. Porque, a veces, el verdadero cambio no viene con grandes palabras ni con promesas. A veces, solo es suficiente quedarse y dejar que el momento hable por sí mismo.

Y en ese silencio, que ya no dolía, Val y Elena supieron que no necesitaban correr. No esta vez.

Capítulo 16

El pasillo del hotel estaba más silencioso que un gato en un cementerio a media noche. Sin técnicos con prisa, sin motores de fondo, y definitivamente sin esas conversaciones absurdas que nunca llevan a nada. Solo había alfombra, paredes beige y puertas cerradas que parecían contener secretos de estado.

Y ahí estaba Val, plantada frente a la habitación de Elena, con las manos metidas en los bolsillos como si estuviera atrapada en un episodio de "¿Qué hago aquí?". Había estado más de una hora decidiendo si tocar la puerta o dar la vuelta y escapar como si hubiera visto un fantasma.

—Vamos, Val, no es una prueba de matemáticas —se dijo a sí misma, pero el miedo de arruinarlo todo le hacía dudar. Al final, se armó de valor y golpeó la puerta. Dos toques suaves, como si estuviera tratando de no espantar a una paloma.

La puerta se abrió casi de inmediato, revelando a Elena en una camiseta holgada que probablemente había robado del armario de un chico que no debía conocer. Su cabello aún goteaba agua, lo que le daba un aire despreocupado que hacía que Val se preguntara si era realmente posible que alguien se viera tan bien sin hacer ningún esfuerzo.

—¿Te has perdido? —preguntó Elena, cruzándose de brazos, aunque Val estaba bastante segura de que era solo un intento de ocultar su evidente sorpresa.

Val se aclaró la garganta, intentando sonar más segura de lo que se sentía. —Me apetecía estar contigo —dijo, como si estuviera revelando un gran misterio en lugar de una confusión adolescente.

Hizo una pausa dramática, esperando que Elena respondiera con una revelación profunda sobre su existencia. Pero en lugar de eso, Elena simplemente se apartó un paso, permitiéndole el acceso.

La puerta se cerró con un clic que sonó como un "¡qué bien, aquí vamos!" en la cabeza de Val. Y de repente, el tiempo se detuvo. La tensión en el aire era más espesa que el café que Val había tomado esa mañana.

Se acercó a Elena, quien estaba tan quieta que Val se preguntó si estaba congelada en el lugar.

El primer beso fue un roce tímido. El segundo, un susurro que decía "¿y si esto no es tan horrible?" Y el tercero… bueno, el tercero ya no tenía vuelta atrás.

Val besaba como si estuviera aprendiendo el idioma del amor, preguntándose en cada movimiento: "¿Así se hace? ¿Estoy haciendo esto bien?". Y Elena respondía con los labios, como si le estuviera diciendo, "Sí, así. Pero con un poco más de confianza, por favor".

Las manos de Val recorrían la línea de la mandíbula de Elena, bajando lentamente por su cuello, como si estuviera desnudando un secreto más que un cuerpo. Y cuando Val la empujó suavemente hacia la cama, Elena se dejó guiar sin resistencia, mirándola como si su mirada pudiera decir todo lo que no se atrevían a verbalizar.

No había prisa. No había urgencia. Solo una conexión tan intensa que parecía hacer que el aire a su alrededor chisporroteara. Val se movió sobre Elena con una lentitud que desafiaba todas las leyes de la física. Cada roce era un acuerdo tácito: "No estamos huyendo, estamos quedándonos".

Elena tenía los ojos abiertos, no por curiosidad, sino para asegurarse de no perderse ni un segundo de esta revelación. Cada caricia de Val era un nuevo descubrimiento, y cada beso era una promesa no dicha.

Cuando Val finalmente tocó entre las piernas de Elena, no fue un acto salvaje, sino un suave y delicado "¿te parece bien si exploramos un poco más?". Y Elena, al sentir esa presión, arqueó la espalda como si estuviera a punto de despegar en un vuelo, dejando escapar un pequeño suspiro que Val sintió como si fuera una invitación.

Y de repente, todo tenía sentido. No era solo deseo; era una conexión visceral. La sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, estaban donde debían estar.

Las piernas de Elena rodearon a Val, mientras sus dedos se entrelazaban en su cabello, como si quisieran asegurarse de que no se desvaneciera en el aire. Y Val entendió el mensaje a la perfección: "No pares. No te vayas. Quédate aquí, conmigo".

Las miradas se encontraron, y en ese instante, la habitación se llenó de una energía electrizante que decía más que mil palabras. Cada movimiento, cada roce, cada susurro era una declaración de intenciones.

El placer se construyó lentamente, como un acorde que se va afinando. Y cuando finalmente alcanzaron su clímax, no fue una

explosión, sino un suave deslizamiento hacia la calma, como si hubieran soltado un ancla que las mantenía atadas a tierra.

Val se quedó sobre ella, respirando pesadamente, con el rostro escondido en su cuello, como si el mundo exterior pudiera desvanecerse y no importarle en absoluto. Elena acariciaba su espalda, disfrutando de la calidez del momento, como si supiera que no necesitaban palabras para entenderse.

Fue un instante perfecto, donde todo lo que habían sido y lo que podrían llegar a ser se amalgamó en esa cama, en esa habitación, en ese momento.

Finalmente, Val se giró para observar a Elena, encontrando esos ojos que habían estado ahí todo el tiempo, llenos de preguntas y respuestas no dichas.

—¿Estás bien? —preguntó Elena, con esa suavidad que hacía que cada palabra sonara como un abrazo.

Val asintió, aunque no estaba segura de si estaba bien o aterrorizada. —Estoy aterrada —murmuró—. Pero también… en paz.

Elena sonrió, una sonrisa que iluminó la habitación. —A mí me pasa lo mismo.

Y ahí estaban: dos mujeres que habían estado luchando contra sus propios sentimientos, finalmente enfrentadas a la verdad sin la necesidad de un guion.

—No te prometo nada —dijo Val, después de un momento de reflexión—. No porque no quiera, sino porque no sé cómo hacer esto sin meter la pata.

—No necesito promesas —respondió Elena—. Solo necesito que, si vuelves a tener miedo… no cierres la puerta. No me dejes fuera.

Val la miró, y asintió con una intensidad que decía más que mil palabras. Y así, sin necesidad de explicaciones, ambas se dieron cuenta de que lo único que necesitaban era permanecer en esa habitación juntas, incluso si el mundo exterior seguía girando como un loco.

El despertador no sonó, pero de alguna manera, ambas se despertaron temprano. La luz del día entraba por las cortinas entreabiertas, como si supiera que había algo sagrado en ese momento que no debía interrumpirse.

Val se sentó en la cama primero, descalza y con el cabello revuelto, mirando hacia la ventana como si estuviera buscando respuestas en el horizonte.

Elena apareció con dos cafés en las manos, luciendo como si llevara el peso del mundo, pero sin una sola preocupación en el rostro. Cuando Val la vio acercarse, una sonrisa genuina se dibujó en sus labios.

—Gracias —murmuró, tomando una de las tazas.

—No te emociones —respondió Elena, con una sonrisa traviesa—. Es de máquina, no de barista.

Se sentaron juntas en la cama, espalda contra cabecera, sin tocarse, pero sin distancias incómodas. No necesitaban hablar. El silencio era perfecto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Val, rompiendo el hechizo del momento.

Elena se encogió de hombros, como si la respuesta fuera tan sencilla que no valía la pena complicarla. —Ahora… seguimos. Juntas. Cuando se pueda. Como se pueda.

Val asintió, sintiendo que por primera vez, lo físico no había sido solo un escape. Había sido una entrada a algo nuevo, frágil, pero real.

Y así, entre risas y miradas que decían más que mil palabras, comenzaron a escribir su propia historia. Porque a veces, lo que más necesita el corazón es arriesgarse a sentirse vivo.

Capítulo 17

La penúltima carrera del campeonato tenía un sabor distinto. Como el de un chicle que lleva tanto tiempo en la boca que ya no tiene sabor, pero aún así lo masticas porque, bueno, es chicle.

El paddock vibraba con la energía tensa del cierre de temporada: mecánicos apurando ajustes, ingenieros afinando cálculos y cámaras buscando ángulos como si fueran paparazzis en una alfombra roja. Todo el mundo parecía vivir al límite. Excepto Val.

Porque ella, por primera vez en toda la temporada, no estaba al borde.

Estaba dentro.

Concentrada.

Presente.

Caminaba entre la gente con ese porte que imponía respeto, pero sin la frialdad que la había acompañado durante meses. Era como si hubiera decidido dejar de ser la reina de los glaciares y se hubiera convertido en un gato que se desliza entre las piernas de los humanos, ligero y juguetón. La forma en que saludaba a los técnicos, la calma con la que respondía a los ajustes del coche, incluso el modo en que se colocaba el casco… todo parecía más

relajado, como si hubiera dejado atrás una pesada mochila llena de rencores.

Y entonces apareció Elena.

Uniforme puesto, tablet en mano, la coleta alta y esa expresión suya que decía "aquí estoy".

No hubo anuncio.

Pero todo el mundo lo notó.

No porque dijeran nada.

Sino porque la forma en que Val la miró al cruzarse en el box no dejó lugar a dudas. Era como si Val hubiera encontrado un antiguo amor de verano y, en lugar de huir, decidiera quedárselo.

Ya no había rabia.

Ni distancia.

Solo una promesa silenciosa: esta vez, no lo vamos a arruinar.

Elena volvió a moverse entre los boxes con naturalidad, y Val no pudo evitar sentir que su corazón hacía una especie de piruetas. No porque hiciera nada distinto, seguía revisando hojas de datos, preparando vendajes y ajustando tiempos de recuperación con la misma eficiencia casi quirúrgica de siempre. Pero algo en su manera de estar se había transformado.

Era sutil. Apenas perceptible.

Excepto para quien sabía mirar.

Y Val siempre miraba.

Porque ahora, cuando pasaba junto a ella, ya no tensaba la mandíbula. Ya no evitaba el contacto visual. Ya no necesitaba parecer inalcanzable. Le bastaba con estar.

Durante una de las revisiones pre-carrera, Elena le pidió que se sentara en la camilla, como tantas veces antes. Val obedeció sin protestar, como si hubiera encontrado un nuevo sentido a la obediencia.

—Dame tu brazo —dijo Elena, con esa seguridad que podría hacer que hasta un perro rabioso se sentara a hacer la vuelta a la manzana.

Val le ofreció el brazo, y Elena lo tocó sin titubeos, con la seguridad de quien conoce cada músculo, cada punto de tensión.

Y Val… la dejó hacer.

Pero esta vez, no por obligación.

Sino por elección.

Una de las auxiliares que pasaba por allí se detuvo un segundo más de la cuenta al verlas. No preguntó nada. No dijo nada. Pero sonrió. Esa sonrisa que decía "bueno, esto es interesante".

Porque había cosas que no necesitaban confirmación para ser reales. Y esa forma de tocarse, sin apuro y sin disimulo, era una de ellas.

El ambiente alrededor seguía siendo técnico, intenso, cargado. Pero entre ellas, lo que flotaba no era presión.

Era otra cosa.

Complicidad.

Cuidado.

Esa sensación nueva que empezaba a parecerse peligrosamente a paz.

Aunque ninguna lo dijera en voz alta.

Todavía.

Cuando Val se subió al monoplaza para la clasificación, todos esperaban lo de siempre: control, agresividad medida y esa precisión casi inhumana con la que lograba cada curva. Pero esa tarde había algo distinto.

Desde la cabina de radio, su ingeniero lo notó al segundo.

—"Está más limpia. Más suelta. ¿Lo sentís?" —murmuró en voz baja al segundo ingeniero, como si estuvieran hablando de una receta secreta de cocina.

No era que Val condujera mejor —ya era la mejor—. Era que, por primera vez, no parecía llevar una coraza por dentro.

Tenía la misma concentración de siempre, pero sin la tensión contenida. La manejó con fuerza, sí, pero también con fluidez. Como si cada metro de pista ya no fuera una guerra. Como si correr no fuera una forma de huir, sino de afirmar algo.

Desde la sala de fisioterapia, Elena miraba los tiempos en su tablet. No era parte directa del equipo técnico, pero igual lo seguía todo. Lo hacía desde siempre. Solo que ahora lo admitía.

En la última vuelta rápida, Val arrasó con el crono.

Primera posición provisional.

Los ingenieros aplaudieron y se lanzaron gestos rápidos de celebración como si fueran adolescentes en un concierto.

Pero ella, al quitarse el casco, no sonrió.

Solo miró hacia el fondo del box, justo donde estaba Elena.

Y la buscó.

Con la mirada.

Sin necesidad de que nadie entendiera qué significaba eso.

Cuando la encontró, Elena le sostuvo la mirada.

Y sonrió.

Sin exagerar.

Solo con la certeza de quien sabe que algo invisible se está construyendo ahí, entre motores, entre vueltas y entre silencios compartidos.

Val bajó la vista. No para evitarla. Sino para sostener lo que venía.

Porque, por primera vez, su carrera no era solo sobre velocidad.

Era también sobre estar de verdad.

Después de la clasificación, los periodistas se agolparon como de costumbre frente a la zona mixta. Las cámaras listas, los micrófonos encendidos, la misma escena de siempre.

Val se colocó frente a la prensa, sin casco, con el mono bajado hasta la cintura y la camiseta negra pegada al cuerpo por el sudor. El pelo despeinado, la mirada más clara de lo habitual.

Respondió preguntas con soltura, sin el desdén que a veces utilizaba como defensa.

—¿Cómo te sentiste hoy en pista? —preguntó un periodista británico.

—Fenomenal—respondió Val—. No más rápida, pero más… enfocada.

El siguiente fue directo.

—¿A qué atribuís ese enfoque? Has estado muy constante las últimas carreras. ¿Algo ha cambiado?

Ella dudó. Por un instante. Ese segundo que a veces antecede a una frase que no puede deshacerse.

Y entonces dijo:

—Lo personal también impulsa lo profesional. —Se encogió de hombros—. Supongo que, cuando dejas de correr para escapar… corres mejor.

Silencio.

Un par de periodistas se miraron entre sí. Las redes sociales explotaron cinco segundos después, como si hubiera lanzado una bomba de humo.

Pero en el fondo del box, nadie habló. Solo Elena, apoyada contra la pared, sin uniforme clínico, con las manos cruzadas sobre el pecho y una sonrisa que no era pública. Era para ella. Solo para ella.

Porque no era una declaración. Ni un nombre propio. Pero sí una señal. La más clara hasta ahora.

Val no estaba escondiéndola. Tampoco mostrándola. Solo dejándola estar.

Y eso, para Elena, valía más que cualquier confirmación oficial.

Porque ya no era algo que había que disimular.

Era algo que existía.

Y eso, por fin, empezaba a sentirse como el principio de algo duradero.

Esa noche no hubo celebraciones oficiales. Ni cócteles de equipo. Ni cenas con directivos. Solo una habitación y un mensaje corto que decía: Te espero abajo. No hace falta que te arregles.

Val llegó con una sudadera gris, el pelo recogido de cualquier manera y las manos en los bolsillos.

Elena ya estaba allí, sentada junto a la ventana. Fueron a un restaurante pequeño, casi vacío, con las luces bajas y el vino servido

en dos copas que nadie había tocado aún.

No se dijeron nada al principio. Ni falta hacía. Porque hay silencios que no son huecos. Son cómodos. Son pactos sin firmar.

La conversación empezó con cosas simples. El postre del menú. La canción de fondo. Una anécdota del técnico nuevo que confundió los compresores.

Y así, como si fueran dos personas cualquiera al final de un día cualquiera, se rieron. De verdad. De esa risa que nace en la barriga, no en la superficie.

Val la miraba distinto. No como a una amenaza emocional. Tampoco como a una zona de peligro. La miraba como quien sabe que ha encontrado algo que vale la pena cuidar.

Con calma. Con esa lentitud que da miedo al principio, pero que después se vuelve adictiva.

Cuando terminaron de cenar, Elena le rozó la mano sobre el mantel.

No fue una invitación. Fue una certeza.

Y Val respondió entrelazando sus dedos, sin mirar alrededor, sin calcular nada. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no había nada que tuviera más sentido que eso.

Dos mujeres. Una cena. Y el principio silencioso de algo que, sin grandes gestos, ya parecía una vida.

Volvieron juntas. Sin prisas. Sin ese nerviosismo silencioso que había teñido sus primeros acercamientos.

El ascensor tardó más de la cuenta, pero ninguna lo notó. Val se apoyó en la pared del fondo, con la cabeza inclinada hacia un lado, observándola como si la estuviera viendo bajo otra luz.

Y quizás era así. Quizás, por primera vez, podía mirarla sin miedo a desearla. O a necesitarla.

Elena no esquivó la mirada. Le sostuvo los ojos con una paz que no necesitaba afirmaciones, ni explicaciones. Estaba ahí. Y eso bastaba.

La habitación era la misma. La cama, idéntica. La luz tenue. Pero la atmósfera había cambiado por completo.

Ya no había tensión. Ni esa electricidad contenida que prometía estallar. Esta vez, lo que había era otra cosa. Una intimidad más peligrosa aún: confianza.

Val dejó sus llaves en la mesa sin decir nada. Elena fue al baño a lavarse los dientes. Cuando salió, Val ya estaba sentada en la cama, descalza, con las piernas cruzadas y una camiseta vieja puesta como pijama improvisado.

—¿Te vas a quedar? —preguntó, sin girarse del todo.

Elena apagó la luz del pasillo. Cerró la puerta. Y respondió con el cuerpo. Se metió en la cama sin ceremonia. Se acomodó a su lado. La tocó, no con deseo, sino con familiaridad.

Una mano sobre el abdomen. Una caricia en la cadera. Ese tipo de gestos que no buscan llevarte a ningún sitio más que a la calma.

Elena no dormía. Tampoco Val. Pero ninguna lo dijo. Solo respiraban al mismo ritmo, como si el cuerpo hubiera aprendido ya la cadencia de la otra.

No había abrazos exagerados. Ni besos de película. Había una pierna entrelazada. Un brazo rozando la piel desnuda del vientre. El tipo de contacto que no pide permiso, porque ya no hace falta.

Val estaba boca arriba, con los ojos abiertos, mirando un techo que no ofrecía respuestas. Tenía la mandíbula relajada, el pecho subiendo y bajando con suavidad, pero por dentro… por dentro no paraba.

No pensaba en motores. Ni en cronómetros. Ni siquiera en el campeonato. Pensaba en cómo se sentía estar ahí. Acompañada. Expuesta. Tranquila.

—¿Sabes qué es lo raro? —susurró, sin saber si Elena estaba dormida.

—¿Qué? —respondió ella, sin abrir los ojos.

—Que esto no me da miedo.

Hizo una pausa.

—Me da vértigo… pero no miedo.

Elena sonrió, con los ojos aún cerrados. Le acarició la cadera con el dorso de la mano, como si ese gesto fuera su manera de decir "a mí también".

Porque sí. Esto era vértigo. El bueno. El que te empuja a saltar no porque huyas… sino porque por fin tienes a alguien que te espera al otro lado.

Ninguna dijo "te quiero". Aún no. No esa noche. Pero cuando Val giró un poco la cabeza y dejó que su frente rozara la sien de Elena, fue lo más parecido que ambas habían sentido jamás a un hogar. Y por primera vez en mucho tiempo, Val pensó que quizás dormir al lado de alguien podía ser más revolucionario que acostarse con ella. Y mucho más difícil de soltar.

La mañana llegó sin estridencias. La luz se filtró entre las cortinas con la calma de los días importantes, de esos que se sienten

distintos incluso antes de abrir los ojos.

Elena fue la primera en moverse. Se incorporó despacio, sin despegarse del calor de Val, que aún dormía. O lo fingía. Nunca se sabía del todo con ella.

Se quedó sentada al borde de la cama, los pies descalzos sobre la moqueta, el pelo revuelto y la espalda aún cubierta de marcas suaves que no eran heridas, sino memoria.

Val abrió los ojos un segundo después. No dijo "buenos días". Solo se estiró hacia ella, le rozó la espalda con la yema de los dedos y murmuró:

—Quédate un rato más.

Elena se giró y la miró con ternura, con ese tipo de mirada que no necesita etiquetas, ni explicaciones, ni condiciones.

—Ya me he quedado —respondió.

Y en ese gesto mínimo —esa frase suave, desprovista de dramatismo— estaba toda la historia. Porque no importaba lo que viniera después. La prensa. Los contratos. El calendario del año siguiente. Importaba que estaban ahí. Que no había una puerta entre ellas. Ni un muro. Solo una cama compartida. Un café que se enfriaba en la mesa. Y una calma que, poco a poco, empezaba a parecerse a paz.

Val sonrió.

Cerró los ojos de nuevo.

Y por primera vez desde que empezó la temporada, no pensó en lo que tenía que ganar. Solo en lo que no quería perder.

Sea lo que sea esto, pensó, ya no es un error. Ni un impulso. Ni una distracción. Es algo. Y empieza a parecerse mucho a una vida.

Chapter 18

La mañana había comenzado con una claridad engañosa. El sol brillaba sobre el asfalto con una intensidad casi veraniega, y los mecánicos iban y venían con una eficacia que rozaba lo coreográfico. Todo parecía estar en su sitio. Los sensores calibrados, las presiones ajustadas, el rugido del motor afinado hasta la perfección. Val caminaba hacia el box con el mono entreabierto hasta la cintura, la camiseta negra pegada a la piel y el casco en una mano. Saludó con un gesto a su ingeniero, escuchó los últimos datos y subió al coche sin decir una palabra. Como siempre. Como si todo estuviera bien.

Y, por un momento, lo estaba.

Los primeros giros fueron suaves, medidos. Val probaba las respuestas del monoplaza, sentía cada vibración a través del volante, cada milímetro de goma pegándose a la pista. Una curva. Otra. El tiempo por vuelta bajaba. Los ingenieros asentían en silencio. La radio informaba: “Todo limpio. Buena línea en la cinco. Temperaturas estables.”

Pero entonces, algo.

Un leve retardo en la respuesta del coche al salir de la curva ocho. Una fracción de segundo. Un traqueteo apenas perceptible

que solo Val habría notado. Parpadeó. Apretó los dientes. Corrigió. Pero la curva nueve no perdona.

Y no lo hizo.

El coche se desestabilizó al entrar. Una vibración anómala. Un tirón en el volante. Y luego, el caos.

—"¡Cuidado en curva nueve! ¡Val, estás larga!" —gritó la radio, pero era tarde.

El monoplaza perdió tracción, giró levemente sobre sí mismo y, sin frenar lo suficiente, se estrelló de costado contra las protecciones. Un golpe seco, brutal, metálico. El tipo de sonido que corta la respiración de todos en el paddock.

Silencio.

Un segundo de absoluto vacío.

Luego, el alboroto.

Técnicos corriendo. Asistentes médicos atravesando el pitlane. La cámara de la FIA mostraba una nube de polvo y fragmentos de fibra de carbono esparcidos sobre el asfalto. El coche no se movía. Dentro, Val tampoco.

En el box, Elena dejó caer la tablet al suelo. Su pecho se contrajo como si alguien le hubiera arrancado el aire de golpe. No esperó instrucciones. Salió corriendo. Empujó a un comisario. Gritó que era parte del equipo médico. Que tenía que verla. Que no importaba el protocolo.

La pantalla seguía mostrando el coche inmóvil.

Elena llegó al borde de la pista justo cuando el primer equipo de emergencias levantaba la visera del casco. Val tenía los ojos

cerrados. El cuello rígido. Una fina línea de sangre bajaba por la sien izquierda.

—"¡No responde! ¡Rápido, collarín y camilla!"

Elena quiso acercarse, pero la retuvieron.

—"No puede pasar. Tiene que esperar en la zona médica."

—"¡Soy fisioterapeuta del equipo!" —gritó, pero no importaba.

Val fue trasladada con cuidado. Respiraba. Pero no despertaba.

Y entonces, lo que nadie dice en voz alta, se hizo presente: el miedo. El verdadero. Ese que no se controla con estadísticas ni con racionalidad. Ese que se clava debajo de la piel como una espina invisible.

Elena se quedó allí, inmóvil, temblando. Mirando la ambulancia alejarse, sin saber si acababa de perder a la única persona por la que, sin admitirlo del todo, habría detenido el mundo.

El hospital quedaba a quince minutos del circuito, pero el trayecto pareció eterno.

Elena había conseguido subirse al coche médico con la excusa de que debía informar del historial físico de Val, aunque en realidad apenas había articulado tres palabras seguidas desde que abandonaron el paddock. Sus dedos temblaban. Miraba al frente, a través del parabrisas, como si mirar fijamente ayudara a no pensar. O a no sentir. A su lado, el paramédico hablaba por radio, reportando constantes, haciendo preguntas técnicas que Elena apenas registraba.

Lo único que resonaba en su cabeza era una imagen: Val inmóvil, el casco ladeado, la sangre bajando por su sien como una advertencia cruel.

Cuando llegaron al centro médico, los movimientos fueron rápidos. Val fue trasladada directamente a urgencias. Dos médicos la recibieron con expresión impasible. Uno de ellos intentó detener a Elena antes de que cruzara la puerta.

—"Lo siento, solo personal autorizado."

—"Soy su fisioterapeuta. Tengo acceso completo al seguimiento médico. Puedo ayudar."

Su voz no era firme, pero sí lo bastante clara para que no se atrevieran a contradecirla.

La dejaron entrar, aunque la mantuvieron al margen.

Desde la puerta de la sala, Elena observó cómo le retiraban el casco con sumo cuidado, cómo le cortaban el mono de competición, cómo colocaban electrodos, cómo tomaban constantes. Escuchaba palabras que le resultaban conocidas —conmoción leve, respuesta pupilar, hematoma superficial— pero nada la tranquilizaba. Nada hasta que Val abrió los ojos por primera vez.

Fue apenas un pestañeo. Un gesto pequeño, vulnerable. Los párpados parpadearon. La mirada vagó por el techo. Y luego volvió a cerrarse.

Elena sintió que las piernas le fallaban.

Tuvo que apoyarse en la pared más cercana. Quiso acercarse. Decirle algo. Tocar su mano. Pero sabía que no era el momento. Ni el lugar.

Unos minutos después, un médico se le acercó.

—"Tiene una conmoción leve. No hay fracturas visibles en el escáner. Está desorientada, pero estable. Necesita reposo, observación durante 24 horas y repetir pruebas neurológicas."

Elena asintió sin decir nada.

—"¿Es usted… familiar?"

La pregunta la golpeó con una violencia absurda.

"No," pensó. "No soy nada en el papel. Solo soy quien se ha aprendido de memoria la forma de sus vértebras, quien sabe qué músculo se le contractura cuando no duerme, quien puede distinguir un gesto de rabia de uno de miedo con solo verla respirar."

—"Soy de su equipo."

Eso fue lo que respondió.

El médico la miró con una ceja alzada, pero no dijo nada más. Le indicó que esperara fuera. Que en cuanto estuviera más consciente, podría pasar.

Elena se sentó en la sala de espera. El reloj de la pared parecía no moverse. La televisión mostraba una carrera antigua, con el volumen apagado. Una enfermera le ofreció agua. Ella la rechazó.

No sabía cómo seguir respirando si Val no lo hacía también.

Elena no sabía cuánto tiempo llevaba allí. Podían haber sido diez minutos o una hora. El reloj marcaba las 12:46, pero para ella todo seguía suspendido en ese segundo exacto en el que el coche de Val impactó contra las protecciones. Cada vez que cerraba los ojos, oía el crujido seco del carbono, la súbita explosión de fragmentos al volar, la voz de Val en la radio, interrumpida.

Aunque en realidad no había dicho nada. Ese era el problema. El silencio posterior. El vacío. El "no respuesta".

Pasaban médicos por delante de ella, pero ninguno se detenía. Las paredes eran demasiado blancas, demasiado limpias, como si quisieran borrar el miedo de raíz. En la televisión, la carrera repetida

seguía su curso, ajena al desastre del presente. Los coches giraban, los comentaristas hablaban sin sonido. Todo seguía como si nada. Como si Val no estuviera tendida al otro lado de esa puerta.

Elena miró su móvil. Cuarenta y tres mensajes sin abrir. El equipo, los ingenieros, su madre —¿cómo lo sabían ya?—, los medios, incluso su exjefa de prensa. Todos preguntando lo mismo. Nadie entendía por qué Elena no estaba dando actualizaciones médicas. Y la verdad era simple y brutal: porque no podía hablar sin que la voz le temblara. Porque en este momento no era parte del equipo, ni profesional, ni portavoz. Solo era alguien que tenía el corazón sujeto por un hilo.

Finalmente, una enfermera salió de la sala.

—Puedes entrar —dijo, con una voz neutra.

Elena se levantó de golpe. Entró con pasos contenidos, como si temiera que un solo movimiento brusco hiciera que todo se deshiciera otra vez.

Val estaba tumbada en una camilla, con una sábana fina cubriéndola hasta el pecho. El rostro pálido. La ceja izquierda vendada. Un monitor registraba sus constantes con ritmo monótono. Respiraba. Estaba viva. Pero no era suficiente.

Se acercó lentamente.

Los ojos de Val estaban cerrados. Parecía dormida, pero al sentir la cercanía, murmuró algo.

—…¿qué pasó?

—Tuviste un accidente —dijo Elena con voz suave—. En la curva nueve. En los libres.

Val abrió los ojos del todo esta vez. Le costó enfocar. La miró como si no estuviera segura de si era real.

—¿Estás aquí?

—Sí. Claro que sí.

Hubo un silencio denso. Val parpadeó, lenta. Después, giró apenas la cabeza hacia ella.

—Me duele

—Es normal. Pero estás bien. Te están vigilando.

Val asintió despacio, sin fuerza.

Elena extendió la mano con cuidado. Dudó un segundo antes de rozar los dedos de Val. No sabía si era demasiado, si estaba cruzando una línea invisible que nadie había trazado. Pero en ese momento le daba igual. Tenía que tocarla. Comprobar que no era una alucinación. Que aún estaba aquí.

Val no apartó la mano. La sostuvo.

—Elena…

—¿Qué?

—Creo… que te quiero.

Fue apenas un susurro. Una confesión herida. Pero suficiente para dejarla sin aliento.

Y por primera vez en todo el día, Elena sintió cómo el mundo volvía a moverse.

Elena no respondió. No porque no quisiera, sino porque no podía. Las palabras se le deshicieron en la garganta, tragadas por esa mezcla brutal de alivio, miedo y algo que no había tenido tiempo de nombrar. Solo la miró. Y apretó un poco más la mano de Val, como si así pudiera protegerla de todo lo que vendría después.

Val tenía los ojos medio cerrados, vencida por el dolor y la medicación. Aun así, se notaba que luchaba por mantenerse despierta. Como si no quisiera soltar del todo el hilo que la mantenía atada a Elena.

—Deberías descansar —susurró ella, inclinándose hacia su rostro —. El médico ha dicho que necesitas estar en observación. Coma vigilado. O algo así.

Val esbozó una sonrisa muy leve, torcida por el vendaje de su ceja.

—¿Y tú? —preguntó.

—¿Yo qué?

—¿Vas a quedarte?

Elena tragó saliva. Era una pregunta sencilla. Pero la respuesta… lo cambiaba todo.

—Sí —dijo al fin—. Me quedo.

Val cerró los ojos, como si esa respuesta le diera permiso para rendirse al sueño. El pitido del monitor siguió marcando un ritmo estable. Elena se permitió soltar el aire que llevaba conteniendo desde el accidente.

Se quedó allí sentada, en un sillón incómodo, con la mano de Val aún entre las suyas. Durante un tiempo, solo la observó respirar. Había visto miles de veces cómo dormía en los vuelos, en los hoteles, en las camillas del paddock. Pero esto era distinto. Esta vez había estado demasiado cerca de no volver a verla.

Pensó en todas las veces que había intentado no sentir. En las noches en las que se había repetido que esto era solo trabajo. Que

Val era demasiado fría, demasiado impredecible, demasiado… todo. Pero en este silencio blanco del hospital, todo eso se derrumbaba.

Ya no tenía sentido fingir que no le importaba.

Elena se incorporó un poco y colocó bien la sábana sobre los hombros de Val. Sus dedos rozaron con cuidado la piel expuesta del cuello. Sentía calor ahí, y vida. Se le hizo un nudo en la garganta.

Fuera, alguien abrió una puerta y entró una enfermera con voz amable que apenas las interrumpió.

—Va a dormir un rato largo. Si quieres quedarte, puedes. Pero te traeré una manta.

Elena asintió en silencio. Minutos después, se arropaba con una tela áspera en el sillón, sin moverse, sin hablar. Las notificaciones del móvil seguían encendiéndose, pero no las miraba.

Era la primera vez que no tenía ninguna prisa por irse.

Y, en el fondo, lo sabía: esa frase que Val había susurrado, rota y medio inconsciente, había cambiado el eje de todo. No por el "te quiero", sino por lo que significaba atreverse a decirlo justo cuando todo podía haberse terminado.

Como si al borde de la muerte, Val hubiera entendido por fin lo único importante.

Elena no supo en qué momento se quedó dormida. Despertó con un sobresalto, el cuello dolorido por la postura y la manta cayéndosele del regazo. A su lado, Val seguía dormida, inmóvil bajo la luz artificial de la habitación. El monitor seguía emitiendo su pitido constante, el único sonido que parecía anclar el tiempo dentro de ese espacio aséptico.

Se incorporó, estirándose con cuidado, intentando no hacer ruido. Fuera, el cielo había cambiado. Ya no era la mañana luminosa que los había recibido en el circuito, sino una tarde grisácea, opaca, como si el mundo también hubiera aminorado el ritmo en solidaridad.

Miró el reloj. Las tres y media.

Más de tres horas desde el accidente.

Consultó el móvil. Casi setenta mensajes. Algunos de los ingenieros, otros de la jefa de equipo, incluso de la FIA, preguntando si Val estaba en condiciones de hablar con los médicos del campeonato. Un par de periodistas habían conseguido su número. Y, lo más extraño de todo, uno de los mensajes era de su madre.

"Lo he visto en la tele. ¿Estás bien tú?"

Ni siquiera mencionaba a Val.

Elena suspiró, apagó el teléfono y volvió a mirar a la camilla. Val seguía en la misma posición, pero su respiración era más pausada ahora. Sus mejillas habían recuperado algo de color. La venda de la ceja seguía ahí, marcando el lugar donde el impacto había dejado su huella más visible. Las otras, las internas, Elena no sabía si cicatrizarían igual de fácil.

Se levantó y salió de la habitación por primera vez. Recorrió el pasillo con pasos lentos hasta el distribuidor donde había una máquina de café. Introdujo una moneda. La taza de plástico crujió con el peso del líquido caliente. Café malo. Astringente. Pero era algo.

Cuando volvió, una enfermera estaba ajustando el gotero de Val. Le sonrió al verla entrar.

—Ha dormido tranquila. Podéis estar un poco más, pero si no hay complicaciones esta noche, mañana le darán el alta.

—¿Mañana? —preguntó Elena, sorprendida.

—Las pruebas neurológicas son buenas. Ha tenido suerte.

Elena asintió sin decir nada. Cuando la enfermera salió, volvió a sentarse junto a la cama. Acarició despacio el dorso de la mano de Val. Sus dedos eran largos, ágiles. Las uñas cortas, pulcras, con restos de suciedad en los bordes. Las manos de alguien que vive a mil por hora.

La miró de nuevo.

Recordó el momento del choque. El sonido seco. El miedo paralizante. Y la frase. Esa frase.

Creo que te quiero.

No sabía si Val lo recordaría. Si había sido un pensamiento fugaz de una mente confusa. Pero daba igual.

No hacía falta que lo repitiera. Elena lo había escuchado de verdad.

Y no pensaba olvidarlo.

Chapter 19

El paddock olía a gasolina, tensión y domingo. Pero sobre todo, a incredulidad.

Val apareció por la entrada del box, caminando como si no tuviera un solo hueso dañado. Las gafas de sol ocultaban los ojos, pero no el gesto. Iba vestida con ropa del equipo, el mono abierto hasta la cintura, el vendaje aún fresco bajo la camiseta. Alguien dejó caer una taza. Otro se quedó con la tablet congelada en el aire.

Nadie esperaba verla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó su ingeniero, casi tropezando con los cables de boxes.

—Corro.

—Estás loca.

—Eso ya lo sabíamos —respondió ella, sin detenerse.

La FIA la había citado a revisión médica a primera hora. Querían asegurarse de que no tuviera secuelas del golpe del viernes. Y no la pasó a la primera. Ni a la segunda. Pero cuando llegó la tercera, Val había afinado su discurso, su pulso y sus pupilas. Estaba despejada. Convincente. Y peligrosamente determinada.

El médico jefe firmó con un suspiro y una advertencia.

—No te rompas ahí fuera.

—No tengo planes de hacerlo.

Nadie protestó en voz alta. No porque estuvieran de acuerdo, sino porque sabían que era inútil. Valeria León era una tormenta con licencia. Podías tratar de entenderla. Incluso preverla. Pero jamás detenerla.

Cuando entró en el box, su coche ya estaba listo. Reensamblado. Pintado. Nuevo por fuera, aunque todos sabían que por dentro llevaba el eco del impacto. Como ella.

Elena estaba allí.

Apoyada contra la pared del fondo, sin uniforme, sin tablet, sin escudo.

Solo estaba. Viéndola.

No la abrazó. No preguntó cómo estaba. No le ofreció un "todo va a salir bien" que no creía. Caminó hacia ella en silencio, la detuvo con una mano sobre el pecho, justo donde el mono se abría, y la miró. Con una mezcla de miedo y admiración.

—¿Estás segura?

Val asintió. No con prepotencia. Sino con una serenidad que asustaba.

—No me lo perdería por nada.

Elena bajó la mirada. La dejó reposar sobre la costilla vendada, sobre la piel que aún debía doler. Y entonces habló.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero vuelve entera.

Val tragó saliva. Asintió. Y por un instante, pareció tambalearse. No físicamente, sino por dentro. Como si esas palabras hubieran perforado la parte exacta de su armadura.

Se separaron sin dramatismo. Pero cuando Val subió al coche, Elena no se movió. Se quedó allí, de pie, con los brazos cruzados, como si con eso pudiera mantenerla a salvo.

Y quizás sí.

Porque hay miradas que no protegen el cuerpo, pero sostienen el alma.

El sol se colaba entre las gradas, alto y agresivo, marcando la cuenta regresiva sobre el asfalto. Los mecánicos iban de un lado a otro, ajustando al milímetro los detalles que podían marcar la diferencia entre el podio y el olvido. Pero todo en el box de Val se sentía… distinto.

No era solo que hubiera vuelto tras un accidente. Era *cómo* lo había hecho.

No se quejaba. No hablaba más de lo necesario. Estaba concentrada como si cada célula de su cuerpo supiera que no tendría otra oportunidad. Había algo casi ceremonial en su forma de moverse. El casco bajo el brazo. Los guantes preparados. La mirada fija en el coche como si fuera una extensión de su voluntad.

—¿De verdad vas a dejarla correr? —susurró alguien del equipo técnico.

—¿Y quién va a detenerla? —respondió otro, sin levantar la vista de la tablet.

Aquel coche, reconstruido después del choque, parecía idéntico al anterior. Pero todos sabían que no lo era. Llevaba dentro el recuerdo del viernes, los restos invisibles del miedo.

Val se subió al monoplaza con movimientos fluidos, casi rituales. El ingeniero jefe se inclinó para ajustarle el arnés. Nadie dijo

“suerte”. Nadie dijo “ten cuidado”. No porque no les importara, sino porque sabían que Val no necesitaba palabras vacías. Necesitaba espacio.

Cuando el motor rugió, el aire pareció espesarse.

El semáforo del pitlane marcó verde. Salió al circuito con una determinación silenciosa, como si estuviera escribiendo la última página de un libro que solo ella entendía.

Desde el muro, Elena observaba todo sin moverse. Con los auriculares colgando, las manos en los bolsillos, y la mandíbula apretada como si al soltarla fuera a romperse por dentro.

No podía ayudarla.

No podía salvarla.

Solo podía esperar que volviera.

La vuelta de formación fue tensa. Los comentaristas, desde cabina, apenas podían disimular el asombro:

—Increíble. Valeria León está de nuevo en pista después del accidente de los entrenamientos libres. Contra todo pronóstico, ha pasado el chequeo médico esta mañana y tomará la salida desde la sexta posición.

—¿Es prudente?

—No lo sé. Pero es Val. La prudencia nunca ha sido su sello.

El semáforo del inicio de parrilla se encendió. Uno a uno, los focos rojos.

Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Silencio.

Y luego: *apagón*.

La salida fue brutal. Val reaccionó como si llevara semanas entrenando para ese momento. Rápida. Firme. Limpia. Se coló por el interior en la primera curva, adelantando dos posiciones antes del segundo sector.

El circuito rugía.

En el muro, Elena no celebraba. No aplaudía. Solo cerró los ojos durante una fracción de segundo. Como quien no reza, pero desea.

La carrera avanzaba como una tormenta contenida. Cada vuelta era una prueba. Cada curva, una apuesta contra el cuerpo y el miedo. Pero Val no se quebraba.

Desde el box, los ingenieros gritaban indicaciones por radio. Temperatura de neumáticos. Consumo. Espacios. Pero Val apenas respondía. Solo una vez, en la vuelta quince, murmuró:

—Estoy bien. Dejadme correr.

Y eso bastó.

En pista, la competencia era feroz. Las dos primeras posiciones se debatían entre pilotos con autos técnicamente superiores. Pero Val tenía algo que no venía en los informes: furia controlada. Determinación salvaje. Y un dolor que se negaba a rendirse.

En la vuelta veinte, llegó la maniobra que todos recordarían. En la recta principal, aprovechó el rebufo de su predecesor y se lanzó al interior en la frenada, milimétrica, agresiva, limpia. Pura poesía a doscientos ochenta kilómetros por hora.

Adelantamiento perfecto.

El público enloqueció.

Desde los medios, los comentaristas apenas podían seguir el ritmo:

—¡Increíble! León acaba de robarle la posición al piloto de la escudería rival con una maniobra de manual. ¡Esto es historia en movimiento!

Pero Elena no gritó.

No sonrió.

Se aferró al muro de boxes como si necesitara sostenerse a algo físico para no venirse abajo.

Cada vuelta que pasaba sin fallo era un alivio. Pero también un tormento. Porque mientras más se acercaba la meta, más fuerte golpeaba el miedo: *¿Y si se rompe ahora? ¿Y si no vuelve entera?*

En el cockpit, Val no pensaba en eso. No pensaba en nada.

Solo en una cosa.

No en ganar. No en el podio. Ni siquiera en callar a la prensa o a su equipo.

Pensaba en ella.

En Elena.

En la forma en que la había mirado esa mañana, sin decirle que la quería, pero pidiéndole que regresara. Pensaba en sus dedos en su pecho. En su voz ronca. En ese "vuelve entera" que aún llevaba clavado en las costillas.

Y pensaba, también, en el beso que no se habían dado.

Porque si salía de ahí, si cruzaba la bandera a cuadros con el cuerpo entero y el alma medio cosida, ya no habría excusas.

Ya no habría miedo.

El mundo podía mirar.

Podían grabarlas, juzgarlas, opinar.

Le daba igual.

Si salía viva de esa última vuelta, pensaba besarla.

Allí. Delante de todos.

Delante de las cámaras. De los jefes. De los rumores.

Porque había llegado el momento de dejar de esconderse.

Porque, por primera vez, correr no era una forma de huida.

Era una forma de volver.

A falta de cinco vueltas, Val ya estaba segunda.

Los neumáticos empezaban a deslizar en las curvas rápidas, el desgaste visible en cada entrada a boxes del resto de pilotos. Pero ella no aflojaba. Ni un milímetro. Si el coche temblaba, ella lo mantenía recto con el control feroz de alguien que conoce cada rugido del motor como si fuera un latido más.

En el muro, el jefe de estrategia gritó por radio.

—P5 informa pérdida de potencia. ¡Tienes oportunidad en la curva nueve!

Val no respondió.

Ya lo sabía.

Lo había notado antes que ellos.

Se preparó durante medio circuito. Analizó la trazada. Estudió el comportamiento del coche rival en cada frenada.

Y en la curva nueve, la misma en la que el viernes se había estrellado, lo intentó.

Frenó más tarde.

Más cerca del límite.

El coche vibró. El chasis crujió como si fuera a abrirse en dos. Pero Val lo sostuvo. Pegada al piano. La goma rozando el fuera de

pista. Y cuando el otro piloto intentó cerrar la línea, ya era demasiado tarde.

Val había pasado.

Primera.

En el box, nadie aplaudió todavía. Nadie se atrevía. Porque aún quedaban cuatro vueltas. Cuatro oportunidades para que algo saliera mal. Para que la historia se repitiera. Para que el miedo ganara.

Pero Val no estaba corriendo para ganar.

Estaba corriendo para cerrar un ciclo.

Para demostrarse que podía hacerlo sin romperse.

La radio crepitó de nuevo.

—Mantén ritmo. Administra neumáticos. Estás en delta positivo.

Ella pulsó el botón. Habló por primera vez en muchas vueltas.

—No penséis que voy a aflojar ahora.

Y no lo hizo.

Las últimas vueltas fueron una sinfonía de precisión. Val sabía exactamente cuánto podía exigirle al coche y a su cuerpo. Cada vértice, cada salida, cada aceleración era quirúrgica. El paddock contenía la respiración.

Elena, también.

No escuchaba los comentarios de la prensa. No veía los móviles grabando. Solo tenía ojos para el punto rojo y blanco que atravesaba el circuito como una flecha. Su Val. Herida, vendada, temeraria. Pero también brillante. Imparable. Plena.

Cuando sonó la campana de la última vuelta, el circuito entero se puso en pie.

La bandera ya esperaba.

La historia estaba a punto de escribirse.

Y Val, al frente de todos, ya no miraba los espejos.

Porque el pasado se había quedado atrás.

Última vuelta.

El circuito, convertido en un anfiteatro de gritos y asombro, temblaba con cada curva que Val trazaba. Cada sector iluminaba su nombre en la tabla de tiempos, cada split en verde era una promesa que se acercaba al cumplimiento.

En los boxes, los equipos se asomaban a los monitores con el mismo gesto: incredulidad. Porque nadie, ni siquiera los más optimistas, había apostado por esto. Por verla liderar después de su accidente. Por verla, simplemente, *volver*.

Y sin embargo ahí estaba. En la cima de la velocidad. Sola en la pista y en su mundo.

El corazón de Elena latía desacompasado.

No podía evitarlo.

Era la última vuelta y no le temía al resultado. Le temía a la curva nueve. A los fantasmas. A todo lo que podía salir mal en los últimos mil metros. Porque una parte de ella aún no creía que fuera real. Que estuviera viéndola desde el muro y no desde una sala de urgencias. Que el sonido del motor fuera vida, y no ruina.

Pero Val cruzó la curva con una suavidad casi elegante. Como si lo hiciera por ella.

Como si en vez de correr, volara.

El comentarista chillaba desde la cabina:

—¡León sigue primera! ¡No afloja, no cede, está a punto de hacer historia!

La grada entera rugía.

Val entró en el último sector. Frenó por última vez. Cambió de marcha con una precisión quirúrgica. Y entonces, a doscientos metros de la meta, supo que lo había conseguido.

El coche respondía. El cuerpo, también. Y al fondo, la bandera a cuadros ondeaba con violencia.

Cuando cruzó la línea de meta, el mundo estalló.

Luces. Gritos. Alarmas. Aplausos. Bengalas. Todo a la vez.

Pero Val no gritó.

No levantó los brazos.

No respondió por radio.

Solo soltó las manos del volante. Respiró hondo. Cerró los ojos.

Y dejó que el silencio la cubriera como una manta.

En el muro, su equipo enloquecía. Los mecánicos se abrazaban. El ingeniero golpeaba el aire con el puño. El jefe de equipo no podía dejar de reír. Pero Elena no se movió.

No sonrió.

Solo respiró. Por primera vez en horas.

Val estaba viva. Y había ganado. Había ganado la última carrera y el campeonato.

El coche se detuvo en la recta principal. Val bajó con el casco aún puesto, caminando despacio, como si aún estuviera procesando todo. No saludó a las cámaras. No atendió a los reporteros. No se detuvo frente al equipo.

Solo miró alrededor. Buscándola.

Y cuando la encontró, cuando sus ojos chocaron con los de Elena al otro lado de la valla, supo que la carrera aún no había terminado.

Porque la línea de meta no era una bandera a cuadros.

Era ella.

La gente se agolpaba contra las vallas. Las cámaras se alineaban, sedientas de la imagen perfecta. El equipo entero rodeaba el coche, preparado para saltar sobre Val, para alzarla, celebrarla, devorarla con la euforia de una victoria inesperada.

Pero ella no se detuvo.

Ni una felicitación. Ni una entrevista. Ni una palabra.

Apartó los brazos que intentaban abrazarla. Esquivó a los fotógrafos como si fueran conos de entrenamiento. Caminó entre la multitud con el casco aún puesto, guiada por una única brújula: *Elena*.

Y Elena… no se movía.

Estaba quieta, al otro lado de la barrera de seguridad, pegada al muro, como si no se atreviera a creer que Val de verdad estuviera allí. Que no fuera un espejismo de su mente exhausta.

Los pasos de Val retumbaban sobre el asfalto caliente, cada vez más cerca. La gente empezó a notar que algo ocurría. Que algo importante estaba a punto de pasar. Se hizo un pequeño vacío en la masa. Como si el universo entero se estuviera abriendo para ellas dos.

Val se quitó el casco.

Soltó el guante derecho.

Y cuando llegó frente a ella, frente a Elena, no dijo nada.

No hizo falta.

Solo la miró. Desnuda de defensas. Aún sudando. Con el corazón latiéndole en las sienes. Y por primera vez, sin miedo.

Elena intentó decir algo.

Pero no pudo.

Porque Val ya la había tomado de la cara.

Y la besó.

Sin aviso. Sin permiso. Sin vergüenza.

La besó como si ese fuera el verdadero trofeo. Como si el circuito entero no existiera. Como si la única meta que importara fuera ese instante en el que sus bocas se encontraban por fin, sin excusas, sin reglas, sin un "quizás" entre los dientes.

El murmullo del público se transformó en un rugido.

Las cámaras captaron el momento.

La imagen empezó a circular antes de que ellas se separaran.

Pero ellas no lo sabían.

Porque durante ese beso, no había nadie más.

Solo Val.

Solo Elena.

Y todo lo que habían tardado en llegar hasta ahí.

Cuando se separaron, apenas unos milímetros, los ojos de Val aún estaban cerrados. Como si quisiera prolongar ese instante un segundo más. Como si el mundo pudiera esperar mientras memorizaba la forma exacta de ese beso.

Elena, en cambio, tenía los ojos abiertos.

Y estaban llenos de algo nuevo.

No miedo. No duda. Sino la certeza de que todo lo que había negado, todo lo que había intentado contener, acababa de hacerse real frente a miles de personas. Y que, contra todo pronóstico, no se sentía expuesta. No se sentía débil.

Se sentía invencible.

Como si, al besarse, hubieran roto algo más que el silencio.

Val apoyó la frente contra la suya.

—No sé si era lo que esperabas —murmuró—, pero necesitaba hacerlo.

Elena sonrió apenas, con los labios aún temblando.

—Yo también.

Un nuevo estruendo llegó desde los boxes, desde las tribunas, desde las redes. Alguien gritó sus nombres. Otra persona empezó a aplaudir. Luego otra. Luego muchas más. Como una ola que no podían detener ni aunque quisieran.

Pero ninguna de las dos miró atrás.

No todavía.

Val soltó una carcajada rota, empapada de adrenalina.

—¿Estás preparada para el caos?

—Nunca lo he estado —respondió Elena—. Pero no pienso irme.

Y entonces sí. Entonces se giraron.

Frente a ellas, decenas de cámaras disparaban sin tregua. Los reporteros hablaban atropelladamente. En el fondo, el equipo de Val las miraba sin saber muy bien si intervenir o quedarse al margen de una escena demasiado grande para entenderla.

Una imagen se proyectaba en las pantallas gigantes del circuito: la de ambas, besándose, con el casco de Val en una mano y la otra aferrada a la nuca de Elena como si fuera su ancla al mundo.

El director de carrera, en la torre de control, se llevó una mano a la frente.

—Bueno —dijo alguien en la cabina de prensa—. Pues esto va a romper Internet.

Y lo hizo.

En segundos, los vídeos se viralizaron. Los hashtags se multiplicaron. La imagen dio la vuelta al mundo. No había titular que no se rindiera a lo evidente:

Valeria León besa a su fisioterapeuta tras ganar la última carrera del mundial.

Pero en la pista, ellas seguían ahí. Juntas. Reales. Invisibles al ruido.

Porque ninguna de las dos pensaba en el qué dirán.

Pensaban en todo lo que vendría después.

En lo que significaba dejarse ver.

Las entrevistas no tardaron en llegar.

Primero los medios oficiales. Luego los internacionales. Todos querían la declaración. Todos querían la historia. La victoria. El beso. La imagen.

Val respondió con la misma calma con la que había conducido la última vuelta.

—¿Qué se siente al ganar después de todo lo que ha pasado este fin de semana?

—No pensaba en ganar —dijo—. Pensaba en llegar al final.

—¿Y qué significó ese beso?

Val miró a Elena, que la observaba a pocos pasos, con los brazos cruzados, el gesto contenido y esa sonrisa que parecía más fuerte que cualquier podio.

—Significó que por fin estoy donde quiero estar.

Y no dijo más.

Porque no tenía que justificarlo.

Porque ya lo habían dicho todo.

Más tarde, cuando el sol empezaba a caer sobre el circuito, Val y Elena se encontraron solas por primera vez desde la línea de meta. Sentadas en el muro de boxes, con los pies colgando y el eco lejano de la celebración desvaneciéndose poco a poco.

Ninguna hablaba.

Solo estaban.

Respirando juntas. Compartiendo el mismo silencio.

Hasta que Val rompió el momento.

—¿Sabes qué pensé cuando vi la curva acercarse? —preguntó, sin mirarla.

Elena negó con la cabeza.

—Que si no salía bien… al menos lo último que habría sentido sería velocidad.

Elena soltó una risa breve, sorprendida por lo absurdo y lo cierto al mismo tiempo.

—Y aún así volviste.

Val asintió.

—Porque esta vez no estaba huyendo.

Una pausa.

—Estaba volviendo a ti.

Elena bajó la mirada. Su voz se rompió un poco cuando respondió.

—Yo también estoy aquí. Y no pienso desaparecer esta vez.

El viento soplaba con suavidad. En la pista quedaban las marcas de los neumáticos, como cicatrices de todo lo que había pasado. Pero también eran pruebas de que habían resistido. De que, contra todo pronóstico, habían llegado al final.

Y lo más importante: lo habían hecho juntas.

Cuando se pusieron de pie, no había testigos. Ni cámaras. Solo dos mujeres, exhaustas, heridas y más vivas que nunca.

Val tomó la mano de Elena.

No necesitaban más vueltas.

No necesitaban otra carrera.

Ese era el inicio de algo nuevo.

Y no iban a correr para escaparse.

Chapter 20

La habitación olía a sal, a sábanas limpias y a algo indefinido que solo podía ser Elena.

Era de noche. Las cortinas ondeaban por la brisa que entraba desde la terraza. Afuera, el mar respiraba en oleadas suaves, indiferente a todo lo que estaba a punto de arder dentro.

Val estaba recostada sobre la cama, aún con la camisa abierta, los botones sin terminar de ceder. Tenía el cabello húmedo por la ducha y los labios ligeramente entreabiertos, como si llevara toda la tarde esperando ese momento. Y lo hacía. Desde hacía semanas.

Elena se movía por la habitación como si le perteneciera. Con pasos lentos, con la camiseta de Val colgándole de un hombro, sin sujetador, sin intención de ocultar nada. Se acercó hasta la cama sin decir una palabra. No hacía falta.

Val la miró desde abajo.

Y Elena sonrió, despacio, como si pudiera saborear el poder.

—No vamos a dormir esta noche —dijo, con voz ronca.

Val tragó saliva. La frase le atravesó algo más que la piel.

—No quiero dormir.

Elena se inclinó sobre ella, una rodilla entre sus piernas, el peso de su cuerpo cayendo de forma calculada. La mano izquierda se

apoyó junto a la cabeza de Val. La derecha bajó. Despacio. Delicada. Cruel.

Empezó a desabotonar lo que quedaba.

Uno.

Dos.

Tres.

El silencio era solo interrumpido por el sonido de la tela cediendo y la respiración cada vez más irregular de Val.

—¿Sabes cuántas veces he imaginado esto? —susurró Elena—. Tú debajo. Rendida. Mordiéndote la boca por no rogarme más.

Val cerró los ojos. Porque era demasiado. Porque era justo eso.

Elena la besó. No con ternura. Con hambre. Con precisión.

Y Val respondió como si fuera aire.

Las manos de Elena se deslizaron por el pecho de Val, por el vientre, deteniéndose en cada lugar donde sabía que dolería de placer. Jugaba con la pausa, con el espacio entre una caricia y la siguiente. Estiraba la espera hasta convertirla en necesidad.

Y Val, por primera vez en mucho tiempo, no controlaba nada.

Se dejó hacer.

Se dejó sentir.

Elena bajó, labios por el cuello, dientes suaves por la clavícula.

—Dímelo —pidió—. Quiero oírlo.

Val abrió los ojos, con el cuerpo en llamas y la voz hecha cenizas.

—Te quiero.

Y Elena sonrió como si eso fuera el punto de partida.

No el final.

Porque aún no habían empezado.

Elena la miró como si cada palabra que acababa de decir fuera un interruptor. Y lo apretó.

Dejó que sus dedos bajaran más. Por debajo de la cintura. Por el borde de la ropa interior que aún quedaba como barrera entre ellas. No la apartó. No todavía. Solo la rozó. Apenas un toque, apenas un roce que incendió cada músculo dormido en el cuerpo de Val.

—¿Así me quieres? —murmuró Elena, la boca muy cerca del oído —. ¿Así, empapada, temblando, sin poder dejar de mirarme?

Val jadeó. No podía hablar. Solo asentir.

Elena tiró de la tela con los dientes. Literalmente. Bajó la braguita de Val despacio, con una lentitud casi sádica, observando cada centímetro de piel que quedaba al descubierto como si lo estuviera descubriendo por primera vez. Como si lo estuviera reclamando.

Y lo estaba.

Val temblaba.

Elena se sentó sobre sus muslos, aún con la camiseta larga y el cabello alborotado, el cuerpo iluminado por el reflejo cálido de la lámpara junto a la cama. La habitación parecía suspendida en otro tiempo. Afuera, el mundo seguía girando. Pero dentro, solo existían ellas.

—Quiero saborearte —dijo Elena, sin pudor.

Y bajó.

Lo hizo con la calma de quien sabe exactamente lo que quiere provocar. La lengua trazó un camino lento, húmedo, sin desviarse. Val se arqueó al primer contacto. No lo esperaba tan directo. Ni tan preciso.

Elena no se detuvo.

Ni cuando Val gimió.

Ni cuando la oyó decir su nombre con voz rota.

Ni cuando sus manos buscaron desesperadas algo a lo que aferrarse y terminaron enredadas en su pelo.

La boca de Elena era todo.

Una promesa.

Una amenaza.

Un lugar del que Val no quería salir nunca.

Elena la sostuvo allí. Con la lengua, con los labios, con los dedos que se deslizaron dentro con una naturalidad devastadora. No fue rápido. No fue suave. Fue rítmico, profundo, diseñado para romperla desde dentro. Para llevarla justo al borde y sostenerla ahí, temblando, deseando, sin posibilidad de vuelta atrás.

—Dámelo —dijo Elena, con la voz oscura—. Todo. No te guardes nada.

Y Val se rindió.

No de forma dramática. No con un grito.

Con un gemido ahogado, un susurro ronco y un espasmo que le recorrió la espalda entera mientras se aferraba a las sábanas como si fueran lo único que la mantenía en pie. Se vino sin control, con la cara empapada de sudor, con los labios entreabiertos y la respiración rota.

Elena subió de nuevo, dejando un reguero de besos tibios por su vientre, por su pecho, por su cuello.

Y cuando llegó a su boca, la besó.

Lenta. Profunda. Íntima.

—Todavía no hemos acabado —susurró, con una sonrisa torcida —. Solo he empezado.

Val seguía tumbada, con la piel ardiendo y el pulso desbocado. El cuerpo entero le latía, como si acabara de correr otra carrera sin ruedas, sin casco, sin frenos. Solo piel. Solo deseo.

Y Elena, encima de ella, parecía aún más encendida.

No había terminado. Lo había dicho. Y Val lo sabía. Lo sentía en la forma en que la miraba. En esa mezcla de ternura y hambre que le llenaba los ojos, que la consumía centímetro a centímetro.

—Ahora quiero que me mires —dijo Elena.

Y se sentó sobre ella. Sin quitarse la camiseta, sin preocuparse por las luces. Se quitó las bragas con un gesto firme, los ojos clavados en los de Val, y se acomodó justo encima de su abdomen, despacio, con intención.

—Mírame mientras me toco.

Val tragó saliva, sin moverse, con los ojos tan abiertos que casi dolían.

Elena apoyó una mano en el pecho de Val. La otra descendió por su propio vientre, cruzó la línea de su ombligo y se coló entre sus piernas con una naturalidad desarmante. Se acarició sin prisa, sin vergüenza, sabiendo perfectamente lo que estaba haciendo.

Los gemidos le salieron suaves. Como si se los permitiera gota a gota. Como si fueran parte de una danza privada entre sus dedos y el deseo que llevaba semanas acumulando.

Val no podía dejar de mirar.

Los labios entreabiertos. Las caderas empezando a moverse. Los dedos que se deslizaban con ritmo, con dominio. Era una coreografía

exacta. Una confesión muda. Un espectáculo solo para ella.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró Elena, con la voz ahogada.

Val asintió, sin aire.

—Eres arte.

Elena rió, sin detenerse.

—No. Soy necesidad. Y ahora mismo, te necesito dentro.

Se inclinó hacia adelante, buscando la boca de Val, pero no la besó aún. Sus dedos mojados se deslizaron hasta la mano de Val y la guiaron con suavidad pero firmeza.

—Hazlo tú.

Val obedeció.

La tocó como si fuera sagrada.

Elena gimió al primer contacto. Se arqueó sobre ella. La frente apoyada en su hombro. El cuerpo tenso, encendido, suplicando más.

—Así, sí —susurró entre jadeos—. Así me gusta.

Val encontró el ritmo. Lo sostuvo. Lo amplificó. Y Elena se deshizo encima de ella, tan mojada, tan abierta, tan vulnerable que a Val se le encogió el pecho de pura emoción. Porque no era solo sexo. No era solo placer. Era entrega.

Cuando Elena se vino, lo hizo temblando entera, con un gemido quebrado que le vibró en el pecho a Val. La besó entonces, con hambre, con gratitud, con una desesperación hermosa que no intentó contener.

—Eres todo lo que nunca supe que necesitaba —le dijo al oído, aún sin aliento.

Y Val solo pudo abrazarla. Porque no quedaban palabras. Solo cuerpos. Solo piel. Solo ellas.

Y una noche que no pensaban desperdiciar.

Elena se quedó sobre ella unos segundos más, con la respiración entrecortada y los labios rozando su cuello, como si necesitara anclarse a algo real para volver del todo. Y Val le ofrecía justo eso: un cuerpo abierto, una presencia firme, una calma temblorosa bajo el deseo.

Pero no habían terminado.

Elena se incorporó despacio, todavía desnuda, con las piernas temblándole levemente por el orgasmo. Val se incorporó también. La espalda sudada. El pecho aún moviéndose rápido. Pero los ojos ya no eran de vulnerabilidad.

Eran de pura adoración.

Las sábanas se habían convertido en un nudo desordenado entre sus cuerpos, pero a ninguna de las dos le importaba. Val se movía sobre Elena con una precisión que no tenía nada de técnica y todo de entrega. No había velocidad. No había urgencia. Solo intención.

Elena le mordió el hombro suavemente, como si necesitara marcarla de alguna forma, dejar constancia física de que aquello estaba pasando. De que no era un sueño ni un desliz. Era deseo, sí. Pero también era algo más.

Era casa.

—Más fuerte —susurró.

Val obedeció. Apretó la cadera contra ella con un movimiento que arrancó un gemido crudo de la garganta de Elena, uno que sonó tan real, tan visceral, que le puso la piel de gallina.

—No pares… no pares… no pares…

Val se inclinó y le atrapó los labios entre los suyos, respirando en su boca mientras embestía con más fuerza, con más intención, con más alma. Era como si hubiera querido guardarse, contenerse… pero ya no podía.

Elena se lo estaba arrancando todo. Cada "te quiero" que no había dicho. Cada caricia que se había negado en la oscuridad del paddock. Cada segundo que había soñado con tenerla así, abierta, entregada, suya.

La sujetó por los muslos y los abrió más. Profundizó aún más. Y Elena se estremeció con fuerza.

—Joder… Val…

—Mírame —le dijo Val, con la voz rasgada por el esfuerzo, por el amor, por todo.

Elena obedeció. Y lo que vio en los ojos de Val la rompió.

Era devoción.

Era fe ciega.

Era esa mirada que te lanza alguien que estaría dispuesto a incendiar el mundo por verte arder de placer.

—Eres lo más jodidamente hermoso que he visto en mi vida —susurró Val, antes de dejarse caer sobre ella, sin dejar de moverse.

Elena envolvió su cintura con las piernas y la apretó más contra sí. Su voz se volvió temblorosa. Los jadeos más cortos.

Y de repente…

Estalló.

No fue suave.

No fue silencioso.

Fue un orgasmo violento, repentino, incontrolable. Su espalda se arqueó. Gritó su nombre. Y se aferró a Val como si pudiera deshacerse en el aire si la soltaba.

Val la sostuvo.

La sujetó mientras temblaba.

Mientras lloraba un poco.

Mientras le decía "te quiero" en el mismo aliento.

Y cuando los cuerpos por fin dejaron de sacudirse, cuando el sudor empezó a enfriarse sobre la piel, se quedaron abrazadas, sin hablar, sin moverse.

Solo escuchando el mar.

Y sus corazones.

Afuera, el mundo seguía. Las olas rompían con la misma calma mecánica. Las luces del paseo se encendían a lo lejos, tiñendo la habitación con reflejos dorados y azules. Pero dentro… dentro no existía nada que no fueran ellas.

—¿Estás bien? —susurró Val, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

Elena asintió, los ojos brillando por algo más que el placer.

—Estoy jodidamente viva.

Se rieron las dos. Bajito. Cansadas. Cómplices.

Val se tumbó a su lado, girando el rostro para mirarla. Elena la imitó. Y se quedaron así, pecho con pecho, rodilla con rodilla, como si sus cuerpos hubieran aprendido un nuevo idioma y no quisieran volver a hablar otro.

—¿Tú haces esto siempre así? —preguntó Elena, aún jadeante.

—¿El qué?

—Esto de romper a la gente con un polvo.

Val rió, ronca, feliz.

—No. Solo cuando me enamoro.

Elena abrió los ojos, sorprendida, vulnerable. Val no se corrigió. No se escondió. No quitó peso a la frase.

La dejó ahí, flotando entre ellas.

Porque era verdad.

Porque ya no tenía sentido fingir.

Elena no dijo nada al principio. Pero su mano buscó la de Val, entrelazando los dedos despacio, con un respeto casi sagrado. Como si aceptara el peso de lo que acababa de pasar. Como si lo eligiera.

—Yo también —murmuró—. Aunque me joda.

Val le besó los nudillos, uno por uno.

—Podemos seguir jodiéndonos juntas. Toda la vida, si quieres.

—Quiero.

La respuesta fue inmediata. Cruda. Real. Sin duda.

Y, de pronto, el ambiente cambió.

No había urgencia. No había hambre.

Pero sí quedaban ganas.

Val estiró un brazo y tiró suavemente de Elena hacia ella. Esta vez la besó como si fueran adolescentes, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Mordió su labio inferior, la acarició por la espalda, bajando lentamente hasta las nalgas, donde apretó con fuerza.

—¿Otra vez? —preguntó Elena, fingiendo sorpresa.

—¿Te parece poco?

—Me parece perfecto.

Y se dejó llevar.

Val rodó sobre ella, colocándose entre sus piernas, y esta vez la besó con calma. Lenta. Larga. Como si quisiera tatuar cada segundo de esa noche en su memoria.

Elena la abrazó fuerte. Cerró los ojos.

Y por primera vez en meses, no pensó en la prensa, ni en la escudería, ni en el miedo a no saber si Val se quedaría.

Porque ya estaba ahí.

Porque se había quedado.

Y lo que empezaba a doler ahora no era el deseo…

Era todo lo que sentían al fin, sin tener que esconderlo.

Las sábanas estaban arrugadas, húmedas de piel y de sudor, envueltas en el aroma dulce y salado del sexo. La habitación era un santuario cálido, suspendido en un tiempo que no parecía avanzar. Solo ellas. Solo sus cuerpos. Solo el deseo multiplicado por todo lo que habían callado.

Val bajó de nuevo por el cuello de Elena, besando el camino que ya conocía, pero esta vez con la reverencia de quien vuelve a pisar un templo.

—¿Te duele algo? —preguntó con voz ronca, dejando los labios apoyados en la clavícula.

—Sí.

Val se incorporó con preocupación en los ojos.

—¿Qué?

—Las piernas.

Elena sonrió con descaro. Val rodó los ojos.

—Idiota.

—Tu idiota.

Y entonces, Val decidió que aún no era suficiente.

Le sujetó las muñecas con suavidad y se las llevó por encima de la cabeza, atrapándolas contra la almohada con una sola mano. Elena abrió la boca, sorprendida por el gesto, por la firmeza. Pero no se resistió.

Al contrario.

Se entregó.

Val se inclinó sobre ella, y con la otra mano le acarició el vientre con una lentitud que rozaba la tortura. La piel de Elena se estremecía con cada roce, y su respiración volvió a agitarse.

—No necesito correr, ¿verdad? —murmuró Val, rozando su oído.

—No. Esta vez quiero que me lo hagas tan lento que me vuelva loca.

Val sonrió.

Y cumplió.

Bajó con la boca hasta los pechos, los besó con una ternura casi dolorosa, y luego continuó descendiendo por el vientre, por la cadera, deteniéndose en el muslo. Elena se movía bajo ella, impaciente y rendida, atrapada entre la espera y el deseo.

Cuando Val la acarició entre las piernas, apenas con la yema de los dedos, Elena gimió como si le hubieran arrancado el aire de golpe.

—Así —susurró—. Así, joder…

Y Val la adoró.

Con los dedos, con la lengua, con todo el amor salvaje y sin filtro que llevaba meses intentando enterrar bajo la apariencia de una piloto imperturbable. Ahora no era Val la campeona.

Era Val, la mujer enamorada, arrodillada entre las piernas de la única persona por la que estaría dispuesta a perderlo todo.

Elena no tardó mucho en romperse de nuevo.

Fue distinto. Más profundo. Más íntimo. Como si el orgasmo le naciera de los huesos, de la herida abierta del corazón, de esa zona que solo Val había aprendido a tocar sin miedo.

—Te quiero, te quiero, te quiero… —balbuceó, entre jadeos, entre lágrimas, entre temblores.

Val subió, la envolvió con el cuerpo y la abrazó fuerte, tan fuerte que dolía.

—Y yo a ti. Hasta el puto final.

La madrugada las encontró enredadas, piel con piel, con el sudor seco marcando un mapa invisible de todo lo que habían recorrido juntas esa noche. La habitación tenía el eco de una tormenta ya pasada: el aire denso, las sábanas revueltas, las cortinas meciéndose al ritmo de una respiración que ya no era jadeo, sino descanso.

Pero no paz.

Porque cuando el deseo se sacia, a veces nace otra cosa. Algo más hondo. Más irreversible.

Amor.

—Te prometo que no pienso esconderme nunca más —murmuró Val, rozando sus labios.

—Y yo te prometo que si te vas… iré a buscarte. Aunque tenga que cruzar cada maldito mundo.

Se rieron. Exhaustas. Felices.

Y mientras afuera empezaba a amanecer, dentro de esa habitación no terminaba la noche.

Solo empezaba el resto de su historia.